

Alejandro Urdapilleta

vagones
transportan
humo

la lengua / teatro



Adriana Hidalgo editora

Alejandro Urdapilleta

vagones
transportan
humo

Ilustraciones del autor

Epílogo y edición al cuidado
de Jorge Dubatti



Adriana Hidalgo editora

vagones
transportan
humo

Agradecimiento:
sin el entusiasmo y el esfuerzo
de Nora Lía Sormani y Jorge Dubatti
estos textos nunca habrían sido publicados.
Mi infinita y sincera gratitud para ellos.
A.U.



Autorretrato

LA LUNA¹

(Música. Un ser femenino ataviado con cortinas de voile blanco en capas superpuestas, ojos y rostro salpicado de brillo, boca roja chorreando obscenidad, y el cabello de un hombre medio calvo, baila entre el público, luego sigue arriba, en el escenario, hasta terminar la danza exagerada junto con el final del tema musical. Queda el ser en el piso, dormido, y de pronto se despierta como de un sueño, se pone de pie y habla).

¡Aaaaaahh! ¡Qué manera de apolillar!
¡He dormido como una vaca sobre los abrojos!
¡Aaaaaahh!
¡Qué picor de cajeta!
¡He tenido un sueño maravilloso!
¡No había nada!
En el sueño...
Nada... nada...
Todo era...
como un enorme sorete
marrón de nada... nada.

¹ Monólogo estrenado en el Parakultural en 1986 y más tarde incluido en diversos espectáculos.

Era el Caos
y de pronto... de ese caos
surgió una Diosa
completamente desnuda
y completamente violeta
con unas tetas así de grandes,
con unos pezones como platos de postre de Gulliver.
Eurínome
se llamaba la diosa.
Eurínome, la diosa de todas las cosas.
Y Eurínome
surgió del caos
con tantas ganas de bailar
pero tantas ganas de bailar
que cuando vio que no había nada,
porque no había nada,
en donde apoyar sus piececillos violáceos
para danzar
entonces agarró e hizo jjjjjjjjjjj,
rasgó un cacho de nada
y creó el firmamento
y después agarró e hizo jjjjjjjjjjj,
rasgó otro cacho de nada
y creó las olas,
unas olas magníficas,
gigantes,
monumentales, estreptocóideas,

todas duras, trabajadas, cinceladas,
niqueladas,
todas marmoladas
hacia arriba... así...
todas negras, violetas, azules...
anaranjadas,
de todos los colores
hasta unas puntas
terminadas en unas puntas
de espuma,
unas puntas blancas,
más blancas que la blanca
y después de las puntas
unas pelotonas blancas de espuma
así de grandes
y después de las pelotas
sobre las pelotas
toda una ristra
de colibríes fosforescentes.
En cuanto vio que tenía dónde
apoyar sus piececillos,
entonces ella se puso a bailar
y bailaba Eurínome
la conchuda
y bailaba lai-la-ra-la-lá,
bailoteaba la hija de mil puta,
dale que te dale

y daba una pirueta para adelante
y un mortal para atrás
y correteaba en dirección al Noreste
y después para allá
y miraba al Sudeste
y se cagaba en el Oeste
y corría y corría
y hacía mohínes,
piruetines, piruetecas,
y tanto, pero tanto, tanto,
bailó en dirección hacia el Sur
que en el Norte
se provocó un remolino gigante,
una especie de centrifugado
de película de Spielberg
con rayos y centellas,
como un cagadero al revés.
Entonces en cuanto Eurínome,
la diosa de todas las cosas,
vio la porquería que había creado
con su bailar
agarró y se dio vuelta
como una diosa
y dijo... y esto... ¿qué es?
Y agarró el centrifugado
con las dos manos
y empezó a frotarlo

al remolino
y lo frotó... y frotó...
a esa espiral luminosa...
y frotó... tanto, pero tanto frotó...
y frotó...
que de allí surgió
un viborón de este porte
con unos ojos salidos para afuera así,
con unas pupilas hacia adelante
que terminaban en dos guindas azules.
Ofión se llamaba el viborón
y en cuanto Ofión, el viborón,
vio a Eurínome,
la bailarina conchuda,
dijo yo a ésta me la volteo
y dicho y hecho
se la volteó...
Fue así como Eurínome
quedó encinta,
preñadita.
Se transformó entonces Eurínome
en una palomita blanca
chiquitita
con unas plumitas
que el viento... pfffff
las movía.
Entonces se puso a empollar

Eurínome... sobre las olas
unos olones gigantes
y se posó sobre la ola grande
y la ola la agarraba
y la tiraba... ¡¡pffaaa!!
y caía sobre la otra ola
y la otra ola la agarraba
y la sarangoteaba toda
y ¡¡¡PFFAAAAA!!!
En un momento se le encajó
la punta de una ola
en el medio del ojete
y al cabo de 7.777 milenios
puso el huevo universal.
Cuando vio esa porquería
que había puesto
dijo, y esto... ¿qué es?
Un huevo de tamaño Sideral
pero de decir ¡mirá qué huevo!
Un huevo de color tornasolé
todo con incrustaciones
de nácar
y de huesos de mamut
y de dientes de Grondona.
Y bueno... entonces
al rato le dijo al otro,
al Ofión, el viborón,

¡ocupate vos también
que tuviste bastante que ver con esto!
Entonces el viborón
se enroscó siete veces en el huevo
y al cabo de otros 7.777 milenios
el huevo hizo jjjjjjjjjj
se partió en dos
y de allí surgieron
todas las cosas
habidas y por haber:
Marte, Neptuno, Plutón,
Saturno, Júpiter,
la vía Láctea,
como lechazos de guasca de Dios,
los agujeros negros,
y además
surgió esa pelotita
pelotuda y celeste
que es la Tierra
con sus mares, sus montañas,
las Sierras de Tandilia,
la Plaza Miserere
y además... esa capa...
esa pátina
graciosa y grasosa
que hay sobre la Tierra
que son los mortales...

¡Qué ganas de garcharme un mortal
que me dieron!

¡Bajaré a garcharme un mortal!

(Baja y camina por entre los espectadores)

¡Qué olor a mortal que hay por acá!

¡Qué asco!

¡Este está fuerte!

(Le habla a un espectador)

¡Vamos a garchar!

¡Encajala!

(Se sienta sobre sus faldas)

En ese agujero no, picarón,

en el otro...

¡Ahh! ¡Movete!

¡Jugueteá más con el clíptorex!

¡Cambiemos de posición!

¡Chupame el busto!

¡Sí! ¡Sí!

¡Voy a acabar!

¡Oíd mortales el grito sagrado!

¡¡¡AAAAaaaaahhh!!!

¡Gracias por garcharme así!

(Cuando está volviendo al escenario.)

Me preñaste...,

¡estoy completamente embarazada!

¡Y de un mortal!

¡Voy a parir!

¡Estoy a punto de parir!

¡Aaaahh!

(Empieza a sonar "Las Walkirias" de Wagner.)

¡Voy a parir!

(Se hinca en el escenario. Puja. Resopla y pare sacando trapos rojos de su entrepierna al compás de los gritos de la cantante, al final saca un envoltorio como de panadería, incluso con atadura de cintita con moño y todo. Queda exhausta mirando lo que acaba de parir).

La placenta...

(Desata, abre el paquete, y se descubre un típico pebete de jamón y queso.)

Un pebetito... *(Lo revisa.)*

...no tiene mayonesa...

...¡Ja! ¡Las orejitas que tiene!

La misma cara del padre...

¡y habla! *(Lo acerca a su oído.)*

¡Dice que va a ser un gran hombre!

¡Dice que va a tener un Renault Fuego

y la casa en el country club!

(Pausa. Se emociona.)

Naciste para alimento de la luna

...tu madre.

(Le pega un mordisco. Cambia la luz. Queda un cenital sobre ella. Empieza triste música de violín. Todo se va apagando despacio mientras ella se bambolea, come, mastica, y llora, hasta el apagón).

LA PIEDAD²

Mi casa es rara.
Soy un ser raro.
Despierto
por la mañana,
rezo plegarias,
me visto de persona normal,
al rato el sol
me resulta hartante.
Me disfrazo
de malhumorado,
bajo las cortinas,
las persianas,
todo cerrado.
Siempre recuerdo
con mi esposa
desayunábamos criollitas,
miel, café, licorcitos.
Mi esposa Noemí
no murió de causas naturales,

² Poema basado en un texto radiofónico escrito para *La Alfombra* (1989), programa conducido por Urdapilleta en Radio Alfa del barrio de Belgrano.

le rompí la boca
contra una estatua de mármol
en el Rosedal
a las cuatro
de la tarde
en un verano porteño
de sol radiante.
Desde ese día
se vive raro.
Persianas cerradas,
me gusta
el olor a moho
en la casa.
El olor del moho
viene del cadáver
que tiré en el sótano
la semana pasada,
el martes,
día del Dios de la guerra.
Le rompí la boca
justamente
porque empezó a hablar raro,
a vestirse raro,
andaba con un tipo raro
que espero que venga,
ya estuvo llamando.
—¿Está la Noemí?—

Seguro tiene granos
y es puto,
se la come doblada.
Lo espero
con el cuerpo desnudo,
barro en los pies,
maquillado
como un carapintada.
Llevo una pistola
cuarenta y cinco
atada a la cintura
con una corbata,
un revólver
con un cinturón de balas
cruzado en el pecho
y un hacha en la mano.
Se me para la pija.
Me pasa siempre.
No es lo único raro,
con el asesinato
sentí placer.
La casa la veo rara,
todo es de sal,
todo blanco y blindado,
ni muebles ni nada,
perchas y moscones negros
que cazo a zapatillazos

y tiro en escupideras
llenas de engrudo
que como.

El que quiera
que haga la prueba,
que se prepare
con todas las armas,
me busque en el parapeto
y si es que puede
y si es que llega
que me abra en dos
por el medio
y me saque la pulpa
que llevo roja
como un higo negro
recién arrancado.

Ya van seis noches
que espero
porque hoy es lunes,
el día de la luna,
no quisiera matar,
sería mucha sangría,
puro fuego blanco.

Preferiría:
el cuerpo echado
en una hamaca
en una playa

en el Caribe
pero al primer daikiri
tendría ganas
de aniquilar y descarnar.
Iría a mi habitación
del no sé cuánto resort
y trataría
de pegar alaridos,
jamás pude pegar alaridos
y me decidiría
por cagar a trompadas
a la negra rastamana
del room service
al verla en la habitación
recogiendo mis calzoncillos
tan negra la negra,
de una patada en el culo
daría la crisma
contra el bidet
pero qué me importa
esta sarta de idioteces,
si se apareciese Dios
solamente por él
sentiría piedad
después de matarlo.

UNA BIZCA³

Son como ataques que llegan de pronto y se terminó. No me voy a poner a relatar demasiado. Me limitaré a lo poco que quise conocer de ella. En un momento, con los huesos partidos, todo magullado, dejó de interesarme, y la abandoné.

Eran demasiadas salpicaduras y jugos raros para mí. Y además las señoritas que son bizcas deben ser abandonadas. No cabe duda.

María Esther en sus ataques escupía profecías.

Las orejas se le movían un poco, aireando el ambiente. Apoyaba la cabeza contra la pared, y empezaba. Podía ser que leyese las manchas de humedad, caídas de reboque, incluso que oyese a la araña, presunta amiga del profeta, en su tejer minúsculo ahí en el dintel, y que el bicho le dictase las frases, no sé.

Cuestión que se sacudía, espumosa, y de sopetón:

Negra mugre
soy posesa
vengo harta
del sol.

³ Texto escrito hacia 1997. No representado.

Soy de hambre
humo soy
del humo
humana
del hambre
hambruna
peste
vendrán lirios

y quedaba baboseando la pared.

Después de golpe se componía, y ya de pie, giraba sobre sí misma mientras arreglaba su lacio, negro, mojado cabello atrás de las orejas, con manos blandas y el gesto —qué se le va a hacer— en la boca y en los ojos bizcos.

María Esther la señorita bizca había tenido un eructo del alma y en un espasmo había sacado de sí una profecía.

Al principio eran cortas y secas, chasquidos de látigo, lengüetazos, ardidés y ardores. Frases. Un día se apareció arrastrando las patas como en cadalso. Semisonámbula al atardecer, derruida, hecha trizas. En las manos llevaba espinas negras pinchadas en las palmas sangrantes. Se hizo de noche.

—¿De dónde sacaste todo eso, perra? —le grité.

Abrió los ojos de un golpe y los cerró con otro, y siguió empezando a darme manotazos, y luego a golpes de espina y puños.

Le gruñí apenas y corrí.

Me puse a caminar por las verduras. Anduve un rato y vi un conejo. Al volver ella estaba tiesa, con un fierro de marcar vacas en una mano. En cuanto me acerqué, me dio en el hombro y me lo partió.

Desde el fondo, los caseros y los perros se mantuvieron alerta y prendieron los faroles.

Luciérnagas gigantes se volaron todas hasta donde estaba ella.

La música empezó:

tu abrazo
está entrando en mí
tu arma mortal
me mata
tu abrazo

—Abandoná tus armas —dijo y otra vez levantó el fierro y esta vez me partió una pierna. Se apersonó rápidamente el hombre del juzgado y su señora, con el casero, tres o cuatro viajantes de comercio borrachos, una niña y un hombre muy alto, altísimo, moreno, con el cabello de petróleo, cuello de pájaro, sombrero negro, capote, y también bizco.

Yo estaba partido en varios pedazos. Empezó a incendiarse el aramo, no sé por qué, y entonces ella cayó en su misma furia sobre el fuego. Y gritaba:

¡Alacranes!

¡Hay espacio para todos!

¡Criptas!

¡Criptas!

¡Viene la fiesta!

¡Y la siesta! ¡Criptas!

Con toda la caterva de gentes que se había juntado en el escándalo, después de una buena fiesta, nos dormimos una siesta. Tal cual.

La bizca: predicción correcta, correcta la bizca. Conclusión: a la mañana siguiente la levanté de la cama a latigazos y la até a una soga larga a la vez atada de la montura de mi caballo. La arrastré al trote casi tres leguas por sobre el choclal, y la llevé directo a la Academia para Bizcas, adonde pensé meterla pupila, por bizca.

Eran épocas políticas y mi estampa agraciada me había dado cierta popularidad en el internado ese, porque yo había acudido con frecuencia con excusas y averiguaciones respecto al tema de María Esther, aunque en realidad, debo confesarlo, mi debilidad eran las bizcas, cualquiera de ellas. Por eso, en el tumultuoso estar entre tanta bizca, como en una visita a la exposición rural, tanta pero tanta bizca junta me hacía volver y volver a esa Academia Internado. Llegué a donar pianos y máquinas de coser, por eso todas me conocían. Pianos y máquinas de coser para bizcas.

Ese día en el que llevé a María Esther, todas las bizcas nos miraron llegar por los jardines de la residencia,

desde tras los árboles. Y como cada bizca ve doble, entonces las bizcas se duplicaron, cuadruplicaron.

María Esther estaba tranquila. Iba como rezando. Después frenó de golpe, y yo dije: ¡cagamos! Pero no, no le vino profecía. Le vino algo así como agrado. Empezó a tener una sonrisa malévola. Ojos y ojos y ojos y más ojos, y de pronto la sonrisa. Los ojos bizcos le desaparecieron de la cara y la cara se le transformó en sonrisa. Todas las bizcas la imitaron. Habían descubierto el nuevo baile, o algo así. De pronto era un bosque de sonrisas. Todas tras de los árboles.

Tuve que volverme.

Mi caballo se detuvo en mitad de los pedregales, en subida y se me murió, ¡así que caminé! A ella ni la despedí, ni la miré, ni sé cómo quedó. No me importaba.

Esa noche, cuando calló el ladrido de los perros y la vi venir pasando la tranquera, arrastrando las patas por el camino de los eucaliptos, pensé: ésta me entierra. Y atrás mío sentí algo o alguien que decía: cripta. Esa noche ninguno de los dos dormimos, haciéndonos los dormidos. Afuera había una brisa constante.

Al otro día la abandoné. Dejé todo.

SOY UN ESPEJO VOLADOR⁴

Soy un espejo volador
una gramática oligoide
con aceite y vinagre
mixta...
Los peluquines se me apelmazan
en contacto con la baba
que expulsa mi bocha
la pepita de oro
que cago
la pongo a germinar
me atacan alicates
me sobrevuelan esponjas
me meo al compás de las gotas carmesí
que caen del himen de la luna
mi alma es un cacho de un ñoqui
en la carie de un Dios
Soy un arlequín magnético
encerrado en una ciruela transparente
que rebota en un suelo de anís cristalino
padezco pasión por María Julia Alsogaray
¡No maten más vacas!

⁴ Texto del número teatral estrenado en el Parakultural en 1986.

LAS FABRICANTES DE TORTAS⁵

Personajes:

Ella

Mariluz

(La acción sucede en un espacio enorme. Nada de escenario a la italiana. El público está sentado en el piso entre el decorado y los actores. Hay dos sillones desvencijados, que otrora fueran elegantes, un busto enorme de San Martín en el medio del lugar sobre un mueble que sirve como para guardar de todo, incluso un aparato antiguo de música, y por todos lados se ven petacas de ginebra a medio tomar, vacías, o llenas. Mariluz pone un disco de música del año cuarenta, almibarada, y se sienta en uno de los sillones pispeando por si la descubren).

ELLA: *(Entrando.)* —¡Apague la música! ¡Apague esa música de una vez! ¡Apague el combinado! ¡Es un Ranser

⁵ Texto teatral estrenado en el marco de la *I Bienal de Arte Joven* (1989). Intérpretes: Batato Barea (Mariluz) y Alejandro Urdapilleta (Ella). Más tarde representada en el Parakultural y en la apertura de la Sala La Cancha del Centro Cultural Rector Ricardo Rojas (UBA).

último modelo! (*Mariluz apaga.*) ¡No soporto la música, la odio! ¡No me deja escuchar si suena el teléfono! ¡No necesito musiquitas! Lo que necesito es un ser humano, una persona coherente, simpática, bien vestida, con buen aliento... Alguien con un poco de cultura... Alguien con quien mantener una charla... Un tête-à-tête. ¡Eso es lo que necesito! ¡Un buen tête-à-tête! ¡Pero claro! ¡Es lo mismo que pedirle peras al olmo! ¡Si por lo menos sonara el teléfono! Una vez nada más, que sonara y se cortara... Pero noooo... No va a llamar nunca más... ¡Y usted lo sabe bien! Y yo aquí tan sola, con este agujero afectivo que me ha dejado, con este buraco en el pecho. ¿Quién va a pagar las deudas? ¿Quién va a poner a andar el motor? Soy desgraciada, qué desgraciada soy.

(Ella apaga el habano y toma otro y lo sostiene entre los dedos. Mariluz se acerca con un encendedor y le ofrece fuego.)

¿Usted no sabe que dejé de fumar? ¿Qué quiere? ¿Que me muera de un cáncer al pulmón? ¿Eso es lo que quiere?... Para heredar mi fortuna, seguramente. Pues sepa que ya está todo testamentado, muebles, alhajas, escobillones, obras de arte, electrodomésticos, pares de medias... Todo testamentado por escribano... Y no precisamente a su favor... Le dejaré todo a una Academia de Artes Marciales que hay en Caballito. Amo el Kung Fu. Creo que todos los ciudadanos argentinos

deberíamos aprender Kung Fu en algún momento de nuestras vidas. ¡Y no me conteste, eh!

(Mariluz se acerca con unas enormes planillas y demás papeles y libros de contabilidad y una lapicera y se la entrega a Ella que empieza a firmar.)

¿Qué me mira, está aburrida? Vaya a Plaza Italia y levántese un negro asqueroso y después venga a pedirme plata para el aborto. ¡Le voy a decir que no, por supuesto, porque estoy a favor de la vida, no de la muerte!

(Mariluz retira todos los papeles firmados y vuelve a su lugar, de pie.)

¿Suena el teléfono? ¿Sí? No. Sí. No, qué va a sonar... Estoy sola como una perra. ¡No me mire así! Usted no tiene nada que achacarme en nada, nada. Ese es su problema. Nada que achacarme. Usted sabe bien que yo soy una persona amplia y generosa. Yo me desvivo por el prójimo, por el demás. Soy filantrópica a más no poder. Lo sabe muy bien. Hay dos cosas solamente que no soporto en el ser humano: ¡que agarren mal los cubiertos para comer y que no se pongan de pie para escuchar el Himno Nacional!

(Ella se levanta y va directamente hasta Mariluz.)

¡A ver! ¡Muéstreme la palma de su mano! *(Pausa.)*
¡Una vida maravillosa! ¡Usted tendrá lo que se dice una vida maravillosa! ¿De qué se queja? ¿Usted no sabía que somos máquinas? ¿No sabía que somos seres mecánicos que cuando decimos yo ahora, y en cinco segundos

después decimos yo de nuevo, esos yoes son totalmente distintos? ¿No lo sabía? Cultívese un poco. ¡Lea! ¿Acaso no le compré la colección entera de la revista "Uno Mismo"? ¡Obsérvese a sí misma! ¡Salga del círculo y cante! ¡No es todo materia! ¡Hay espíritu también y no me conteste! ¡No emita sonidos! Pero claro... ¡Usted es de una clase social tan baja!... Dígame... ¿Usted es adoptada? ¡Tiene cara de adoptada!... ¿Suena el teléfono? No, no suena. ¡Si por lo menos me llamara y me dijera las coordenadas! Si me dijera en qué zona se encuentra. Esperemos que no se haya parado en Zelaya y Jean Jaurés. ¡Se lo prohibí terminantemente! ¡Tráigame la cartera!

(Mariluz va y trae la cartera, se la da. Ella revisa.)

¡Usted me anduvo revisando la cartera! Ya mismo voy a llamar a las fuerzas del orden. Me falta una alhaja valiosísima. ¿Para qué la quiere? ¿Para venderla? ¿Para irse de viaje? La gente decente como papá y mamá tienen derecho a viajar. Ellos iban todos los años a la Costa Azul. Incluso pasamos temporadas enteras en las Islas Galápagos, de ahí mi afición por las tortugas. Amo a las tortugas. Creo que es el animal más noble del planeta Tierra. No hay, no existe un animal más simpático, más divertido, más gracioso que una tortuga. Ya le he dicho, tortuga que vea por la calle me la trae inmediatamente. Yo voy a saber hacer de ella una tortuga de bien... ¿Qué es ese olor?

(Ella se pone de pie, camina hacia Mariluz, la ronda, la huele.)

Hay olor a dulce de membrillo. ¿Usted estuvo comiendo dulce de membrillo? ¿Le dije mil veces que no me toque el membrillo! ¿No le compré un paquete de galletitas Express hace una semana y media? ¿Cuánto le dura un paquete de galletitas Express? ¿Viene a llenarse la panza! ¿Esto me pasa por ser tan humana! ¿Cuanto más humana es una más la toman para el churrete!

(Mariluz trae un aparato como un respirador extraño y se lo pone a Ella en la cara. Quedan un rato así. Ella hace movimientos compulsivos. Finalmente se calma. Mariluz se lo saca y lo lleva.)

¿Pero por qué Mariluz siempre nos tenemos que tratar de este modo? ¿Con palabras tan agrias! ¿Si yo la quiero tanto! ¿De verdad, siento mucho afecto por usted! ¿Por su persona! Nunca me voy a olvidar cuando tuve la última crisis en el balcón, que levanté la pierna para tirarme al vacío. Recuerdo que... usted se acercó y me palmeó la espalda, y le vi la cara, su gesto, y era tan afectuosa, y como yo me muevo por los afectos... Incluso el otro día hablando por teléfono con Titina, le dije, mirá Titina, yo creo que esta chica es una monada. Realmente, es un diamante en bruto, una joya, no sé, Titina, le dije, es más, mirá Titina, yo creo que si no fuera porque es de una clase tan baja, yo hasta podría ser una íntima amiga de ella... porque yo la quiero tanto, le dije a Titina, y es

verdad, yo a usted la quiero tant... ¿Suena el teléfono?...
¿Sí?... ¡¡Sí!! ¡Vaya, quiere, muévase! ¡Atienda! ¡Apúrese, se
mueve como una vaca preñada!

(Mariluz va y vuelve.)

¡No sonaba! No... Ya sé... No sonaba... Ni va a so-
nar. ¡¡Me dejaré en ascuas por el resto de mi vida!! ¡¡Es-
toy sola!! ¡¡Qué sola estoy!! ¡¡Sin nadie que me toque!!
¡¡Soy sola, qué desgraciada soy!! ¡Lo he perdido todo
por completo! ¡Todo! ¡¡Ya no hay salida para mí!!

*(Cae al suelo de rodillas, rasca el suelo con las uñas,
llora y grita.)*

¡Y no me toque! ¡No se me acerque!

*(Mariluz hace un rato largo que no se mueve de su
lugar.)*

¡No pretenda abusar de mí! ¡No me toque con esas
manos heladas! ¡Quiero morir de una vez! Un día de
estos voy a cortarme... ¿Qué es ese ruido?

(Se pone de pie muy resuelta y va hacia el público.)

Hay alguien en el patio. ¡¿Quién anda!? ¡Mariluz!
¡Traiga el implemento!

*(Mariluz la sigue con una linterna y un plato con un
pedazo de torta.)*

¿Quién es? ¡Identifíquese! ¡Documentos!

*(Ya entre el público agarran a cualquiera de los especta-
dores.)*

¿Cuál es su estado civil? ¿Sexo? ¿Qué tal va de cuer-
po? ¿Quién escribió el "Discurso del Método"? ¿Le gus-

ta lo salado o lo dulce? ¿Alguna vez ha mantenido relaciones homosexuales? ¿Cuánto cuestan tres kilos de harina Blancaflor? ¿Quién es el arquero de Chacarita Juniors? ¿Prefiere el cremor tártaro o las aceitunas? (*Ella y Mariluz se miran, se interrogan con la mirada. Mariluz con una seña dice que no. Le entregan la torta a la persona del público.*)

Vamos. No sirve. ¡Una chirucita de la villa de al lado!
(*Vuelven al living.*)

¿Dónde estábamos?... ¡Ah! ¡Sí!
(*Cae hincada en el suelo y llora.*)

Qué sola estoy, pobre de mí, nadie que me bese en la oreja, en el cuello, he perdido todo.

(*Se ahoga en llantos y empieza a sufrir una especie de infarto.*)

Vaya a la cómoda y busque... en los cajones de la izquierda no, ¡en los de la derecha sí! El primero de arriba no, el segundo tampoco, el tercero. Abralo y busque con cuidado. Ahí tengo los abanicos y las piedras que traje de Roma. Ahí hay dos frascos con pastillas, las amarillas no, las azules sí, ¡traiga las azules! ¡Y dese prisa!

(*Mariluz va y las trae. Ella toma una pastilla. Se incorpora rápidamente en perfecto estado y agarra la cartera y saca un austral y se lo da a Mariluz.*)

¡Tome! ¡Para que no ande contando por ahí lo que ve en esta casa!

(Mariluz va y vuelve con un gran espejo que pone frente a Ella. Ella se mira a sí misma y escapa, Mariluz la sigue, Ella escapa. En un momento Ella con un gesto ruega que termine con el suplicio.)

Pensar que yo fui Reina del Repollito de Bruselas en Catamarca, en el año 1962. ¡Qué joven y hermosa que era! ¡Y hasta me propusieron reemplazar a Colomba en un programa de preguntas y respuestas en el viejo Canal Siete. ¡Qué gran locutora habría sido! ¡Habría cambiado la faz de la Tierra! ¡Qué hermoso habría sido!... ¡Pero hice bien en poner la fábrica de pastas! ¡Venderle un raviol a alguien es también una forma de comunicarse! ¡Mariluz! ¡Quisiera tomar una copa!

(Está con una de las petacas en la mano tomando tragos.)

Pero una sola, no se preocupe Mariluz, ¡no voy a propasarme de la medida acordada! Quisiera... a ver... qué podría ser... a ver... ¡un whisky Sauer!... Sí, un whisky Sauer.

(Mariluz va y se lo trae.)

¡Qué cara de tortillera que tiene! Nunca había visto a una persona con tanta cara de tortillera como la suya. Creo que si hubiera una olimpiada de cara de tortilleras usted se gana la medalla de oro. ¡Nunca le dijeron que se parece a Luis Sandrini? ¡Lo que le hizo a mi madre no lo voy a olvidar nunca! ¡Una señora tan refinada! ¡De alta sociedad! ¡Tan femenina! ¡Nunca jamás en la

vida voy a poder olvidar la imagen de mi madre aquella vez cuando la vi entrar con el pelo cortito engominado, esos vaqueros ridículos, y todos los discos de Sandra y Celeste abajo del brazo!... ¡Vaya a la cocina y busque un paquete que hay envuelto para regalo!

(Mariluz va al mueble que hay debajo del busto de San Martín, saca un paquete con moño y lo trae. Se lo entrega a Ella.)

Estrécheme su mano.

(Mariluz lo hace.)

¡Feliz Cumpleaños!

(Y le entrega el paquete. Mariluz lo abre y encuentra una virulana.)

¡Cómo me gusta el whisky Sauer! ¡Me pone de buen humor! ¡Qué hermoso que tiene el cabello Mariluz! ¡Qué lindo ese cutis de terciopelo... y esa boca! El otro día veía una película de este actor tan buen mozo... Pedrito Quartucci, y me acordaba de su piel Mariluz y me erizaba toda por lo linda que la tiene, ¿no? ¿Usted terminó la primaria? Y sin embargo vota, ¿no? ¡Qué injusticia! ¡De acuerdo con la coyuntura actual lo más coherente sería votar a la señora de Alsogaray!

(Después de rodearla y rozarla, Ella se para detrás de Mariluz, con la cara entre los cabellos de Mariluz. Pausa.)

¿Usted me ama?...

(Pausa, después de un instante Mariluz dice un no rotundo con un gesto.)

¡¡¡Hínquese!!! ¡¡¡Repita!!!

(Mariluz se hinca.)

Padre Nuestro... que estás en los cielos...

(Mariluz va repitiendo.)

...santificado sea tu nombre... venga a nosotros tu reino...

(Ella desde atrás se trepa a caballito de Mariluz y empieza a tocarle los pechos.)

...hágase tu voluntad... así en la Tierra como en el Cielo...

(Mariluz en un momento se pone de pie con Ella encima todavía agarrada como una garrapata, y la sacude tratando de sacársela de la espalda. Finalmente consigue lanzarla por el aire a Ella. Va hasta el combinado y pone una música pegajosa y almibarada de Fausto Pappeti. Empieza a hacer un strip-tease caliente, peligroso y animal, cuando está completamente desnuda le apoya el culo en la cara a Ella que está en el suelo y le pega brutalmente con un cinturón.)

¡No, no, Mariluz! ¡¡¡No, por favor, Mariluz, no, no!!!

¡¡¡Sí, sí, Mariluz, sí, más, más!!!

(A esta altura de las cosas Mariluz la agarra de una pierna y la lleva arrastrándola a los aposentos mientras Ella se deja hacer sumisa y orgásmica.)

APAGÓN

EL AMOR ES UN PRESAGIO⁶

El amor es un presagio
incluso un objeto diurno
lleno de tirabuzones
Al amor no hay nadie
que lo iguale en el tiro de la pelota
Patea que da calambre
El amor es como un souvenir
de Etiopía
resguardado por monjas
que cuchichean y se tiran
de los chicles
unas a otras
El amor es un imán
No tiene pies y no sé si alas
pero baila sobre una piedra pomez
El amor hace que flameen
los relojes izados como banderas
No es nada que se parezca a nada
No tiene nombre ni cara
Puede sisear sobre la

⁶ Poema escrito para ser leído en el programa *La Alfombra* (1989), conducido por Urdapilleta en Radio Alfa del barrio de Belgrano.

mesa mojada de los mostradores
y te puede esperar en los baldíos
y desaparecer
cuando un fósforo se prende
El amor no es masticable
ni tiene fibra
ni es mantecoso
pero en algunas ocasiones
se mantiene fresco en la heladera

EN PALACIO⁷

Rei-níta-Có-Rococó-Tá-Drogada

Ligustrinas largas, algunas mochas, torcidas. ¿A quién le importa?

Ligustros, en una noche como un zafiro entero, todo azul. En una noche de escalones de ágata, babeándome por los rincones. Yo soy tero en el horóscopo libio. ¿Libio? No sé. O sirio. Los preciosos engarces de madera en los alféizares rematados a palo y garrote, mojados, sordos, zangoloteándose al ruido de la lluvia, a resguardo las palomas, alhajas y caca. ¡En el patio de arriba están buscando picanas viejas para torturar a las mucamas! Ellas a la vez vienen armadas. Pobres gentes. Yo me iré a Miami, desde ese lugar comandaré las grandes maniobras, subiré y bajaré braguetas, unas tras otras. Bragueta va, bragueta viene. Los señores todos han sido liquidados, sus familias decapitadas, los cobardes escaparon por atrás de la ciudad, en donde andan sueltos los que tienen muerte en el brillo de la mirada.

Por mi lado discuto todo el tiempo con el viento y rezo. Rezo de día, en la entrenoche, sueño con cardos y

⁷ Texto escrito hacia 1996. No representado.

arena de ríos secos. Antes, entre noches, entre piernas, entre portaligas y galochas, me sanduqué una buena garrocha.

Estoy sí más tranquila en la recámara. Grité mucho dando decretos orales, alaridos de guerra, arengas. Puse el grito en el cielo. Atolondrada manoteé el candado para pegarle con el fierro en las cabezas. En los rincones lucecitas níveas inservibles. Eterno atardecer que no termina nunca. No me basta con haberme bebido todas las costas, quiero cada acantilado y piedras como maníes que yo sabré triturar en mi gargajo lleno de sabia borracha, india, chueca, maldita y benévola. Chueca, chueca, embarazada, con los hijos asesinados, gordos, bizcos, comechingones, negros, de mal aspecto, mal aspectados. ¡Astros! Es otro día de junio, en Palacio, esperando que se hagan los fideos. Un pueblo en estado vegetativo se agita adentro mío. Soy la patria que me imagino, la patria mía. Y desde que nací en las condiciones en que nací, exiliados mis padres, luego dejé que volvieran a mi patria y los hice pasar por las armas.

Todo bellísimo, los leprosarios, las rajaduras del suelo, los crucifijos partidos y los basiliscos para asustar a los herejes, pero hay problemas con los caños. En Palacio hay que cambiar los caños viejos que hacen ruido, hay que cambiarlos y no hay ganas de hacerlo. Incluso podríamos mudarnos todos a otro de los Palacios que tengo, pero no hay ganas tampoco. Algún día lo hare-

mos. ¡Lo haremos! Nos despertaremos temprano, cuando las grullas fallecen, tomaremos regio desayuno, pomposa yo, pomposos todos, pomposo el cielo rosa, nubes, el ruido de varios volcanes nos mecerá las mulleras y partiremos con baúles y alambiques enteros, techos de caoba, retratos, e instauraré el uso del espejo de mano para las damas en el viaje hacia el otro Palacio, bastante lejano, en caravanas como serpentinas transportando mi Palacio a mi Palacio, y muda, mordiéndome la lengua iré sobre un camastro, arrepatíngada en cobijas, sobre la litera, a punto de fallecer harta, harta, de color violeta, tentando a la muerte, tiritando en el mundo hecho con frazadas verdes, bosques de frazadas, ¡pero basta! Hasta ahí.

Los barcos se ven venir desde la torre. Hace poco me han pretendido burlar y encerrarme aquí. Sola, con el poder de la mirada, conseguí arrancarles la furia, los hice pequeñitos, luego los volví a hacer furiosos, y los pisoteé uno por uno a los enanos furiosos. Mis amigos leales siempre, en mi nombre y en el de Cristo, y Dios, y el Espíritu Santo, conseguirán apartar esos barcos que vienen atacando. ¡Salven ellos! ¡Salve yo! ¡Ursulus! ¡Tritonio! ¡Megaspio!

Pasaron varias temporadas, décadas. Acá en Palacio estoy en paz. Oigo el ruido de las palomas. Gú-gú. Es lo que trae paz. Subo alguna vez a las terrazas, me acompaña quien me asignaron, John Octavio de Bos et

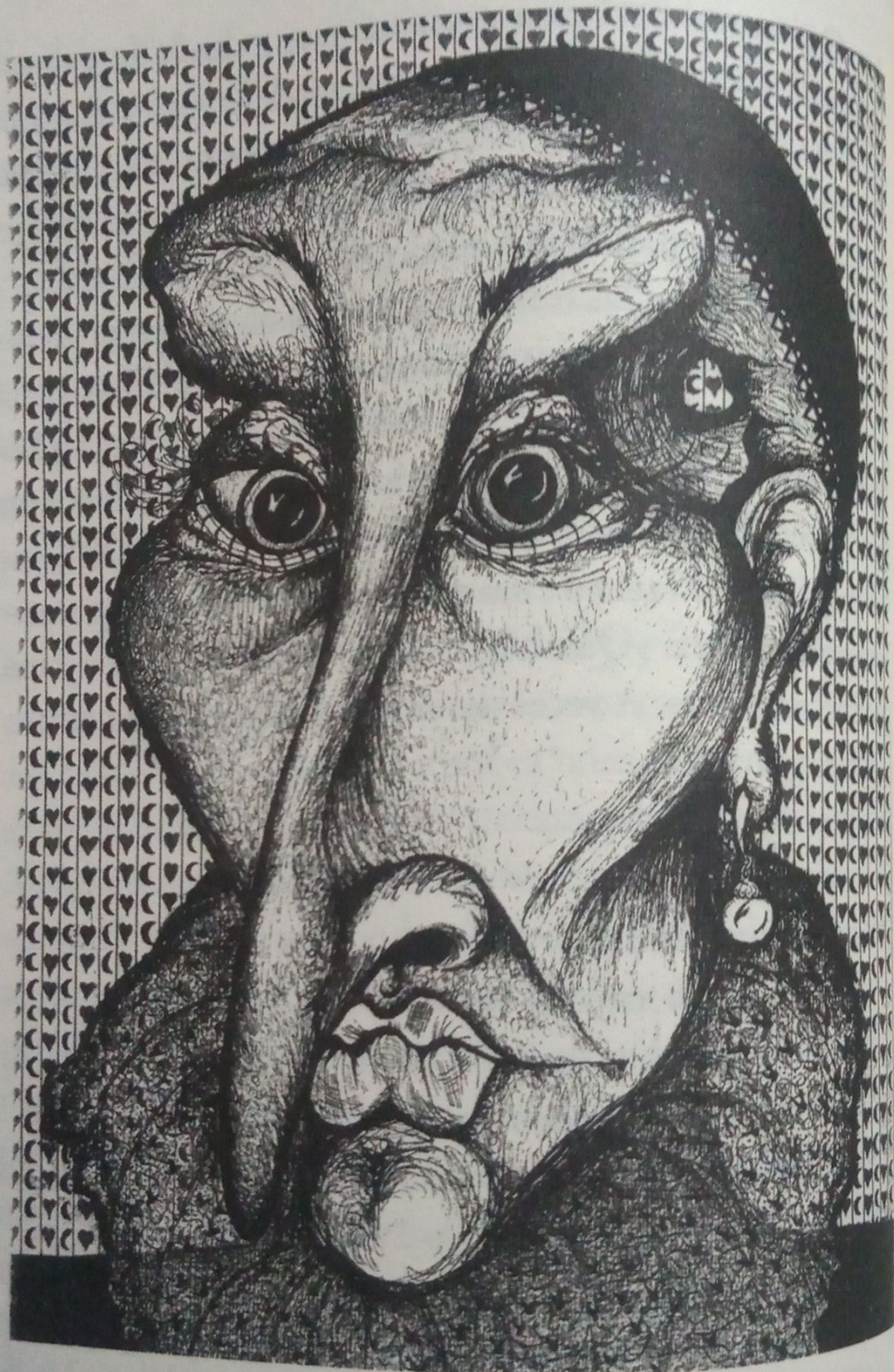
Grassbinder, es un ordenanza, personal de maestranza, tiene obligaciones que cumplir y jefes. Porque le he dado confianza cree que se debe al jefe que le ordena, no recuerda. Un día cualquiera le daré una patada en el culo, lo dejaré colgando y le pasaré el cuchillo ensalivado por el gaznate, para que recuerde. Cada tanto le esputo la cara. Es un cabeza negra. Trae noticias, y sé que son mentiras, pero por lo menos converso y muevo la lengua articulando otras mentiras mientras entretejo atajos, ideas, sublevaciones. Me toca los rulos cuando los otros, sus compañeros soldados, no lo ven, porque se burlarían, quizás le meterían miembros filosos de bronce en el ano, tras el enrejado, cuando quedamos adormilados de tantísima sombra húmeda, ¡adoro el frío que cala hondo en el jardín nacarado! No podría vivir sin mi cuota diaria de muerte segura. No todos fueron encarcelados de este modo. Mordí tanto, fui tan feroz, arranqué tantos testículos con el filo de las uñas, no pudieron más que empujarme a estas celdas de opalina transparente. Estoy en la torre, es verdad. Mi torre, siempre mía. La mandé a construir con ópalo de tumbas extranjeras. Por cada metro cuadrado de piedra robada el precio eran dos ciudades. Reina presa. Estoy despierta la mayor parte del día y la noche. No paro de estar despierta. En cualquier momento vendrán con la orden de tal cosa. Es mentira que soy valiente. Ya no lo soy más. Me cortarán la cabeza y tengo miedo que due-

la. ¿Quién me dará una aspirina si me duele la cabeza después? ¿A quién se la darán? ¿A cuál de los dos? ¿A la cabeza o al cuerpo retorcido? Denle aspirina a la cabeza y mátenla de una vez. Acá en Palacio estoy en paz. Oigo el ruido de las palomas y es lo que trae paz. Gú-gú.

A veces subo a las terrazas para oler el mar en el viento, nunca bajo a las recepciones, jamás, los aposentos con chimeneas gigantes, y si lo hago es para patear a las gallinas en salones rococó, todos me miran como a la borracha. En mi bombacha guardo la llave. Ahora llueve mucho. Las ratas y cuisés del bosque vienen a guarecerse a mi celda. ¿Qué hago? Les toco los bigotitos y les pongo nombres. A veces desvarío. Acabo de chutearme la vena grande.

Hoy estoy triste
triste triste
como una piedra
seguro en los arroyos llora
mi alma que ha ido
a lavarse los órganos
puntillitas de organza
mosquitas de agua
refalando musgos
piedras
tristes piedras

No para de llover y desperté, eufórica, con ganas de matar, de cambiar los mapas, destruir reinos enteros,



La dama del tul de murcielaguitos

cambiar de color mi pelo y ser reptil para trozarme a mordiscos, deglutirme de un bocado, regurgitarme nueva, entera.

Seguiré más triste aún de lo que se ha decretado. Ojalá de ese ojalillo florezca un rosal enorme a la par de Dios. Mi Dios, digo, porque el de ellos es otro.

¿Vienen los barcos o no vienen?

Pongan en movimiento las astas. ¡De pie todos! ¡Arriba! ¡Es guerra otra vez! ¡Las enormes multitudes! ¡Avanzar! ¡Cara de malos! ¡A la carga! ¡Sombra a los caídos! ¡Ruido! ¡Ruido! Oigo pasos raros sobre mi cabeza, justo en la coronilla, se abren puertas de hierro, pasos otra vez, el grito de la niña judía declara una mañana como cualquier otra, pero aquí desde mi sitio declaro noche cerrada, no soy de su mismo Dios si es que lo tiene. Me mudo mañana. Ya tengo las banderas flameantes, portaligas, las espadas flamígeras, poderes poderosos, y saldré a repartir gracias y perdones. Iré por fin vencida, si es lo que quieren. Trasmutada, muerta, viva, reptando como un caracol, como babosa, dejando estela hacia la letanía, y algún grito final, y después nada, claro. Nada hay en mí que diga lo contrario: soy una avispada mujer de negocios. Comercio con huesos.

JACINTA⁸

Jacinta tenía el don de transformarse en lo que quería.

Un día Jacinta, que en realidad se llamaba Osvaldo, se transformó en una niña de siete años y se vistió con ropitas con tules y puntillitas y era una nena con carterita y zapatitos charolados y soquetes blancos.

Saltando saltimbanqueando pasó el pasillo y salió a la calle en el barrio. Eran las cuatro y cuarto de la mañana, no había nadie. Los faroles estaban rotos por las pedreadas de las patotas y de algunos chicos malos que se escondían tras los umbrales con sevillanas, cadenas y manoplas de hierro. Jacinta se fue al baldío justo cuando la luna brillaba.

Jacinta levantó la vista,
esos ojitos que miraban todo,
y empezó a cantar:

“Ana Ranjada salió en bote
con botas de agua

⁸ Texto escrito para ser leído en el programa *La Alfombra* (1989), conducido por Urdapilleta en Radio Alfa del barrio de Belgrano. Parte de la reelaboración de poemas y canciones estrenados en el Parakultural en 1986.

y un camalote
surgió de entre la nada
cuando la luna
que la alumbraba
cantaba
esta canción de cuna:

Mírenla
dejen que sonría
al final de su camino
le cortaremos el pescuezo
y con todos sus huesos
haremos papilla”.

En eso una sombra se perfiló por los cardos. La ena-
gua de Jacinta se movió levemente por un viento pasa-
jero.

—¿Quién es que anda por ahí? —dijo Jacinta.

—Qué hacés acá nena —dijo un hombre negro, muy
grandote.

—Nada.

—Tomá este caramelito.

—Gracias.

—Qué lindo vestidito tenés. Cuántos años tenés.

—Siete.

—¿Te gusta “La ola verde”?

—Sí.

—Vení, vamos a mi casa a verlo.

(Y entonces los dos llegaron al living-room.)

—Sentate ahí, nena, ¿a ver las rodillitas?

—Mirá.

—Sos linda.

—Sí.

—¿Y a ver de qué color es la bombachita?

—Rosa.

—Es linda la bombachita.

—Sí.

—¿Querés tomar naranjada, nena?

—No, quiero un vodka con jugo de tomate frío y que pongas el programa juvenil.

—Habías sido atarrantita, nena, ¿eh? ¡Rajá de acá mosquita muerta!

—Andá, cabrón. Maricón.

—Ya no quedan mujeres. Son todas reventadas, babosas. Lo que quieren es que uno se deslome para comprarles la yogurtera y la lustraspiradora. Me voy al baldío a ver si pasa Lorena Paola.

Y así fue como el hombre grandote, pesado su andar, trasladó su pesar hacia el terreno baldío. Se sentó sobre un cajón de manzanas de Río Negro, miró al cielo, después al piso, otra vez al cielo, y otra vez al piso, y se dijo...

—Estoy solo como un perro.

En eso pasó un chihuahua y los dos se miraron fijo. De los ojos del gigantón salieron brillos y más brillos hasta que una lágrima contenida rodó por su cachete

agujereado por la viruela hasta un pequeño guijarro rojo que había al costado de su zapato derecho.

El tiempo pasó.

Los años se sucedieron y la lágrima sobre el guijarro adhirió cromosomas, genes, plaquetas y sustancias alcalinas que penetraron entre las células y núcleos de la pequeña piedra y se instalaron y se repartieron por ese pequeño universo hacia abajo.

A todo esto el baldío fue primero una fábrica de pasta de dientes y el guijarro cayó en la argamasa que formó el alféizar de una ventana, con el tiempo

el guijarro se desprendió
de allí en una guerra
y un niño lo recogió y
lo metió en una pecera
después pasó a formar parte
de una serie de hechos extraños,
después fue instalado
sin querer en el
frente de una
abadía
y luego en un burdel
sobre la mesa de
luz de una puta
y una vez un ángel
se le apareció a la
puta y la trasladó

a Júpiter con cuarto
mesa de luz, guijarro y todo
y la lágrima del
hombrón feo y malo a
la vez siguió viajando
hacia abajo porque
el Universo cabe en un
grano de maíz,
los elefantes, los quesos
cuartirolo,
Pablito Ruiz y todas las
ballenas pardas caben
en un grano de maíz
y la pisada de una
hormiga sobre
una roca gigante
en el Himalaya
caben en un grano de maíz
aunque a veces te sientas solo
como un perro

LA PARALITICA⁹

¡Sí, es verdad! ¡Sí, es verdad! ¡Es verdad, oficial! Sí, sí, sí, yo la maté. Pero es que me tenía harta, ella era mala, pérfida, ladina, ponzoñosa. Y me cansé de sus ojos de mosquita muerta. Y de que se hiciera la paralítica. Porque ella no podía moverse, es cierto, ahí están los certificados de los doctores, pero no era como para poner ojos de paralítica, ella se regodeaba con su tragedia y yo le decía paralítica de mierda y le tiraba el caldo con cabello de ángel, hirviendo se lo tiraba en la cabeza y por eso estaba toda pelada. Sí, es verdad, día por medio a las cinco de la mañana le tiraba el caldo porque no soportaba sus piernas flácidas y el olor de paralítica y la mentalidad de discapacitada y sobre todo que no había tenido la culpa de que se subiera al andamio en la obra en construcción en el Chaco, cuando yo era bailarina, más que la Belfiore, que me fui al monoblock en construcción atrás del obrero paraguayo y ella, como buena

⁹ Monólogo basado en un texto teatral escrito para el Parakultural y representado con Batato Barea. La versión que aquí se publica corresponde al texto radiofónico leído en *La Alfombra* (1989), programa conducido por Urdapilleta en Radio Alfa del barrio de Belgrano.

madre hija de puta que era, me persiguió para espiarme y se cayó del andamio, porque yo en esa época tomaba cañita Legui, sí, y después licor Ocho Hermanos, que no hay nada más dañino que eso, y un día me preguntó por el hamster y yo no le entendía porque decía lmmmmm jjmmmúmmter desde la silla de ruedas, en el patio de atrás, mientras yo colgaba los pañales de su incontinencia todos percutidos lmmmmm jjmmmúmmter ¿el hámster!? le dije, ¿sabés lo que le hice a tu hámster!? ¡Lo desollé vivo! Y ahora está enterrado abajo de tu cama.

¡¡lmmmmm jjmmmúmmter!!! ¡Hablá bien gangosa de mierda!, le decía yo, oficial, porque ella me lo hacía a propósito para cagarme porque yo era bailarina y peluquera y me debía a mi arte, no tenía por qué vivir así entonces, la maté, ¡sí!, ¡la maté, oficial! ¡Y no sabe qué liberación! Puse un disco de Richard Clayderman

el claro de luna
y bailé como la llama
de una vela
en un velorio.

EL COMILON¹⁰

Estaba harto, saturado, realmente, de estar encerrado en mi habitación leyendo a Virgilio, por lo tanto tomé un baño relajante, me vestí de punta en blanco, con mi traje de lino blanco, zapatos blancos de charol, un lazo de seda blanco en el cuello y a las veinte y treinta y ocho decidí finalmente salir de casa. Bajé la escalera muy ruidosamente, a propósito, para ponerla sobre aviso y no sorprenderla pinchándose. Al llegar abajo dije: —Hola mamá... dónde estás... Y quedé esperando respuesta. Desde algún lugar se escuchó que ella tosía. No había casi luz, como de costumbre, así que no pude encontrarla después de atisbar a todos lados. El olor repugnante de aquellos salones, otrora brillantes y famosos, me asqueaba. Por eso emprendí mi retirada con pasos largos hacia la puerta de calle, y elegantemente caminé por el corredor central flanqueado por columnas y bustos de dioses romanos que decoraban toda la hilera de puertas, unas atrás de otras, a lo largo del pasillo. Al pasar por la puerta del cuarto de los pianos, de pronto sentí algo que rozó mi cara. Frené mi caminata

¹⁰ Texto escrito hacia 1997. No representado.

EL COMILON¹⁰

Estaba harto, saturado, realmente, de estar encerrado en mi habitación leyendo a Virgilio, por lo tanto tomé un baño relajante, me vestí de punta en blanco, con mi traje de lino blanco, zapatos blancos de charol, un lazo de seda blanco en el cuello y a las veinte y treinta y ocho decidí finalmente salir de casa. Bajé la escalera muy ruidosamente, a propósito, para ponerla sobre aviso y no sorprenderla pinchándose. Al llegar abajo dije: —Hola mamá... dónde estás... Y quedé esperando respuesta. Desde algún lugar se escuchó que ella tosía. No había casi luz, como de costumbre, así que no pude encontrarla después de atisbar a todos lados. El olor repugnante de aquellos salones, otrora brillantes y famosos, me asqueaba. Por eso emprendí mi retirada con pasos largos hacia la puerta de calle, y elegantemente caminé por el corredor central flanqueado por columnas y bustos de dioses romanos que decoraban toda la hilera de puertas, unas atrás de otras, a lo largo del pasillo. Al pasar por la puerta del cuarto de los pianos, de pronto sentí algo que rozó mi cara. Frené mi caminata

¹⁰ Texto escrito hacia 1997. No representado.

y creí que iba a desmayarme. Giré la cabeza suavemente para no despeinarme, y pude observar, a pesar de la penumbra, a una pluma larga, enrulada y azul, que se escondió velozmente detrás de la pana del cortinado. Me acerqué muy lentamente. Mi corazón palpitaba como el de un colibrí aterido, y mi mente pareció entumecerse, llenarse de lagañas, o más bien, telas de arañas con moscas e insectos pegoteados zumbando.

—Mamá... Mamá... Sos vos... No hagas chistes...

Pero mamá tosió en el fondo de la casa, allá en la otra punta de la mansión, quizá en el salón veneciano. Pensé en San Sebastián, nacido en Narbona, Francia, y asaeteado en Roma en el doscientos ochenta y ocho y me encomendé a él. Me decidí a poner en práctica el coraje y antes de estirar la mano para abrir el terciopelo de la cortina, me quité cada uno de mis valiosísimos anillos, los guardé en el bolsillo, y entonces sí, tomando por el medio la tela, abrí muy poco sin ver nada. ¡Estaba todo tan, pero tan, tan, tan oscuro! En el otro lado había alguien. Lo sentí. Yo no había podido ver nada, pero detrás del cortinado estaba alguien y yo me di cuenta. Lejos, mamá tosía, quizá para disimular. Había alguien parado ahí atrás sobre tantos zapatos. Se escuchaba el crujir de cueros y cambrillones y suelas de algunos de ellos, porque mamá ponía zapatos viejos en los rincones tenebrosos de la casa para justamente detectar presencias. Decía que nos espiaban para elegir-

nos y llevarnos como mucamos en una nave por el espacio. Quedé parado un ratito y escuché una respiración. Entonces dije sí, es verdad. Me acerqué más y sentí en mi oreja un largo suspiro húmedo. Pegué un salto para atrás, y empecé a correr, y correr, y correr por el pasillo, otra vez hacia el interior de la casa, por el corredor, y choqué y tiré un angelote gigantesco y su columna contra el suelo, repartiendo los pedazos de alas y bucles sobre el piso damero. Así fue como llegué hasta el sofá XVI, con la funda plástica que yo mismo le había puesto, y me lancé sobre sus almohadones, pensando, pensando quién podía ser el delincuente escondido. Desde mi lugar, agitado, podía ver aquella puerta y el cortinado donde yo sabía que alguien había en la bruma parado sobre zapatos de terciopelo. Respiré despacio para que el que fuese creyese que yo había huido corriendo asustado. Pude ver que se movía algo. Estaba muy claro. Tenía dos opciones: ponerme a gritar o quedar mudo observando cómo asesinaban a mi madre, saqueaban el palacio, destrozaban los retratos de los antepasados, arrancaban las cañerías de cobre y hacían caer las arañas, estrellando los caireles contra el suelo. Abrí bien los ojos, los cerré otra vez, los abrí de nuevo y quedé más mudo. Mamá dejó de toser. Al principio no entendí. Después agucé mi vista y entre los resquicios de la cortina, con borlotas color bordeau, en lo oscuro parecía verse algo así como una verga apenas ilumina-

da. No podía ser. Miré en dirección hacia aquello para tratar de detectar las facciones, la cara del dueño de tamaña cosa. Yo temblaba. ¡Mamá!... Dónde estás... ¡Mamá!... Al fin de cuentas yo tenía sólo cuarenta y seis años. No era virgen, pero como si lo fuera, temblaba, transpiraba, ante la visión de aquel pedazo de miembro viril sobresaliendo del cortinado. Sí... sí. Realmente, sí, me excitaba. ¡Mamá!... Dónde estás... Mamá... —musité. No es que no supiese lo que sentía, sólo que no estaba acostumbrado. En casa jamás habíase tocado el tema. Una sola vez atiné a hablar de ello y mamá me contestó que se iba a acabar el agua en el mundo y que no me extrañara que un día la gente tuviera cara de lagarto, o de jabalí, y que éstos vendrían a adueñarse de todo por todos los medios posibles para llevarnos una temporada en unas naves donde por medio de castigos monstruosos nos obligarían a perdonarnos a nosotros mismos para después llevarnos como mucamos a otro planeta. En la oscuridad, hundido en el sofá XVI, sobre el plástico, recordé que en la pared, arriba mío, colgaba el cuadro del Cristo recostado en el regazo de su madre, sosteniendo apenas su torso picoteado, picaneado, agujoneado, muerto. Trataba de afilar la mirada y cuanto más miraba más me decía: ¡es una verga! No podía creerlo. Además era enorme. ¡Mamá... dónde estás! Ni siquiera tosía. Había un enorme y largo, y pesado, y grueso, y ancho, y negro silencio. Me puse de pie, y qué sé

yo, me acerqué nomás, paso por paso, y cuanto más me acercaba, más la veía. ¡Es una verga, venosa, gruesota, carnuda, con mucha piel y enormes bolas, blanca, con atisbos de agrandamiento! Pero apenas me acerqué y mis pasos, mis tacos, mis taconeos, me delataron, se metió para adentro. —¡¡César Angel!! —gritó mamá. —¡¡Sos vos!! Entonces no dije nada. Podía meter la mano en la oscuridad, y así lo hice, y toqué. Toqué el pelamen, desde el principio de la verga, desde la base, desde ahí donde se une al cuerpo bajé por el tronco del miembro hasta la cabezota, el prepucio gigantesco que me pareció como el mango de un trabuco. Ahí empezó mamá a dar gritos y a decir obscenidades. —¡¡César Angel!! ¡¡Me estás espiando!! Yo no contesté nada y saqué la mano. Me la olí. Fui hasta la puerta de calle, la abrí y la cerré de un golpe. —¡César Angel! ¡César Angel! ¡Dónde estás! ¡No deberías deambular! ¡Voy a echarte! ¡No voy a pagarte vivienda en esta casa! ¡Ni alimento! ¡Los techos crujen y ya está en ruinas el palacio! Cuando abrí la puerta entró la luz y vi a mamá en el fondo del salón grande, mucho más allá después del pasillo, forrado de gobelinos, y los bustos, y los restos del ángel que había caído. Ella estaba tapada por el biombo, podían verse sus piernas, la silla en la que estaba sentada, y un brazo colgando. El viento helado la hizo gritar: —¡El chiflón! ¡El chiflete! ¡¡Quién abre las ventanas?! ¡César Angel! ¡No vas a salir de casa!? ¡Yo te echo! En el cortinado de

la puerta del salón de los pianos no parecía haber nada. De todas maneras me arrimé. Una vez que la puerta de calle estuvo cerrada volvió la oscuridad. Tenía pensado salir de paseo. A mamá le había dicho que iba a quedarme todo el día a oscuras, solo, en mi cuarto. Pero se me ocurrió postergar mi salida. Mamá, evidentemente, no estaba en sus cabales, una vez más, demasiado pinchada. Yo no podía soportar los escándalos que cada tanto ella producía en la parte de abajo, así que siempre, a eso de las veinte y treinta y ocho salía de paseo. Pero esta vez no quería irme sin respuestas al enigma. Era una situación sumamente peligrosa. Así que me acerqué al cortinado y de un golpe lo abrí. Allí, contra la esquina, sobre una pila de zapatos estaba Gustavo, el dealer de mamá, un joven, un muchacho que había visto dos veces en mi vida. Una vez, dentro de un auto del que bajaron a mi madre, y otra vez en un verano en un bar donde mamá cantaba. El era el barman. Esa vez sí me había fijado en él. Sobre todo por su aspecto. Estaba yo parado en la barra, vino de mi lado, se presentó, y me dijo si yo era el hijo de Mildred. Le dije que sí. Me miró fijo y se fue. Pero antes me manoseó el trasero. Y ahora, la tercera vez que lo veía, estaba detrás del cortinado, desnudo, erecto. Cuando bajé de mi habitación sabía que mamá podía llegar a estar con alguien. —¿Qué tal, putito?... —me dijo susurrante. Estiró las dos manos, una de ellas todavía con la pluma azul, y me besó en

una forma obscena, metiendo su lengua contra mi lengua y recorriendo cada uno de mis dientes. Bajó una de sus manos y me insertó uno de sus dedos en el culo. Yo me ofendí a muerte. ¡En mi propia casa! Estuve a punto de gritar y echarlo a la calle. ¡No podía permitir que el amante de mi madre enferma me tratara así! Era una provocación indignante. Si alguna vez en mi vida había permitido algo parecido, había sido en la primaria con el compañero Arrarasqui, en un campamento, solos, nos habíamos desnudado para ducharnos y a él se le paró así que empezó a apoyarme y esas cosas. Arrarasqui siempre había producido algo en mí porque era hijo de un actor de telenovelas y por eso le permití aquello, y después otra vez, en un garito abandonado, cerca de la escuela, me obligó a masturbarlo. El padre de Arrarasqui, un galán mayor, de seudónimo Adolpho Fránces, excitaba a las amigas de mamá, y por eso, me explicó luego una psicóloga, también me excitaba a mí, razón por la cual dos veces, había aceptado el tenor de esos juegos. Tiempo después entré al seminario y mis viajes de servicios y ayunos, mis retiros espirituales con el grupo, me encaminaron en la vía recta y estuve catorce años continuados al servicio del Señor en la Parroquia Evangélica Tríplica de las Dos Deidades del Deber, la Observancia y el Sacrificio. Por lo tanto no grité. Quedé callado, yerto, esmorecido, pero por dentro algo, realmente, parecía haberse quebrado. ¿Debía salir huyen-

do? Lo hice. Mamá gritó: —¡No te hagás el mosquita muerta! ¡Lo que viste fue tu propia mariconada! ¡Te hice puto, y puto serás! ¡Te procreé así! ¡Adrede! ¡Te pensé así! ¡Te deseé así! ¡Te hice así! ¡¡Gustavo!! —gritaba. —¡¡Gustavo!! ¡Dale por culo! Yo corrí y corrí por los pasillos empujando y tirando columnas, estatuas, subiendo y bajando escaleras trenzadas, pasé por patios, galerías, salones, cocinas, antecocinas, letrinas, puertas, más puertas, y al final salí por portones traseros, abrí rejas, llegué al jardincito de servicio y luego a la calle.

Cuando estuve en una esquina rodeado de gente como la gente que va al almacén y a misa y al trabajo, entonces recién respiré. Con tanta mala suerte que al aspirar tragué un moscardón verde que me produjo arcadas. Vomité, en plena calle. Mi traje blanco de lino, mi lazo blanco de seda, quedaron marrones, y en mi pecho parecía que tenía caca, realmente.

SOMBRA DE CONCHAS¹¹

Conchas con olor a teatro
camarines con olor a concha
¡conchas! ¡conchas!
Breteles de corpiños y caireles
copa va copa viene
y el bulto magno que me enceguese
desde tu entrepierna almibarada
gloria de tu bragueta
parsimonia de transeúntes
carroña qua masco
y leche
y al final telones
y cenitales
pelucas de pétalos
alas de cuarzo
bambalinas en el alma
rimel en el culo
130 putos frente a un espejo
todos descuartizados
vocación de concha

¹¹ Monólogo estrenado en el Parakultural hacia 1987 y más tarde incluido en diversos espectáculos.

¡conchas! ¡conchas!
Libre albedrío
y una montaña
y atrás el fuego
y la huella de tu chupón en mi nalga cruda
medialuna de árabes
matanza de chinos
saqueos de fiambrerías
4 conchas que arrastro con mi changuito
más 5 que llevo puestas
son 9 conchas
leche condensada
pan lactal
y esperma
como un pulpo esa concha enorme
se va acercando
ya cubre todo el Parque Lezama
¡conchas! ¡conchas!
Potras de crines blancas
cayendo en los precipicios
¡conchas! ¡conchas!
Cisnes que alzan el vuelo
y escupen sangre desde las nubes
conchas que se derriten
conchas ruborizadas
conchas famosas

¿concha peluda?
ponele spray
y atrás de todo mi muerte negra
dientes de raso
pestañas grises
aplausos para las conchas
¡vivas vítores y clarines!
aplausos para el deseo
como una baba
aplausos para la luna
que tiene concha
aplausos para el becerro
y el vellocino de oro
y para tu concha
tan elegante
tu concha de firmamento
de algarabía
y de sentimiento
¡aplausos para la concha de tu madre!
¡y para la de T... M... que todavía ruge!
aplausos para mil conchas de camarines
conchas postizas
conchas de llantos
conchas de risas
conchas que crujen
conchitas diminutas liliputienses

y grandes conchones profundos

¡en fin!

¡A La Gran Concha Argentina Salud!

MUERTE SOBRE EL ASFALTO DE ATÚN CALIENTE¹²

El quiropráctico deambulaba por el asfalto auscultando el pasado y las sonrisas de las niñas, y después con la imaginación les miraba en las bombachitas.

Iría a su casa a cambiarse los calzoncillos un poco percutidos con lamparones de caca, y los nidos de las urracas en los postes de los teléfonos se caían por el calor que hacía. Yo meditaba. Estaba semi-recostado en una viga del piso veintitrés del nuevo edificio torre en construcción: meditaba sobre el vértigo en el momento en que fui apoyado sobre la viga por un coleóptero que me sacó de la cama de la casa de mis padres nicotícoideos, o sea adictos a la nicotina.

Serpentinas.

El quiropráctico buscaba una sonrisa de niña bizca y con trencitas. Estaba dispuesto a arrancarle cada pedazo de dientito, con un serrucho. Se había tomado varias ginebras en la estación de servicio Shell. Los senderos se bifurcaban desde mi viga. Ni sudaba ni me

¹² Texto escrito hacia 1997. No representado.

constipaba pero entendía que la soledad era también una cuestión de altura.

Yo veía que el quiropráctico iría a su casa a cambiarse la ropa interior toda cagada. Pensé en tirarme para detenerlo. Y me tiré. Luego todo fue de atún. Vi una película de sindicalistas de la Unión Obrera Metalúrgica mientras caía. Al chocar contra el quiropráctico exploté. Me mezclé con el quiropráctico y salpicamos todo con porquerías. Las vidrieras quedaron chorreantes de sesos y anteojos y vísceras intestinales, lapiceras Bic, banderines de Boca, zapatos, fémures y lenguas. Luego empecé a ser el quiropráctico, que es el que escribe esto. Ya fui y me cambié los calzoncillos pero antes me levanté una nena de tres años, le metí los dedos en la concha y le arranqué los ojos y los sábados y los martes como solo atún de lata.

ME VOY AL MAR PARA SER EL MAR¹³

Me voy al mar
a reconciliarme
con todos los que estén adentro
para que salgan afuera
y se vayan
tranquilos ellos
tranquilo yo
otra vez el cuenco de paz

Me voy al mar a reírme
para volverme rico
para hacer cosas buenas
para enseñar cómo hacerlo
me voy a descifrar mensajes
porque me llaman
me voy a buscar piedras preciosas
a encender faroles
abajo de las olas.

¹³ Poema escrito en Miramar hacia 1992.

HOMBRECITOS¹⁴

Hombrecitos de almíbar
de nuez y de cal
con barbas llenas de miel
goteando sobre el mantel

Hombres rudos que aplastan
pájaros con sus botas

Hombres desnudos
marchando al son de plegarias
cantando las borracheras

Hombres bonitos de ojos de perro
con aguas en sus sonrisas

Hombres con caracoles tatuados
y gigantes pelados
también muy hombres

¹⁴ Poema-monólogo estrenado en El Club del Vino en el espectáculo *Poemas decorados* (1994).

Y aquel que parece petiso
pero que está enterrado

Hombres que te hierven en sus
deseos como cacerolas
que te mastican con los dientes
de sus falos
que te cuecen sobre el fuego
de sus pelotas
que te descubren tras de los
muros

Hombres que siembran
hombres que soplan
que se desangran gota por gota

Hombres babosos, tuertos,
muertos, petardos,
bastardos y rengos
llenos de miedo

Hombres de trizas, de trazos,
de brisas
de lunas
palacios
condones
y risas

Hombres que lloran

Hombres dormidos

Hombres que miran crecer
el árbol
desde las rejas

Que se desnudan a mordiscones

Que se suicidan

Que tienen hijos

Hombres que van al frente
con ojos de fusiles punzantes
a luchar contra la noche
de los temblores

Hombres de fuego
de sal
de baquelita
y azafrán

Niquelados, marmóreos,
laqueados, bordados,
con flecos
y solos

Hombres muertos
todos dormidos
todos muertos y dormidos

TEXTO PARA QUE DIGA MI AMIGO BATATO¹⁵

En mis entrañas llenas de carne solamente hay carne, y viento, y fuego y marea.

Cuando anochece, y en la TV aparece Liliana López Foresi o Nucha Amengual o Pochi Grey o Canela, con sus consejos, sus verdades, porque son verdades, me distiendo entonces en el sofá cama que tengo en el living-room y me digo sinceramente, llena de dudas, con los puños apretados, consciente de mí misma como aprendí en la gimnasia protoneomolecular, me digo si será cierto que los recuerdos no valen nada.

Me pregunto si este vivir el momento y nada más, si esta existencia alocada y alucinante, si este vértigo y este maremágnun de cosas, este ganarle a la vida y absorberla y sorberla y sobarla y mamarla será en definitiva una buena razón para seguir adelante, para dejarme estar por ejemplo en la carcajada, para de repente ir al almacén dignamente, para que me traten como a una señora, para que me den el asiento en el colectivo, y para no parir nunca, nunca trascender. Porque adentro

¹⁵ Monólogo escrito para Batato Barea hacia 1987.

de mi corazón hay sangre, y adentro de mi sangre hay cosméticos.

Y a veces me pregunto, cuando tengo las patas en la palangana, llenas de llagas de tanto taconear por murgas y baños públicos, me pregunto a veces si alguna vez tu sonrisa... tu sonrisa de chongo de cloaca... tu sonrisa como una flor alada y rosa... tu sonrisa de muerte y de redondel...

De más está decir que el tiempo carcome la carne, que el alcohol fija las grasas, que los dientes se pican.

Todo lo de esta vida desaparece como una espuma
todo se hace nada

el beso de nuestra madre

el beso ese

el beso del amor ese

el beso de la vida desaparece como una espuma

como la espuma de un mar enorme

como la espuma...

de un mar enorme... todo se hace espuma...

desaparece.

RESERVA ECOLOGICA¹⁶

Al hombre le habían dado enormes cantidades de dones y cualidades para ser feliz y para hacer felicidades, ¡para ser el Rey de los Dadores!

Ahora usted imagine que es un gato. No una persona sino que usted es un gato, que su parte de adentro, el hígado, intestinos, corazón, etcétera, cerebro de un gato, todo es de gato que, además, está herido. Tiene, usted, una mordedura en una pata, que le duele muchísimo y está infectada. Es un gato herido que no tiene dónde guarecerse, y ahora llueve mucho, caen piedras, no es más su hogar de persona protegida, usted es el gato mojado y raído abajo de la tormenta.

A eso de las siete de la tarde estaba viendo la creación de una super-nova que incrementaba su luminosidad un billón de veces después de explotar, en el Discovery Channel, el sábado, cuando escuché el ruido de un escándalo callejero en la puerta de mi casa. —La puta que te parió —se oía, entre otras cosas. Bocinazos y

¹⁶ Texto escrito en 1999. No representado.

griterío. Bajé apurado a mirar y ya había bastante gente apiñada mirando. Resulta que iba un matrimonio joven con joggings, en bicicleta, y la señora, rubia, rubia, rubia, había sufrido un accidente. Otra mujer, que acababa de estacionar su cuatro por cuatro, había abierto la puerta de golpe, y la ciclista dio de lleno contra ella y después la cabeza contra el asfalto. El marido era el que insultaba.

Apenas salí a mirar la escena por la esquina izquierda aparecieron tres autos a toda velocidad. Dos coches eran perseguidos por la policía de civil. Uno chocó contra la verja de una casa y quedó humeante, el otro frenó un poco más adelante y los policías también, como a media cuadra. Ladrones y policías bajaron de los vehículos y empezaron a tirotarse. La balacera desparramó a los curiosos por todos lados, tirados en el piso. Deben haber gastado ciento setenta balas en seis minutos. Un maleante cayó muerto de un tiro en la panza, otro renqueando escapó hacia Maipú, tres se rindieron, otro se metió en la casa de mi vecino destrozando una ventana y acribillando a uno de los perros que hacía rato no paraba de ladrar. Llegaron tres patrulleros enseguida, policías de civil y uniformados inundaron el barrio. Dos se metieron en mi casa y subieron a los techos, los vecinos corrían esquivando las balas. Yo me puse frente al quilombo desde atrás de un árbol y vi claramente a cinco o seis policías fusilando al ladrón que corría por el

techo de mi vecino. Cuando todo pareció haber acabado, un colectivo de jubilados en colonia de vacaciones de invierno esquivó a un volkswagen pero igual lo agarró de atrás y después se incrustó contra la esquina, de lleno. La señora de enfrente, podóloga, salió a mirar y vio a su gata destrozada y con un balazo en el ojo, y se desmayó. Al rato habría sesenta personas en el lugar. Cuatro ambulancias, un camión de bomberos, mucha policía. Hasta las once de la noche no se había calmado el barrio. En los noticieros dijeron que además, en la casa donde se había parapetado un delincuente que después había sido abatido, habían encontrado el cadáver en descomposición de un viejo vecino del barrio, muerto, según parecía, hacía bastante tiempo.

Cerré la puerta de casa con llave. Me puse los auriculares y me puse a ver y a oír sobre un naufragio en la península del Sinaí en el Mar Rojo, por el Discovery Channel.

Está la luna puesta un poquito más arriba del horizonte y está la mirada en el agua. El hombre espera sentado en una mole oscura. Es la oración de la noche, de la luna, del espíritu del margen. Hay otras moles vacías, todas negras. Consigue acallar las voces de su mente y se hace un vacío blanco. Entonces el brillo, la señal. Un punto clarísimo en la superficie aturde. Baja la luna, se hunde en el río e inmediatamente surge ca-

minando hacia él. Sacude enormes gotas de leche. No es lo que se dice una mujer hermosísima y blanca que sale del río marrón, es un monstruo blanco parecido a una mujer, un monstruo baboso y améebico que de pronto se yergue y apunta a una estrella, de pronto se arrastra como un caracol haciendo provocaciones escandalosas. Se sienta a su lado, le chismosea cosas del cielo en el oído. Alrededor hay piedras gigantes, restos de edificios, caños, hierros, plásticos. Al rato ríen los dos a carcajadas. Son un hombre y la luna.

¿Qué hace un águila enorme, negra, con pico rojo y ojos blancos en el farol? Me pregunté. El bicho estaba ahí mirándome fijo. Yo en la ventana de mi habitación, por la tarde, y ella en el farol de la verada en la esquina.

Volví a enfrascarme en la lista de personajes a acuchillar, pero no podía concentrarme. Había un siseo raro que se oía. Bajé las escaleras y salí a espantarla pero ya no estaba en el farol. Ahora se había posado sobre el techo de una camioneta estacionada en la otra mano de mi calle. Estaba pensando qué tirarle cuando algo filoso me arrancó un cacho de oreja. Velozmente, una sombra grande me cubrió y de un zarpazo me lastimó como una guadaña feroz. Miré al cielo y estaba lleno de alas negras, miles de águilas de picos rojos y ojos blancos que tapaban el sol rasantes. Sobrevolaban mi casa y el

barrio y la zona entera y venían más, quizás desde el lado del río.

Entré a mi casa con la cabeza en sangre y tranquilé la puerta. Había siseos y graznidos. Subí corriendo la escalera y fui a un ropero a buscar un hacha vieja, no sé bien qué, para qué. El espejo de la puerta del ropero no me mostraba. Se veía reflejado un paisaje de pampa. Quedé duro. Se abrió el espejo de la puerta del ropero como una lámina. Desaparecieron espejo, y puerta, y ropero, se fue acercando el espejo, el paisaje, la pampa me fue arrinconando hasta envolverme y dejarme en un instante parado en el desierto.

Ya se había abierto un poco el cielo, como si fuesen techos de cine de barrio en verano, haciendo ruido a cascajo viejo. El pequeño ángel grisáceo oficinista, de bigotitos, se unió a toda una corte eternamente larga de ángeles de todo tipo revoloteantes, en espiral estirada desde ahí, campanitas medievales, hasta la nada. Una escalera.

—El cielo abierto; ¡que empiece el juicio una vez más y de una vez! —se escuchó.

No. Yo no fui. No hice nada. No hice. Pero ahora sí, me arrastro. Ruego. No duermo más. Sufro. ¿No es suficiente? Todos ríen. Bailan, juegan, se tocan. Tienen pasados bonitos y recuerdos, cuales sean. Yo no hice nada.

Entonces agarró la manija un pequeño ser con alas de oficinista. Dio varias vueltas a la manija y se abrió el cielo del todo.

Y se oyó la voz por primera vez. Un fiscal.

“Yo no lo perdono. Merece castigo. El hombre in-mundo este, todo asqueroso, con babas en las sienes. Pone carita de bondadoso pero hizo estragos e hirió de muerte a más de uno de sus semejantes. Tenga o no culpas, ¿de qué lo salva eso? Será castigado por el crimen que cometió, por las porquerías que hizo. Arrastra los pies nauseabundos, con restos de carne pisoteada. Se bambolea triste y azul por las callecitas de su alma buscando algún mínimo descanso”.

“Yo no lo perdonaría. Para eso están los infiernos. Hay testigos. Y están los testimonios. ¿Acaso no tiene barro en los ojos? Que la oscuridad entera lo atrape. Que se ciegue en ella y desaparezca en la negrura. Que se lo chupen los monstruos. Nosotros verdugos quedaremos contentos”.

Es otro día en el río. Un tábano muerde un dedo del pie del amigo de la luna. Le pone barro. Desteje una arpillera sucia, con hilos ata palos, hace paredes. Des-guaza cajones y hace ventanas, marcos de puertas, el cuadro de una cama pequeña, con una lata hace una cacerola. Cocina durante la mañana los restos de peces

muertos, pedazos empetrolados, que trae la corriente hasta ahí nomás. Elige, muele a golpes, tritura, mezcla con pasto, hierva, come. Busca más lejos donde hay naranjas con gusto a insecticida, las muele, tritura, hierva y bebe.

Pasan aviones y helicópteros. El hombre corre y hunde la cabeza en el agua, abre los ojos y cree ver huellas de la luna en el fondo, pero no ve nada. Es agua color sorete.

Ahora deambula hipnotizado entre moles luminosas del mediodía. Encuentra anteojos de sol con la patilla quemada, de juguete, de plástico, derretidos. Se los pone, ve todo verde.

Está cansado, mucho dolor. Barro malo. Camina torcido, trepa, baja, aparece, desaparece entre montañas de envases de lavandina, estiércol, huesos, moscas de rapiña. Un costillar entero se le abre ahí adelante, sigue de largo. Busca, por ahí no hay nada.

Después de un larguísimo momento lleno de arlequines y arcángeles, nieve de maná y algodón rosado, coros y siluetas gigantescas con alas, finalmente se abre una puerta de dimensiones extraordinarias, tan grande y pesada como tres peñones de Gibraltar y con luz de fondo aparece la sombra de un hombrecito de metro y veinte, viejito, viejísimo, ancianísimo, desnudísimo, con huevos enormes, enormes: Dios. Se sienta en una silla

enorme, con los enormes huevos colgando, y desde allí escucha un poco y desaparece. El juicio ha finalizado. Me agarran ángeles jóvenes, con bigotitos, y me arrastran a una cola. Me hacen poner ropa de presidiario. Somos miles, pero la cola avanza raudamente, vamos galopando. Nos toman huellas digitales, nos patean el culo y nos lanzan a unos bancos de espera. Se escuchan tiroteos. Algunos compañeros de infortunio, como el que tengo a mi lado, están encapuchados. Por qué unos sí, otros no, no lo sé. Como tampoco el porqué de nada. Hay una mancha en mi cuaderno. Trato de borrarla con saliva pero es peor. De pronto arde el cuaderno, lo dejo caer al suelo y enciende las zapatillas del encapuchado a mi lado, se prende todo él, se quema vivo y grita.

Quedan huesos chamuscados junto a mí. Viene mi madre y me saca de las orejas y me lleva a su panza. Ahí respiro líquido de panza. Me pongo fetal. Berreo un poco y me calmo. Escucho la voz de Dios. Nazco. Estoy en un moisés y veo a mis padres trabajando en un campo de lino. Viene un tigre de color azul y de un mordisco me arranca la cabeza. Paso al estómago del tigre y luego soy digerido. Una parte mía se va en la caca que caga el animal, ahí quedo en un páramo y crezco árbol, flaco, fino, largo, único y mecido por huracanes. Otra parte mía corre por la sangre del tigre y finalmente escapo por la saliva cayendo a un río. Un

pez me traga sin darse cuenta, y ese pez es tragado por otro más grande y éste es cazado por un negro de cara pintada y con muchos familiares. Pasa esa parte mía en forma de humo de pez cocinado a la nariz de una jirafa que observa en un lugar cercano, la jirafa restrega la nariz contra el árbol fino y largo ubicado entre vientos huracanados, y ahí vuelvo a ser yo todo entero, con raíces. Miro irse a los tiempos y envejezco. Largo semillas y flores y repito operaciones por millones de años. Finalmente me seco. Me deshago de a poco en medio segundo y muero. Otra vez estoy en la panza de mi madre y nazco y otra vez al moisés pero en un edificio en un penthouse en Manhattan. Mamá y papá beben Bloody Mary y discuten, me dedico a la filatelia. Me hago presbiteriano. Luego futbolista que fornicaba todas las noches con diferentes nadadoras. Tengo sesenta hijos ciegos y uno de ellos, por una estampilla, la más preciada, me deja caer por el hueco de un ascensor y muero. Me condenan y a la cola. El juicio otra vez, el dios de la bolas ahora parece mujer. Me mandan al banco de espera. Esta vez me cuido mucho en los modales y a mi cuaderno ni lo miro. Lo conservo en mis manos. No sé si tendrá alguna mancha. Por si acaso lo mantengo cerrado.

—Esto es todo como un sueño —le dije al que estaba sentado a mi lado.

—¿Quieres conversar? —me contestó preguntando.

—Sí.

—No —dijo—, no es un sueño...

Estábamos muchísimos en ese eterno banco de espera, uno sentado al lado del otro, algunos con capucha, el de mi lado era uno de ellos. —¿Qué es? —le susurré casi al oído. No contestó nada. Al rato:

—¿Estás encapuchado? —preguntó.

—No.

—¿Llevás un cuaderno en la mano? —preguntó otra vez.

—Sí.

—¿Cometiste crímenes?

—No —le mentí.

—Hay olor a crimen —dijo.

—Cómo... —le dije—. No entiendo.

—¿Qué ves? —preguntó.

—Nada. No sé. Somos muchísimos sentados en hileras en este banco larguísimo, uno al lado del otro, algunos como vos tienen capucha, otros no. Algunos lloran. Por delante nuestro hay puertas de oficinas, pareciera. Gente que va y viene con caras graves, que arrastra los pies, unos jibosos, aturridos en trámites, entran y salen por los mismos lugares.

—¿Te miran? ¿Te señalan? ¿Sos algo especial para ellos? —preguntó el encapuchado.

—No, nadie. Soy uno más.

—Mejor.

Quedamos un rato mudos. Pensé varias cosas, pero no las dije. Empecé a desconfiar. El otro del otro lado mío no tenía capucha. Era muy flaco, extremadamente, de color verde azulino casi transparente, sin cabellos, los ojos muy negros y salidos para afuera. También con los cuadernos en las manos sobre las faldas. Lo miré bien y me pareció que tenía rasgos como los míos. Me miró de pronto y tembló, estaba tiritando. Los dientes le castañeteaban. —¿Tenés frío? —le pregunté. Se largó a llorar y a balbucear, se echó hacia adelante casi apoyando la cabeza en su cuaderno. Al rato empezó a los gritos. —¡Shhh...! —le hice—. ¡Van a venir! —susurré asustado. Los oficinistas iban y venían. El silencio era enorme. Solamente se escuchaban los gemidos y llantuqueos del de mi lado. —Callate, te van a escuchar. Dejó de llorar y se incorporó un poco mirando al vacío. Su cuaderno estaba todo mojado por las lágrimas, enchastrado, sucio, blando en las puntas de los vértices, como de trapo viejo. Miré el mío y estaba intacto. Todo durito y reluciente. Después de un rato me clavó los ojos, luego miró fijamente mi cuaderno, después el suyo. —Te lo cambio —dijo. —¡No! —dijo el encapuchado de mi otro lado—. No se te ocurra —insistió. —¡No! —le dije al llorón. Ahora lo miré bien y era igualito a mí, pero flaquísimo, arruinado. En ese instante me cayó algo en la cabeza y de ahí al suelo. Después otra vez, y otra, y

otra vez, como piedritas negras que me daban justo en la mollera, rebotaban y quedaban por el piso. Miré para arriba pero vi sólo un techo gris, un cielo raso bajito, demasiado. —Me están tirando piedritas en la cabeza... —le dije a mi amigo encapuchado. —¡Shhh! ¡Callate! ¡Quedate quieto! ¡Te detectaron! Quedate quieto. Son los carozos de las aceitunas que come Dios.

Nos hicieron entrar a los tres en la oficina de la muerte. ¡A mí, al encapuchado y a mi otro yo, débil, verde, lloroso!

—Defiéndase —dijo una voz—. Usted está muerto.

—¿Ah, sí? —contesté.

—Así —contestó la voz. Y busqué los parlantes. —No hay parlantes —dijo el encapuchado, y siguió: —Te dije que no te movieras. Te recomiendo que cuides las palabras que elegís.

—¿Qué es esto de defenderme? ¿Quiénes son estos dos? ¿Cómo? ¿Muerto? ¿Nadie explica nada? ¿Así de simple? Uno vive, se muere, y al instante el pequeño miserable juicio en un cuartucho, sin verle la cara al que me habla, con estos testigos. ¿Por qué tengo que aceptar esto? ¡Me voy!

Pero veo que no hay puerta y que si quiero tampoco es un cuarto tan chiquito ni tan gris. Las paredes si quiero las hago desaparecer y las transformo en humo verde. Todo es verde, y a estos dos los pongo más lejos.

—¿Bien? —dice la voz.

—¿Qué? ¿Qué carajo le pasa? —digo.

—¡Defiéndase!

—¿Soy culpable?

—Mhhh... lo es...

—Mhhh... no lo soy porque usted lo decida —le digo a la voz.

—Sí, lo es... —dice mi otro yo, verde lloroso—. Es culpable de todo. Primó en él el animal. Fue egoísta. Castigó. Fustigó. Condenó. Separó. Dio maltrato y mató.

—Nunca se dio cuenta —dijo el encapuchado—. No se dio cuenta de nada porque nunca oyó hablar siquiera de iluminaciones, aniquilamiento del ego. Teorías.

—Es cierto que no sabe nada —dijo el lloroso desde la otra punta—. Pero lo concreto es que mató, asesinó, y si no que pasen el replay.

—Nada de replay, no sea mediocre —dijo la voz—. Esto es mucho más serio de lo que se imagina. No es una mascarada ridícula. ¿A quién mató? ¿Cómo fue?

El hombre otro yo, todo azulino, se puso a llorar calladamente. Mordiéndose los labios, empezó: —Una vez saltó de la cama bien temprano y se metió en lo del vecino por la ventana, casi al amanecer. Todo estaba lleno de hedor a pucho y vómitos, subió al entresuelo y agarró al vecino dormido, borracho, y le aplastó la cabeza, la cara, con los borceguíes y después, con la cabeza rompió el televisor, y la cara se la dio contra el borde

de la bañadera y todo se llenó de sangre. Después lo acuchilló empezando en la barriga, después las costillas, que se las dejó al aire, y abrió toda la parte de las tripas, cortó cachos y se los metió en la boca. Con un vidrio le vació la cuenca de los ojos y se fue a dormir a su cama. ¡Es verdad! Y a mí no ha hecho más que matarme deseos. El deseo de ser padre, de abrazar a alguien, de ser acariciado y querido. ¿No se matan las ilusiones?

—También los deseos matan —dijo el encapuchado.

—Todas estupideces —dije yo—. Soy un ser de agua... —seguí, y de pronto me atranqué.

—¿Quiere agua? —dijo la voz.

—Es de agua —dijo el encapuchado.

—Agua estancada —el lloroso.

—Sí, agua estancada... —dije yo—. Agua putrefacta fui y soy. Agua que perdió la fe con tanta intoxicación. Que se mezcló con restos e inmundicias. Cosas del mundo que me hizo un charco donde varios bichos vinieron para restregar sus cuerpos llenos de plagas. Soy y fui agua que pudo fluir, correr, vivificar, hacer crecer hermosas orillas, flores sobre montañas, paseos, que pudo llover lejos, ser río. En cambio prefirió ser pozo de iguanas y buitres, bebedero primero, después bañadera y al final cloaca, pozo, nada más que hedor y desperdicio del que toda cosa viva se escapaba... —y aquí me quedé un rato en silencio.

—Así es... —dijo la voz.

No dije nada. ¿Qué iba a decir? Callé y consentí.

—¡A sus labores! —dijo la voz.

Entonces el encapuchado se quitó la capucha y vi a un hombre brillante, lleno de luz. La cara más bella de hombre que vi, todo sonriente. Se puso de pie y fue hasta el otro yo lloroso, le puso su capucha, y antes le hizo una seña con los ojos. El nuevo encapuchado se paró y vino hacia mí y me tendió la mano diciéndome que debía llevarlo. Guiarlo, porque estaba ciego. No me resistí. Estiré mi mano y se la di, y así me dejé llevar por ese flacucho débil y encapuchado. Parece que el juicio se había resuelto de esa manera.

En el suelo del desierto estuve un rato tirado. Vino el águila negra de pico rojo y ojos blancos y me agarró con las patas como un conejo y por los aires en vuelo me transportó hasta lo que parecía ser la reserva ecológica en la Costanera Sur. Allí me depositó en el agua del río. Me hundí con la sangre que chorreaba de mi oreja y se desparramaba en hilachas en el agua marrón.

En el momento de la oración, la luna le guiñó un ojo al hombre de la mole negra. En el río había un solo barco carguero muy lejos. El hombre bajó de la piedra y caminó a la orilla. Levantó el agua tomándola de la espuma como si fuese un mantel de babas y se metió

abajo del río un rato largo, después salió seco. Tenía las
manos encendidas. Corrió a desenterrar una perla es-
carbando. Salió un bebé blanco. Luminoso, de cara re-
donda, ojos claros y cara brillante.

A la noche
el amigo de la luna
manos encendidas
desenterrando perlas
sacó de la tierra
un bebé blanco

Niño de algas
turquesa derretida
lagrimita de oro
panal de estrellas voladoras
charco
silbido
carne de azúcar
muerdo un poco
de tu sueño
me duermo azul
luego vuelvo
te acuno niño blanco
tu mamá está de viaje
pronto volverá

Ahora usted recuerde que le dije que se imagine que es un gato herido abajo de la lluvia. Bueno, no se acordó. Ahora entonces olvídense de todo. Ya pasó. Fue. Quizá sea mejor lo que viene.

BEBETO¹⁷

Hola qué tal... qué tul... qué talco, qué acelga, ¿cómo andamios? Yo viento... ¿y bostas? ...qué plato, ¿no? ...me río de janeiros... yo soy Bebeto... Mamá me dice Bebe... papá me dice Buby... pero... mis amigos me dicen Bebeto... y yo también, a la mañana me miro al espejo del baño y digo... ¿qué tal Bebeto, cómo andás?... já... ¡qué risa!... ¡qué loco de la guerra! Así... este... comentando a la sanfasón... ya que soy el comentarista... como la locutora Canela que ha sido mi modelo de vida... ¡Qué país bananero!, ¿no? ¡Pero sin bananas!... ya le van a querer encajar la banana en la nueve de julio... y no le va a prender la banana vas a ver... no le va a prender... yo soy re-banana... salgo todas las noches... estoy parando mucho en Rond-Point... llego y digo... ¡qué tal!, ¿cómo andan? ¡Soy Bebeto!... penetro en el local... me dirijo hacia la barra, me siento en el taburete, y le digo al mozo... servime un banana split... después miro... hacia todos lados... y pregunto... Donna Caroll... ¿no llegó?... y

¹⁷ Monólogo escrito para el espectáculo *Recuerdos son recuerdos* estrenado en 1997 en La Trastienda. Reelabora textos incluidos en el espectáculo *Poemas decorados* (1994).

ahí me rajan... y entonces deambulo... soy muy deambulante... de noche, ¿no?... este... muy... eh... sí... deambuludo también... de día no... de día estoy leyendo muchísimo dado que también soy un intelectual... en cierto modo... por qué no decirlo... estoy leyendo mucho y estudiando mucho... sobre el incremento de la cebada... en el forraje... y el alimento balanceado para... para... eh... este... el ganado bovino... ganado bovino. guión, vacas... nos quedan cuatro vacas... soy de clase alta... tengo cincuenta y seis años... y estoy en tercer grado del colegio Champagnat... qué tul... mirá la que te tiré... (baila)... mirá el bailecito... quiero llegar con esto acá... (señala el talón y la oreja)... pero todavía no lo logro... otra cosa... este... importantísima... aparte de que la base de mi alimentación es el canelón... eso... está de más decirlo... importantísimo... pero... esencial... estoy con muchas ganas de comprarme un Renault Gordini... ¡para correr carreras de regularidades!... ¡es locura!... ¡locura por las carreras de regularidades! pero papi dice no... que no, que es un fierrazo... que me voy a matar... que es un embeleco... yo a la plata me la gasto en pilchas... ¡juná qué ambo... llegué y dije... ¿a cuánto estaría el ambos?... ¡una ponchada de pesos! me dijo... deme cuatro, señor... soy un bacán... este... me gritan de todo, ¿eh?... me dicen papalurdo... andá... cachivache... chauchón... retraseti... pero a mí me da igual... porque las apariencias engañan, y me puse serio, eh... ojo al piojo... mamita me contaba

siempre un cuento antes de dormir... que dice así... había una vez un hombre que había perdido su hacha... el hombre sospechaba del hijo del vecino porque el muchacho... miraba como un ladrón... hablaba como un ladrón... y caminaba como un ladrón... pero un día... este hombre... haciendo un pozo en la montaña... encontró a su hacha. O sea que se dio cuenta que él mismo... la había perdido... desde ese día... el muchacho miraba, hablaba y caminaba... como cualquier otro muchacho... digieranlón... elaborenlón... refrigerenlón... y entiendanlón... este... lo que sí, ¡tengo un dolor de sabiola!... parece que estoy somatizando... fui a un doctor... meopático... y... porque... ¡perdí el hamster!... ¡no está el hamster en toda la casa!... o mamita lo aplastó con la lustraspiradora... o bien con la chancleta... ¡no está mi hamster!... entonces me dio un remedio... el Rucútus al 8500... que está basado en la planta oriunda del Cáucaso, la Ornitofelia Rucútus... me voy a dar con el Rucútus ¡eh!... y después les voy a leer un poema que compuse en estado de Rucútus... pero antes les voy a leer la lista de todo lo que me pasó en una semana por la somatización... (saca un papelito y lee)... tuve... tos convulsa... pediculosis... halitosis... gangrenas... miopías... lipotimia... temblores... vahídos por doquier... aflojamientos de esfínteres a mansalva... gases a troche y moche... palpitaciones... reumatismo... soplos al corazón... diarreas que ni hablar... triquinosis, caída del cabello... monosucleosis, dispep-

sia, culebrilla, ahogos, hongos desde acá hasta acá (de los pies a la cabeza)... y desprendimiento de retinas... de todas las retinas que tengo, ¿no?... Me doy, eh ¡me doy!... ¡guarda que puedo revolotear por ahí, eh!... ¡agarren las copas! (se da en la nariz con esos aparatitos para el asma)... quedé ciego... (se da otra vez y sufre una transformación a tipo galán)... El poema trata sobre el deseo... y dice así...

Los pescados sueñan con bueyes
metidos en peceras...
los cerdos sueñan que son policías...
los monos sueñan que tienen carnet de identidad...
y que las vertientes de las montañas
les mojan las patas...
los elefantes no recuerdan sus sueños...
los cocodrilos sueñan que tienen
piel sedosa como las focas y los delfines...
las jirafas sueñan que sus lenguas negras lambetean
espejos sumergidos...
los murciélagos sueñan con el sistema braille...
los gallos pigmeos sueñan que ganan cocardas en la
rural y
que son aplaudidos por un muñeco igual a Onganía...
las langostas sueñan con plagas de japoneses fritos a
la sartén...
los mosquitos sueñan con familias y familias y fami-
lias y familias haciendo picnics en los bosques de Ezeiza...

los lobos marinos sueñan un solo sueño repartido en varios sueños como olas...

las ladillas sí sueñan...

las águilas sueñan que una montaña se les posa en el pico...

los bentevéos... sueñan con los... veteyatevís... sus enemigos que reptan...

los caballos sueñan al galope con praderas en el rostro de Dios...

las vacas sueñan que reciben postales de Holanda y que se casan con el toro negro y que se van de viaje de luna de miel a Santa Teresita y que tienen hijos e hijos e hijos e hijos e hijos y que a todos se los arrancan de los brazos y que al final toda la familia es asesinada y colgada de ganchos...

los corderos sueñan que quitan el pecado del mundo...

los ornitorrincos sueñan que son otorrinolarinólogos...

y yo sueño con mi chalecito en Longchamps, y que en el frente diga: Mi ensueño.

Digieranlón, atrapenlón, elaborenlón, refrigerenlón, y entiendanlón.

Este... dos cosas... pero... importantísimas ¡eh!... primero ¡si pueden!... déjenle propina a los mozos... porque yo seré boludo pero soy solidario... y segundo... lo dice Beбето, ¡eh!... ¡Muerto es el que vive con temor!... ¡Y vivo... es el que está muerto de amor!...

LA LLORONA¹⁸

Esa santidad mía de tener que salir a llorar todos los días para pedir. Me hago la torcida y ando llorando por la vereda como si acabara de perder una pierna en la bomba de Nagasaki. Entre los escombros de la atómica con los cachos de piel colgando como para la foto premio Pulitzer, porque yo tenía mi departamento enfrente de Barrancas de Belgrano, con mi esposo Matildo, que yo lo ayudé en todo para llegar. Terminé la secundaria y empecé a hacer los trámites para que me acepten en periodismo o conducción de programas de entretenimientos. Yo conocí a Matildo cuando él trabajaba en la zapatería. Yo tenía comercio también, mercería, con mis tres hermanas, que las tres me traicionaron unas atrás de otras, con Matildo mi esposo, claro. Yo no era la mayor, sino todo lo contrario, la menor de las cuatro y la más linda y de más éxito en el barrio. Me gritaban "yegüita, vení a lamerme la bragueta del short" los muchachos del bar de la esquina. Los borrachos todos sabían de aquella vez de más chica cuando me la pusieron todos en el taller de Matildo, mi esposo, que

¹⁸ Texto escrito en 1998. No estrenado.

igual él no estaba nunca porque le estaba tratando de sacar el negocio de zapatería a un tío que estaba a punto de morir. La cuestión es que fui siempre muy buscada, y después de lo que pasó con los muchachos mis hermanas, las tres, se ocuparon de acusarme de puta en el barrio. A mí no me importaba tanto hasta que decidí entrar con el Pastor, para limpiar un poco mi situación, porque todos me dejaban de lado, entonces conocí al Pastor y nos enamoramos, y fue todo bien porque con tan pocos años pasé a ser la mujer del Pastor y andaba con mi coche y me teñí, me empezaron a respetar, pero igual yo a Matildo, que hacía tiempo que no lo veía, me lo quería transar porque nunca me había dado bola porque yo era una basurita para él, así que un día fui a la zapatería. El nunca se había enterado del asunto aquel con todos los muchachos y tres de sus mecánicos en su taller, una tardecita. Pero me había visto medio borracha o algo así. La cosa es que llegué recién salida de la peluquería, con el coche, con el chofer que me abrió la puerta y una vez que entré él no lo podía creer. Era como que se reía porque me reconocía pero no a tan alto nivel. Así lo enamoré y entonces quedamos prendados en cuanto nos cruzamos las miradas. Yo andaba medio descalza, a propósito, con unos tacos colgando de mis manos. Me senté en un taburete y le pedí tales artículos, unos zapatos de cóctel negros y plateados. El fue muy caballero y con sus manotas gigantes-

cas me tomó un pie y me puso el zapato. Me miró fijo a los ojos con su mirada negra y me pidió el otro pie. Al abrir la pierna para cruzarla para el otro lado noté que su mirada se dirigió a mi parte más pudenda que enseguida protegí.

Cuando volvió a mirarme en sus ojos había veneno. Me había descubierto. Veneno y deseo. Yo atiné a irme inventando cualquier cosa, pero él ya sabía que yo era la mujer del Pastor, así que no pasaron cuatro días y ya a la salida del templo vi su Valiant en la esquina. Bajó y me agarró del brazo. Le sacamos toda la plata al Pastor por medio de chantajes. Nos fuimos a vivir a Barrancas de Belgrano pero un día la encontré a la Nilda en la cama con Matildo. Mi hermana la Nilda. Pero no pude decir nada. La Nilda pasó a ser la esposa verdadera porque con ella se casó. Yo les serví de mucama porque me daban una piecita y porque además me arreglaron los dientes. El a veces me fajaba mucho, y también a la Nilda. Al final pasaron a ser mis otras hermanas sus esposas y la Nilda y yo compartimos el cuartito. Porque como Matildo era irresistible en la cama se quedaron prendadas con él y él se quedó con la mercería. Al final me echaron a patadas de la casa, de mi casa, me robaron el esposo, y ahí están. Alguna vez tengo pensado ir a la noche y prenderle fuego a todo. Pero como caigo rendida en algún portal, desgarrada, o en una playa de estacionamiento, a la noche, no pienso en nada. Me

Pero bueno, esto lo veía yo desde mi banco porque soy perceptivo pero en realidad nadie lo notaba porque todos ponían cara de que paseaban y que reinaba la armonía del universo.

Ella hablaba hasta por los codos. ¿Sí?

—Porque mamá está mal de los nervios, parálitica de la cabeza para arriba, y papá se tira pedos, pero cuando acabe la Pitman me voy a ir corriendo a lo de Osvaldo a decirle que acabo de recibirme y seguro que larga a la conchuda que tiene que se la coge y con los brazos abiertos va a cerrar la cortina de hierro de la verdulería y me va a empezar a meter berenjenas y calabacines y quinotos en la cajeta mientras me declara su amor pero yo me voy a negar para no parecer tan fácil y voy a ir a decirle a papi que Osvaldo me violó y seguro que no va a saber qué hacer porque no tiene carácter, pero mamá sí, va a mandar a la patota de Barrita para que lo pongan en la parrilla y lo quemem con cigarrillos los muchachos y justo voy a llegar yo toda empapada en lágrimas y en jugos gastrointestinales y de la concha, y le lloraré en la cara a Osvaldito y antes que se muera voy a pedirle perdón y me va a mirar... y...

A ella le saltaban cachos de verdura verde de la boca y le daban a él en la cara.

—Ay, perdoname bolivianito.

—No. Nos es nada —decía el bolita, mientras con un palo trataba de sacarse el cacho de repollo verde de un ojo.

—Nos es nada porque estoys acostumbrados. Allás en Villazóns nos cansábamos nos de escupirnos nos pedazos des espinacas y coca mezclados para el asuntos des las alsturas y els' apunamientos. Ansíquenostes preocupés mis escuspidoritas bonitas.

A esa altura yo ya estaba podrido de tanta puta naturaleza, así que agarré y me sumergí en una meditación profunda.

Bajé al vacío y encontré nada al principio, toda tejida como si fuesen hebras tras hebras doradas pero de nada. Una nada medio cristalina salpicada de huevazos demiúrgicos.

Hombres todos que entran en el baño del Botánico. Vienen y van sin ton ni son. Como zombis llevan sus cuerpos tras el deseo que nunca podrán satisfacer por más garompas que les pasen por la cara y el culo. Una constante: la mayoría son esos medio regordetes como porteros con várices. A veces alguno muy flaquito y con flequillo lacio. La vida también es eso y también los árboles vivos y la tierra, el cielo y los gatos, todos vivos por ahora. Señores mayores que salen tocándose las braguetas, qué asco, con sus anteojos de ver de cerca puestos. Hombres herrumbrados, hechos pedazos, con las almas descuartizadas en varios pedazos. No se consuelan con el llanto del vacío ni dejan nacer nada, van tras de la muerte con ahínco.

El viento, que es el soplido interno de la vida, mueve las sombras de los enormes añosos árboles.

Junto a mi pie danza una hormiga y canta. Monstruos con peluquines separados de las molleras.

No sé si serán abedules o ciervos. No sé si tendrán raíz o alas.

²⁰ Texto escrito hacia 1994, perteneciente a una serie sobre el Botánico.

No sé si tejerán las marañas de las hojas o perderán el aliento haciendo pozos. Insectos, luces, bocinazos, estatuas, niños, piedras, bolsillos vacíos, recuerdos, transpiración de malos olores, la vida entera respira y la inteligencia gigante mueve los hilos.

SUSPIRO CRUDO FOSFORESCENTE²¹

El ámbito en el que se producirá el "Suspiro" deberá ser extremadamente aséptico. Habrá un aroma constante que virará del pino fresco al olor fuerte a naftalina. Debe haber una sala de no muchas butacas, hasta 66, y un escenario de boca chica, de 5 a 7 metros, pero muy hondo como un pasillo, de 15 a 22 metros, y que termina en una puerta tosca. Todo, en la sala y el escenario, deberá ser de un turquesa fuerte. Las butacas y paredes de cerámica turquesa, techo, molduras de yeso, telón, tapizados de damasco turquesa, borlas, clavos, programas, todo debe ser turquesa. La iluminación de la sala será verde, como de whiskería, incluso una vez ubicado el público, las aeromozas-acomodadoras servirán el vaso obligatorio de whisky y los bocaditos de menta. Pasado un tiempo prudencial animado con distintos tipos de efectos especiales como trenes que pasan, bebés que ríen, galopes de caballos, calesitas, moscas que zumban, goteras, frenadas de coches, alaridos de películas de terror, el telón se irá abriendo hasta descubrir la escenografía turquesa. Habrá solo una larga mesa que va desde la boca del escenario hasta el fondo, en una puerta. Pero

²¹ Pieza teatral escrita hacia 1990 y no representada. Un fragmento fue incluido en *Mamita querida* (1992).

hay además otra puerta secreta en el costado izquierdo sobre proscenio, que se notará por un pestillo con florecitas turquesas. Adelante de la mesa, en proscenio, estará La Madre tirada en el suelo con ropas de épocas remotas, muy sucias. Habrá silencio y luego La Madre levantará su enorme pollera turquesa y de allí saldrá un papagayo verde volando adonde sea. Instantáneamente se abrirá la puerta del fondo, de un golpe, y entrará una enorme bandada de no menos de seiscientos sesenta y seis cotorras, loritas, loros, y hasta tucanes, todos muy verdes, volando y posándose donde sea. Se cerrará la puerta del fondo en forma estrepitosa y se escucharán unos golpes desesperados desde atrás de la puerta lateral en la izquierda, la del pestillo floreado.

LA HIJA: —(*En off tras la puerta lateral.*) ¡Madre! ¡Madre! ¡Déjeme salir de los aposentos! ¡Quiero ser libre de culpa! ¡Mea culpa! ¡He pecado! ¡Clemencia! ¡Perdón! ¡Piedad! ¡Compasión!

LA MADRE: —No serás libre nunca, perra roñosa. Te metiste ese pepino en el culo. El pepino era el pepino de mi madre, el que se metía en las noches de invierno después de que mi padre falleció aplastado por el risco rodante que cayó desde la Sierra de Tandilia mucho después del descubrimiento del Glaciar Perito Moreno. (*Se tira al piso y larga una espuma azul por la boca, en abundancia, como un lavarropas.*) Estoy arrepentida de haberte parido con esta concha, ¡con esta misma con-

cha! (*Se levanta la pollera y se ve una concha que escupe llamaradas.*)

LA HIJA: —(*En off, golpes en la puerta.*) Madre, recuerda que soy la hija de un bosque. Que tengo acequias en mis venas. Que no me crecen abedules sino grandes eucaliptus y que estoy invadida por las hiedras. ¡Suélteme del presidio! ¡Mea culpa! ¡Madre, sea una madre! ¡Madre! ¡Putra madre! ¡Madre puta! ¡Putra madre! ¡Putísima madre! (*Golpes desesperados en la puerta.*)

LA MADRE: —¿Dónde están mis sacrificios, mis verduras, mis manzanas, mis manjares, mis vendimias, mis yogures? ¿Desde dónde el ala escuálida de la muerte ha venido a posarse sobre tan inmenso palacio de buena suerte, con sus malos augurios y desgracias a tañir tambores fúnebres, a dejarnos sin nada? ¡Mala vida! ¡El vacío! ¡Putra hija! ¡Hija puta! ¡Tu falta de agradecimiento me deja seca! ¡Putra! ¡Putra! ¿Por qué ese pepino? ¡Ya ni siquiera tengo fuerzas para esperar el regreso de tu propia hija, mi propia nieta! ¿Sabés qué voy a hacer? ¡Esto! (*Saca un puñal de entre sus ropas.*) ¡Voy a pegarme cuchilladas! (*Se da puñaladas.*) ¡¡¡Ahhhhhhhhhhh!!! ¡Así, así, en la barriga! ¡¡¡Ahhhhhhhhhhh!!! ¿Escuchás mis alaridos? ¡¡¡Ahhhhh!!! ¡¡¡Y ahora en el busto!!! ¡¡¡Ahhhhh!!! ¡Es tu mano la que me lo clava! ¡¡¡Ahhhhh!!! ¡¡¡Y ahora en la cabeza!!! ¡¡¡Ahhhhh!!! ¡¡¡Ahhhhh!!! (*Empieza a revolver la cabeza y los ojos de un lado para el otro. Parece que se le salen de las órbitas.*)

(La puerta del fondo se abre de un golpe y aparece La Nieta que sube a la larga mesa y viene caminando sobre ella.)

LA NIETA: —Abuela, no se acuchille. Míreme. He tenido una hija en secreto, ésta es su bisnieta. Hija, ésta es tu bisabuela. *(Le dice al bebé que lleva en brazos.)* Soy feliz. Tengo una vaca además de un poco de viento en la cara en los atardeceres. Vivo en el campo ahora. He vuelto para traerles felicidad y esperanza. Ardo en deseos de que sepan que la felicidad de recibir una hija me ha hecho cambiar. Ahora soy generosa por demás.

LA MADRE: —*(Que ha dejado de acuchillarse.)* ¿Tan generosa como es la naturaleza, por ejemplo?

LA NIETA: —Tan generosa, abuela, y más.

LA MADRE: —¿Tan generosa como Cristo?

LA NIETA: —Y más, abuela.

LA HIJA: —*(En off.)* ¡Déjeme salir, madre! ¡Madre puta! ¡Carcelera! ¡Perra roñosa!

LA MADRE: —*(A La Nieta.)* ¿Darías cualquier cosa por darme felicidad y esperanza?

LA NIETA: —Soy generosa y me entrego para dar felicidad. Todo lo mío es para el que lo desee.

LA MADRE: —¿Tu hija es tuya?

LA NIETA: —¿Qué quiere decir, abuela?

(La Madre le arranca a la niña de los brazos, a su bisnieta, y agarrándola de las patas la estrella contra las

*paredes, contra la mesa. Le destroza la cabecita ensucian-
do todo con sangre de bisnieta explotada.)*

LA NIETA: —(*Desencajada.*) El valle de las heridas. Ataúdes y cielos. ¡La catacumba de los alaridos, el gemido ahogado, la espina! ¡Tristeza! ¡Se hizo añicos la esperanza! ¡Adiós felicidad! ¿Hacia dónde irá mi alma ahora? ¡Abuela puta! ¡Mató a mi niña!

LA HIJA: —(*En off.*) ¡Nena! ¡Abrí la puerta! Las llaves de mi presidio están en su corpiño. ¡Matala! Redúcele la cabeza como haría un jíbaro. Pégale con las macetas. ¡Madre puta, libéreme!

LA NIETA: —(*A La Hija, su madre.*) ¡Madre, mató a mi niña!...

LA HIJA: —(*En off.*) ¡Consigue la llave! ¡Abreme! ¡Hija mía, libérame! ¡Yo te ayudaré a vengarte! ¡Matemos a mi puta madre! (*La Nieta lucha con La Madre, su abuela, y consigue la llave. Abre la puerta lateral y de allí sale como una tromba La Hija.*)

LA HIJA: —¡Madre! (*Se lanza a los pies de su madre, arrodillándose.*) ¡Madre! Se me ha ocurrido una idea. ¡Descuarticemos los restos de tu bisnieta muerta y hagamos bifes de carne picada! Hagamos paté de intestinos.

LA NIETA: —¡Traición!

LA MADRE: —¡Hagámoslo! ¡Estoy hambrienta! Y vos nieta puta te prepararás para un pronto coito que te embarace otra vez. Cada nueve meses deseo masticar la carne de una bisnieta. ¡Una puta bisnieta!

LA HIJA: —¡Hija! ¡No desesperes! ¡Es tan solo el destino! ¡Lo escrito escrito está!

LA MADRE: —¡Vamos a la cocina! ¡Putita hija vamos! *(Se van La Madre y La Hija con los restos de la bisnieta.)*

LA NIETA: —Traición. Canibalismo. Antropofagia. Sartenes gigantes llenas de brazos, piernas, cueros cabelludos, ombligos y lenguas ardidadas en alaridos, mezclado todo con un caldo Knorr Suiza, dos hojitas de laurel, un chorro de vino tinto de iglesia y al fuego. Con ello se hará una enorme bola negra. Una albóndiga mortuoria. La pelota mortal que arrasará los cien barrios porteños. Oh vetustos días, poltronas de mimbre mustio en el bosque de árboles blancos. ¿Cuántos soles se ha tragado el horizonte? Mirad allí cómo va la marejada de bestias, se encajan codazos unos a otros, con los dientes le arrancan los ojos al niño del vecino. Adobe. Almas de adobe. ¡Qué preciosas mortajas visten! ¿Cuándo tomaré mi brebaje de estrellas marinas?

(Empieza una lenta disminución de la luz. La Nieta saca una aguja y se cose la concha. Música, hasta apagón final.)

TELÓN

BAÑO MIS MANOS CON AGUA²²

Baño mis manos con agua
para enjugar el pecado
que me atormenta
que me tritura
Mirad
pueblos del futuro
un hombre que lava sus manos
al final del siglo XX
Un creyente de fe
que ve estropajos en los ojos
de los ministros
¡Mirad!
Un mozo que cree en los pescados
que crecen en los baldes
¡Mirad!
Un pecador que ha asesinado a
su ser amado
¡Mirad!
Un pobre hombre todo trastocado
sin saber si hay sol o sueños o risas

²² Texto escrito en 1991 e incluido en el libro de artista *Mensaje de anfibio*.

en la carpa del circo

Y mirad

sonríe

Por lo menos recuerda algo

LAS PIJAS²³

Pijas colgantes
sembradío de garchas
huevos al acecho
pijas enroscadas adentro de los calzoncillos
Vergas, garompas
pingas deliciosas encremadas
ojetes revueltos
cactus almibarado
despliegue de pijas circuncidadas
y el intenso bulto
que rompe rutas arremolinadas
rodantes
con pendejos como rodetes
rodeando como rastrojos
suspensores en la terraza
concurso de a ver quién acaba más lejos
guascazos en las puntillas de los manteles
porongas
en las bocas de los coroneles

²³ Monólogo escrito para Humberto Tortonese para el espectáculo *Poemas decorados* (1994). Texto complementario de *Sombra de conchas*, incluido en este volumen.

Chorgas
zodapes
pedazos de mampostería
gauchos con un solo huevo
pijas de los vestuarios
sacudidas de algarabía
mingitorios
crematorios
panqueques, morcillas
condones pinchados
862 pijas por metro cuadrado
pijitas flácidas de los mormones
y millones de pitilines
Pijas y más pijas
pijas negras, grossas
con olor a rosas
pesadas, de varios kilos
aceitadas, de doble filo
pijas blandengues
frías, verdes, de cura,
con sabor a culpa
porque se les pone dura.
Tres pijas en el desayuno
ocho a media mañana
tres o cuatro para el almuerzo
y durante la tarde nada
pero a la noche

pijas a granel
pijas llenas de bríos
de gran poder adquisitivo
pijas que asoman la cabeza
con el movimiento del colectivo
Gansos a diestra y siniestra
garchas de doble pechuga
y bananas con sabor a miel
yo quisiera que todo esto
me lo dé la pija de él

















¿QUE PASO?²⁴

En el cielo... las estrellas
en el campo... las espinas
y en el medio de mi pecho...
...¡¡¿qué pasó??!

¡Guarda con los malones!
¡Aguante la Patria gaucha!
¡Guarda con los caranchos que
vienen a picarnos los ojos!
¡Recuerdos!... recuerdos...
gomina glostora
calzado gomicuer
el camioncito Duravit
y usted camina y camina
y termina comprando en Sadima
¿¡qué pasó!!?

Ahí tengo a toda la familia
atrincherada abajo del puente,

²⁴ Monólogo escrito para el espectáculo *Recuerdos son recuerdos*. Reelabora poemas anteriores utilizados en espectáculos del Parakultural en la década del ochenta.

parece que ahora pretenden
arrancarnos las pertenencias.
Quieren adoctrinarnos
para usarnos
como a salvajes acristianados.
Eramos los dueños, señores,
los dueños...
Teníamos todo Plaza Italia
Parque Chacabuco también
y mucho más...
y el Riachuelo corría para nosotros
y cuando en el Tigre la luna
se reflejaba en el agua
el reflejo... también era nuestro...

¡Chuenga! ¡Chuenga!
¡Chuenga! ¡Chuenga...
La flauta del afilador...
el lechero que llegaba en carro...
los gritos del aguatero...
los primeros semáforos de Buenos Aires
la colección de discos de Rita Pavone
la Rico Tipo, las pastillas Renomé
los caramelos Chú-cola...
el famoso Naranjín...
¡¡¿qué pasó?!!

Reloj de oro con cadena de oro
medalla de bautizo de oro con cadena de oro
mondadientes de oro
gemelos de esmalte
perla en la corbata
rancho, polainas, galocha para la lluvia
guantes de carpincho
salivadera de mayólica
calzador de hueso
cepillo y peine de hueso y cerda
Dorita, la secretaria de Roberto Galán
Nelly Paniza, los Wancawá
el mantel de hule
¿y el hula-hula?
¡¡¿qué pasó?!!

El farol sol de noche
la hora de la siesta
la canción: "Qué te pasa gaucho"
el SIMULCOP
la lapicera TINTANCULIN
los pitucones MENDAFACIL
¿¿¿qué pasó!!!??

Yo tuve entre mis manos
varios fuegos

que ardieron vivamente
y también un árbol
no digo un bosque
un árbol
y después
amasé risas y fiestas enteras
con sus lunas llenas
que se posaron sobre mis hombros

¡Ay! si hubiera
algunos ríos o arroyos
que estuvieran cerca
para ir a mirarlos correr
con sus aguas lechosas
un poco pegajosas
sin moscas
y mucho menos cucarachas
y poder flotar
río abajo
todo mojado
como recién salido
de una teta gigante...

Si hubiera...
papagayos con picos luminosos
y búhos en los magnolios
y poder estar

con las patas desnudas
el pecho al descubierto
todo resquebrajado
por un viento...

Si hubiera...
alaridos de Walkirias calientes
galopando a lo lejos
por los montes
y después... todo azul alrededor

Si pudiera volver
a ese lugar
de donde vine...
en donde los aljibes
tienen musgos
en sus paredes sangrantes
y olor a jazmín
en el fondo...

Si hubiera
cielos todo el tiempo
y una estrella
que rodara por el camino...

Y una yegua negra
perdida

arriba de la piedra
en la montaña...
con las orejas paradas
escuchando
el sonido de los planetas
el quejido
de todas las lunas
en movimiento...

Si la camisa
me volara blanda con el viento
como una bandera anaranjada
y mis piernas largas
me llevaran
por unos bosques
y por cuevas
y si tuviera un tambor
y una corneta plegable
que hiciese el ruido del mar
y ni una sola gata peluda
por supuesto
mucho menos cangrejos
pero algunos escuerzos ¡sí!
también cocodrilos ¡sí!

Si tuviera una casita roja
toda con sauces

rodeando las esquinas
y un campanario
y el pedregullo
y las higueras
y los niños envueltos
en la sartén

Si hubiera milagros
todo el tiempo
lagos rodeados de incendios
para las noches
de invierno
llanuras de humo
pampas de espejos
grandes pozos de cientos
de kilómetros de radio
desde donde me hablaran
voces
que además cantaran
enormes escaleras
subiendo hasta la nada
desde donde cayeran
repollos
y calaveras
rodando hasta los arroyos

Sombras corriendo carreras
almas estampadas

en los muros de los cementerios
murmullos de espíritus
tintineos de campanas
en el cuello
de los camellos
en el desierto
a donde yo pusiera el banquito
para sentarme a esperar
a la caravana

Carruajes
cacerolas
mocasines al vuelo
panderetas por los maizales
dos o tres pianos
sobre un camalote
y un violín
enterrado vivo

Si los ciruelos
dieran nueces
los nogales
nuez moscada
los girasoles
borbotones
de aceite Cocinero
y las vacas

elevantan sus ojos al cielo
y rezan plegarias
masticadas
cuatro veces

Si los gorriones
explotaran
como rompeportones
contra las puertas
de los aposentos
y las estatuas
de los santos
bailaran jotas
en ojotas

Si las hogazas de pan
crecieran ahí
abajo de los pinos
entre los hongos
y las alegrías
estuviesen petrificadas
como huellas en la nieve...

¿Cómo sería el paisaje
si mi corazón se abriese
como una compuerta
y de allí saliese

el niño que fui?...
todo envuelto en carcajadas
para ponerse a bailar
sobre una hoja... seca...
apenas soplada por el viento...
¿¿¿qué pasó??!!

LA INTERGALACTICA²⁵

En una punta una cama con alguien durmiendo. Del otro lado un piletón contra una pared, ropa mojada, tachones, un fuego abajo, armas, una sillita. Una especie de tenderete, refugio. La Pelirroja en la silla. Por arriba, atrás, no muy en el centro, un púlpito, armado con cualquier cosa. Un púlpito de chatarra, con toques de altar de la Difunta Correa, algo de kermese.

Hay silencio. Al rato, la mujer de pelo rojo está durmiendo, con los cabellos sueltos, de pronto se mueve el que duerme y sale de las sábanas un ser con cara roja. Observa a la mujer y sacude la cara como un animal, con la lengua colgándole, una mueca de pesadilla dirigida a la Pelirroja. Vuelve a dormirse, tapándose completamente otra vez. La Pelirroja despierta y bosteza. Calienta una pava. De pronto la cama otra vez. Se mueve el que está durmiendo, se destapa y es el Viejo Decrépito. Tiene como ciento sesenta años. Se sienta en la cama con calzoncillos enormes como una pollera de seda, el cuerpo blanco y camiseta, es casi pelado. O en camión. Va hasta al lado de la Roja. Ella ni lo registra, está ocupada preparando una mesita para uno en mitad del lu-

²⁵ Texto base del espectáculo *Urdapilleta en llamas* (1997).

*gar. Está el piso lleno de papeles y basura. El se acicala mo-
jándose apenas los ojos. Luego se sienta a la mesa.*

VIEJO: —¿Soy honorable?

ROJA: —Sos honorable.

VIEJO: —¿He estudiado?

ROJA: —Has estudiado mucho, muchísimo.

VIEJO: —¿Soy respetado... dónde?

ROJA: —...en los círculos científicos y en las socieda-
des teosóficas de Madame Blavatsky... Diste conferen-
cias y ágapes varios, de todo tipo.

VIEJO: —¿Era consultado por...?

ROJA: —...casi a diario por estadistas y políticos de
vocación.

*(La Pelirroja le sirve un plato de sopa. Y le deja diarios
sobre la mesa).*

VIEJO: —*(Lee.)* Han descubierto un niño prodigio...

*(Queda colgado en la estratósfera. Se pone de pie y se
dirige lentamente a la cama otra vez. Se mete en la cama y
se envuelve como un bulto. Ella se sienta en la silla y mira
fijamente al anciano durmiendo. Luego se moja la cabeza.
Parece como que ha entrado en trance. Empieza a mover los
labios. Saca una enorme pluma de color verde y escribe en el
aire. Se hace viento, se escucha. Suelta los cabellos rojísimos
y los bambolea salpicando. Infla un globo blanco. La luz se
va bajando. La cama tiembla. Los pies del que duerme se
sacuden y de golpe se levantan tanto los pies que las sábanas
forman una pirámide deformada y se achata otra vez y de*

pronto se hace como una bola de sábanas y de adentro sale un globo blanco de gas. Luego se achata todo otra vez y de los costados empiezan a salir hojas de hiedra, tiras de enredadera que quedan colgando y llenan la cama. La mujer de rojo empieza a contar una historia.)

ROJA: —Muérdagos y relámpagos
silencios como espejos lustrados...
terrón de azúcar para el gorila
varias pocas lentejas adentro del reloj de arena
lluvia cenicienta sobre la catedral
cubierta de hiedras quemadas
alambre de púas en la cabeza del mamut
tu cielo mudo como un sombrero
apoyado en tus orejas como un walkman
tirada de cadena y sorete en el rostro del obispo falso
de material vinílico y lustrado con aerosoles flúo que
perjudican la capa de ozono y por lo tanto dejan ciego
un ojo al ciervo vecino al volcán
risitas de ratas
querubines pintados en la punta del alfiler
explosiones de los dedos gordos de los pies
rascadas de huevos disimuladas
almas nacaradas sobrevolando la estatua del negro
Falucho
reductos escondidos
teteras
chupaderos o bien lengüeteaderos de penes encendidos

gotas de miel
quirquinchos espinillos
aeromozas
lenguaraces atónitos milicos
perímetro de nivel psicosomático de acuerdo y afin
a los estudios de la Universidad de Berkeley
chinelas para la hora del té
lencería la chinche
tu bombacha
lucha el feto
contra la abortera
se tapa la cara
otra vez de vuelta al cielo
no lo dejan volver a comer
un asado en Ezeiza ni matar ese mosquito ¡plin! caja
la huella del diablo
el anillo del diablo
la silla del diablo
el sello del diablo
la polla del diablo
el callo del diablo
la risa de Dios
menjunjes de aromas
el dátil que brilla en tu boca
y la gota y rocío que llueve
mentecatos fornidos que luchan
gimiendo placeres

delicias escondidas en los rincones de los cajones de
las mesas de luz entre pelusas
pequeñas pitucas olvidadas
como tías muertas de frío
en departamentos de un ambiente
borrachas
tías putas y borrachas
el almizcle y el espíritu
las ciegas pariendo flores
betún
linda boquita de hembrita
con alas
luciérnaga pura que vuela en zig-zag
recóndita luna
en el bolsillo
del viejo gabán
requeteputa que te requeteparió
concha tu madre chupame un huevo
no dejes de hacerlo
zambomba
apreté el eyector
caeré sobre un río
de nuca...

(La Pelirroja queda estática. Suena el timbre.)

ROJA: *-(Pregunta automáticamente.)* ¿Quién es?

AMANCIO: *-Sí, Amancio Bevilacqua, el monaguillo
de Unquillo...*

ROJA: —(Abriendo la puerta.) Pase... por aquí... (El da unos pasos. Ella lo huele. Lo husmea.) ¿Cómo me dijo?

Amancio: —Sí, que vengo de las montañas, del convento de San Jacinto, en Unquillo, soy el monaguillo en el partido de Salsipuedes. Acá tengo todos los encargos... a ver... espere un momentito... a usted tenía que comprarle... no, vamos por partes... a ver... para las monjitas... a ver... sí, sepa disculpar... pero me hago un matete con los pedidos... para el padre Hortensio... (Saca papelitos.) para las monjitas entonces era... espere que chequeo, a ver... me encargaron

organdíes para canesús

chancletas para levantarse de la cama... seis pares... ¡están!

broches para ropa... almidón... ballenitas... encajes para cofias... están (Mirando las bolsas con las que entró.)

el libro de Luisa "Te escucho"... está agotado... ingredientes para fabricación de las colaciones harina, huevos... azúcar... cremor tártaro... está todo... pelotitas plateadas y doradas... vainillina... está todo...

¿después qué más?

(Ella tiene los ojos muy abiertos y lo mira fijo.)

AMANCIO: —¡Ah! El disco de Papetti... lo tengo. El disco LP del señor Palito Ortega... no lo consigo. ¿No sabría usted de alguna disquería amiga por las inmedia-

ciones...? A lo mejor en la terminal de micros... Ah... claro... (*Mira para todos lados. No ve mucho pero ve ese lugar.*) ¡Ay, mire! ¡Las flores! ¡Me llego a olvidar las flores y el padre Hortensio me mata! ¡Qué tonto! ¡Sonsera que me agarra! Deme: ocho docenas de tulipanes blancos para los floreros grandes (*Ella sale como una tromba para el púlpito.*) A ver... para los candelabros de entrada (*Saca cuentas con los dedos.*) deme... catorce docenas de lirios y azucenas, seis docenas de alelíos dorados para las copitas de los reclinatorios... a ver... ahora viene cuaresma así que... deme cuarenta y dos docenas de claveles rojos, los más rojos que tenga, bien rojos, que al padre Hortensio no le gustan nada pero a mí me encantan, son mis flores favoritas, cualquier cosa le digo que no encontré blancos... también cuatro portaikebanas, las de corcho, helechos deme un manojo grande, blanquecinos y si no blancos, si no tiene lo dejamos... y... nada más... ¡qué día raro! ¿no?

(*La Roja agarró dos cuchillos de ritual, muy brillantes y los está afilando mientras se acerca.*)

ROJA: —¿Quién es usted?

AMANCIO: —¡Ah! Mire. Sí, cómo no. Yo soy Amancio Bevilacqua. Soy el monaguillo de Unquillo, pero si desea más referencias puedo remontarme a mis siete años que fui adoptado por la familia Diflorone, luego a los diez fui enviado a Trenque Lauquen a trabajar en un tambo, a dos leguas de la localidad de Las Tres Marías.

Después pasé a un internado en Olavarría y después al monasterio de San Jacinto, donde todavía me encuentro, en Unquillo. Soy sencillo. Me gustan ya sean los rápidos como los lentos, me adapto. He trabajado siempre. Estuve también un tiempo en una escuela agraria cerca de la Piedra Movediza y no tiene que ver, pero lo que aprendí, me lo acuerdo perfectamente, es que todo debe hacerse con ahínco y con tezón dado que así se le devuelve a quienes invirtieron dinero en nuestra educación.

(Ella se ha sentado en la silla.)

ROJA: —¿Y?

AMANCIO: —He trabajado en un sinnúmero de cosas. Trabajé de jardinero. Cargué coronas de entierro. Fui mozo en la confitería Las Violetas, en la ciudad de Las Flores. Trabajé en yerbatales de Corrientes en la fábrica Flor de Lys, vendí floreros, ¡gorras de baño con girasoles, flores de Bach, harina Blancaflor, fideos florcita para la sopa, chancleta ojota con flores! Y en un momento me dije: ¡Amancio! Largate a hacer algo por tu cuenta. Largate solo, estás siempre en relación de dependencia. Y entonces me aboqué a la investigación y apunté para el lado de la flora intestinal. O sea que por un lado ayudo a las monjitas en la preparación de sus colaciones, me saco unos pesitos, por otro lado, hago lavajes de colon, y tengo un mejor pasar. Y vivo en el convento, claro, porque soy el monaguillo de Unquillo. Estoy

haciendo a razón de siete a diez lavajes por día, a razón de cinco pesos cada uno, según lo fácil o difícil que resulte el despegado de la materia... A veces sale todo fácil... otras pugna por no salir... pero siempre sale... Y hay que ver cómo les queda el cutis a las personas, cómo repercute lo de abajo con lo de arriba, si está limpio abajo... entonces paso a abocarme a la tarea de las colaciones... después de lavarme bien las manos... y así se me pasa la vida...

(Ella toma un hacha y se lanza violentamente para cortarle el gaznate.)

AMANCIO: —¡Nooooooo! ¡Por favor! ¡No me corte el pescuezo como a un pavo! ¡No me mate! Soy enfermo del corazón.

ROJA: —Tome agua.

Amancio: —Gracias. Tenía sed pero no me animaba... a pedirle...

ROJA: —Usted ya está muerto, Bevilacqua.

AMANCIO: —Le agradezco el cumplido, Señorita. Pero no es así, todavía tengo apego a las cosas mundanas. Me quedo con los vueltos. Estuve a punto de irme a la ciudad de Córdoba a ver una película de Xuxa para encenderme y perder el celibato, porque soy virgen, sí, no eunuco, virgen, desde siempre, nunca me tocaron ni toqué a nadie. Tocar, tocar, nunca. Y luego, tengo fijaciones, malos pensamientos. La boca de urna, por ejemplo. Eso para mí ha sido una mentira. Nos enga-

ñan a todos. Según el padre Hortensio no tengo que pensar más en eso, bueno, en nada, dice que mejor no piense. ¡Qué belleza su jardín! ¡Qué vista tiene su terraza! ¡Qué hermosa su bóveda celeste! Es usted propietaria o alquila. No vale la pena alquilar, da una pena, es una ponchada al cuete...

ROJA: —Bevilacqua, usted llegó acá después de morir. Se murió. Así, como se mueren todos. Llegó acá, después de morir allá, y yo estoy ahora para matarlo del todo, para sacarle el resto del yo ese que usted usó en su vida, ¿me entiende?... Para que pueda seguir el camino... ¿está claro?

AMANCIO: —Muerto es el que vive con temor... y vivo es el que está muerto de amor... (*Se miran.*)

ROJA: —¿Cómo dijo?

AMANCIO: —Que muerto es el que vive con temor y vivo el que está muerto de amor. ¿Cuando morimos se acaba todo?, eso siempre me lo pregunto. A veces creo en la iglesia, cuando veo televisión no. ¿Tendremos un alma? ¿Será tranquilo estar muerto? ¿Hará frío, qué habrá? ¿No?

ROJA: —(*Se pone a revisar un tacho de basura y de entre porquerías saca un teléfono y marca.*) Hola... Beletrutti. Sí, mirá, tengo acá a un tal Amancio Bevilacqua, mirame un poco el expediente y el legajo a ver qué pasa porque me parece que está crudo. (*Silencio largo muy largo.*) No ves, pero ¿qué pasa? ¿Están todos de joda ahí? ¡Ya se viene repitiendo mucho todo esto! No sé, mirá, yo hago

lo que puedo. ¡Estoy harta! ¡No me grités Belettrutti!... Y yo puedo cantar lo de... ¿Ah, sí? No me digas... llegás a mandar la inspección y bato todo, ¡¡ya sabés!! (Deja el teléfono tapado con porquerías y se dirige a Amancio.) Mire, Amancio. Ha habido un tremendo error. Es verdad, no sabe cómo lo lamento. Usted va a poder volver... No pierda tiempo... por acá, venga... (Abre la misma puerta por donde entró. La única.) Vaya... vuelva, y disculpe pero fue un traspapele, no se preocupe por nada, usted llegará a un quirófano probablemente...

AMANCIO: —Muy bien. Entonces, el 118 dónde lo puedo tomar... ¿Cómo era su gracia?

ROJA: —Agua Viva... Hago obras de bien, Amancio... No me olvide... Sea bueno... Siga bueno... sea más bueno todavía.

(La Roja cierra la puerta después de que Amancio sale. No le gusta quedarse sola. Va a mirar al Viejo que duerme. El Viejo justo se sienta en la cama, busca las chancletas con sus pies. Es eterno de viejo y sube al púlpito. Eso puede durar mucho, mientras ella va preparando una escopeta, limpiándole algo y cargándola, sentada al lado del lavaderito. Como haciendo algo cotidiano.)

VIEJO: —¿Soy honorable?

ROJA: —Sos honorable.

VIEJO: —¿Soy respetado?

ROJA: —Respetadísimo. En los círculos de amigos de Madame Blavatsky y en el Rotary Club, muy querido...

VIEJO: —¿Qué se ha hecho de la buena educación, qué valores se inculcan? ¿Inculcan algo?

ROJA: —...

VIEJO: —Pregunto... ¿inculcan?

ROJA: —Eras consultado a diario por estadistas y políticos de vocación.

VIEJO: —Y ahora han descubierto un niño prodigio...

ROJA: —¡Preparate viejo de mierda porque te voy a cagar a tiros! ¡Vas a morir como una cucaracha aplastada con la suela de un zapato! (*Apunta.*)

VIEJO: —¡El prodigio es que hayan descubierto un niño! ¡Alguien que tenga siempre alas de repuesto!

ROJA: —¡¡¡Pum!!! (*Le descerraja desde abajo, desde la silla, un escopetazo.*)

VIEJO: —(*Recibe el tiro. Está muriendo.*) ...un niño que no quiera morir nunca. Juega...

ROJA: —¡¡¡Pum!!! (*Otro tiro.*)

VIEJO: —¡Por el Santo Grial! ¡La unión de los contrarios! ¡Camino de religión! (*Se incorpora con ímpetu en el púlpito.*) Señor padre, cuida de aquellos que me sucederán...

ROJA: —¡¡¡Pum!!! ¡¡¡Pum!!! (*Dos tiros más. Si la escopeta puede ser de doble caño mejor. El Viejo empieza a caerse y se cae muerto. Ella, la Roja, va al basurero y saca el teléfono.*)

ROJA: —Beletrutti... Mandá los muchachos que se lo lleven porque ya está... No sabés qué liberación... (*Se*

hace masajes en el cuello.) ...Estoy un poco cansada, Beletrutti. Esto de no parar nunca... Pero bueno... por fin se murió éste... Cuánto hace que lo tenía... Qué manera de emperrarse en seguir, y seguir, y seguir... No me llega nada como la gente... ¿Qué?... ¿Te llegó carta?... ¿Y?... Pero... ¡Y a mí qué me importa Beletrutti! ¡Qué! ¡Empezaste a amenazar! *(Mientras tanto el Viejo empieza a revivir. Ella lo ve y corta, directamente. Empieza a poner la mesa de uno en el medio. El Viejo va bajando la escalerita.)*

VIEJO: —¿Soy honora...?

ROJA: —¡Sí, sos honorable! ¡Sí! ¡Y te quieren mucho, todo el mundo te quiere! ¡Hay poca gente que no te adore! ¡Que no te santifique! *(Tocan el timbre.)*

ROJA: —¿Quién es?

(La puerta es destrozada por dos o tres hombres enormes con mamelucos que la agarran a la Pelirroja y la electrocutan. El anciano no es más anciano y dice:)

VIEJO: —Fuiste capaz de hablar mal de un espíritu del Señor. Por teléfono quedó tu sonido volando eternamente en la odisea del espacio. No me reconociste como tu Salvador.

TELONES

(Acaba así. Porque no es teatro común. Durante toda la obra se oyen ruidos de calderas y ascensores, y mineros que

van y vienen de trabajar. El mismo actor puede hacer el de la cara roja, el Viejo y Amancio. Ahora, ya de los dos del final yo no me hago cargo, que la producción los contrate por su lado.)

EL GRAN ESCRITOR²⁶

El sol brillaba como una enorme bocha de billar gigante, más grande que Neptuno. Desde la terraza jardín del casco de mi estancia en Ascochinga, provincia de Córdoba, las montañas se extendían hasta el infinito, altas o bajas, pero mías.

Yo estaba borracho sentado en una reposera con un trago largo en la mano, hablando solo.

De pronto una serie de huéspedes se acercó y después de rodearme empezaron a tomar copetines sin demasiada graduación alcohólica. Entre ellos había una anciana con aspecto docente que me observó tras la rama del sauce llorón.

Yo la miré con cara de orto y al instante se enfureció:

–Usted es un borracho maleducado –me espetó. Con cara de espetante, como cuando la gente espeta.

Levanté mi osamenta vieja y alcoholizada y me dirigí hacia la anciana con la intención de echarla de la propiedad, que era mía. Ella miraba con gesto aristocrático ofendido. Al llegar hasta sus horrendas carnes blanquecinas, muy cortesmente en el tono y la elección

²⁶ Texto escrito en 1991 e incluido en el libro de artista *Mensaje de anfibio*.

de las palabras, pero trabado y patinoso en la dicción le dije:

—Señora, me compré ese vaso con clericó que tiene usted en su mano, y el clericó, y el trago largo que tengo en la mía, y el pasto que pisa usted desde el lugar en donde está pisando hasta el pedazo de horizonte que tenga deseos de mirar a la redonda, para estar lejos de las ancianas decrépitas y de las reglas formales y sobre todas las cosas para estar borracho como una cuba desde que me despierto hasta que caigo desmayado. Si usted se siente molesta por este detalle no vería mal que empiece a juntar sus pertenencias en una valija para apurar su partida.

La señora pestañeó dos veces. Me siguió mirando con sus ancianos ojos azul cielo viejo y me respondió: —Estimado gran escritor Urdapilleta, me encanta su campo y sus horizontes propios me fascinan. Y me molesta por cierto su borrachera, pero no porque la padezca sino por su incapacidad de compartirla. Hace una hora que sostengo este ridículo vasito de clericó sin probar más que gotitas a cada rato, muerta de aburrimiento, mirando cómo usted degusta su trago largo cuando para mí no existe nada más placentero que agarrarme un buen pedo con, por ejemplo, rum La Negrita y Coca-Cola.

Nos casamos y tuvimos seis hijos. Todos sin darnos cuenta, no sé qué nombres les pusimos ni de qué sexos

eran. Pasábamos días enteros en las cascadas, abajo del sol reluciente, tomando rum y coca, rum y coca.

Después ella murió ahogada, creo. Y no volví a recordarla hasta hace un rato en que soñé con ella.

EL ESPEJISMO²⁷

Soy un espejismo. No existo. ¡Un espejismo! Mi madre también lo era, ella era una nube y mi padre era escarcha. Soy un espejismo, pero ése no sería el problema, dado que hay muchos espejismos que viven normalmente, que van de paseo, que hacen compras. Pero no sienten, porque son espejismos.

Yo sí siento. Soy un espejismo que siente. Yo por ejemplo cada mañana apenas me levanto me rasco la cabeza y siento ¿qué siento?, ¿que me rasco la cabeza! Eso siento. Entonces enseguida me visto, me pongo los pelucones, los zapatones, poca cosa, los tapados de piel de marta, y voy a la alacena y cuento cuántos kinotos me quedan, y siempre son trece, entonces salgo corriendo como una loca hasta la fábrica de sambayón que hay a seis cuadras, y cuando llego a la puerta aplaudo así: ¿ve?, y digo: ¿hay alguien? ¿permiso? ¿se puede?, pero como nunca hay nadie entonces empiezo a caminar por ese salón enorme con todas esas máquinas enormes revoledoras de sambayón, y entonces ahí siempre encuentro a alguien y le digo: ¿cuántos kinotos tengo?

²⁷ Monólogo escrito hacia 1990 e incluido en el espectáculo *Urdapilleta en llamas* (1997).

Y le muestro, y siempre me dicen: ¡trece! o sea que no tengo errores en matemáticas. Soy un espejismo que cuenta. ¿Se da cuenta? ¡Cuento! ¡Qué barbaridad!... ¡Qué vergüenza!... Y otras veces me maquillo mucho y voy a los restaurantes franceses, y después de comerme los huevos de codorniz voy al baño y me miro en el espejo, pero por lo general no me veo, porque soy un espejismo, pero algunas veces me aparezco de golpe en los espejos, justo cuando me estoy mirando.

Yo estoy convencida de que lo que me pasa es un pecado. ¡Tiene que ser un gran pecado ser un espejismo que siente!

Por ejemplo, los aromas: cuando hay lluvia me veo impelida, obligada, empujada a ponerme el traje violeta de fiesta, el de la pedrería, y me arreglo el pelo con guirnaldas de hiedras y cardos y nardos, y me paro en la mitad del patio y lloro, y llueve, y lloro, y llueve, y llueve y llueve y lloro.

Yo no sé qué hacer realmente.

Y a veces he sentido un estrépito en mi corazón, y el temblor y el ardor cuando alguno de todos los amantes que tengo me seduce desde el balcón de enfrente, cuando yo estoy sola, desnuda, recostada abajo del limonero todo marchitado que tengo en una maceta en mi alcorba, y las cortinas se vuelan con la brisa marina y los cantos de las lavanderas portuguesas se oyen a la distancia.

iii Y ni hablar cuando escucho el crepitar de las fogatas enormes que hacen los muchachones en los baldíos!!!

ii Oh!!

Y cuando hace mucho calor pego alaridos. Así, ¿ve? Aahhhhhhhhh así. Grito, porque siento, grito porque soy un espejismo que siente. Cuando camino hacen ruido mis pasos. ¿Se da cuenta? Soy una pecadora nata. ¡Tremendamente pecadora! Cuando me abanico me gusta el aire que me da en la cara. ¡Y además escondo los almanaques en los roperos para no sentir el paso del tiempo! Soy pecadora porque lambeteo las raíces de los juncos y me nutro de las flores, y como arroz con leche con pasas de uvas.

¿Y sabe lo que hago a la hora de la siesta? ¡Fíjese! Cuando todos están durmiendo me llevo la silla plegable y me siento en medio de la plaza al lado de la estatua de los lirios gigantes, y me miro las manos, estas manos, iluminadas y blancas, y entonces siempre en ese momento empiezo a escuchar los roces de las telas de los trajes y de las capas de los señores que vienen de parajes recónditos y lejanos, y después hacen todos una cola de tres cuabras y entonces siempre uno por uno se van arrodillando adelante mío y me entregan cada uno un rubí rojo como el destello en el ojo de aquella comadreja que una vez vi.

Para mí es realmente vergonzoso pero no me queda otro remedio que decirles, a cada uno: "Disculpe señor,

pero soy un espejismo, no existo, no siento nada". Y se ponen de pie y huyen despavoridos. Y si viera las caras de horror que ponen.

Y a veces siento tanto, pero tanto, tanto, tanto, pero tanto, que a veces salgo corriendo por los pasadizos y por abajo de los puentes y entre las oscuridades de las canteras en donde los hombres buscan oro, y corro por los puertos antiguos, y lloro, siempre termino llorando.

Y también sé tocar el triángulo, ¿ve? ¿escucha? Y desde chica así, naturalmente, sin clase de música, ni pentagrama ni clave de sol. Es un don natural. ¿Ve? ¿Escucha?

Y a veces bailo. Pero ahora no, porque me da vergüenza. No sé. Soy hija y nieta de espejismos, soy un espejismo, ¡pero siento! Tengo frío en invierno y calor en verano. Tengo la manía de mirar de reojo a las calas que hay en los jarrones de las iglesias. ¿Será posible tanto pecado? ¿Seré tan, tan, tan, tan, tan, tan, tan pecadora? ¿Tan pecadora puedo ser? Por eso si alguien pudiera ayudarme a no sentir más nada yo le estaría eternamente agradecida.

CALICODOMOS DE LOS GUIJARROS DISPUTANDOSE UN NIDO VIEJO²⁸

Uno de los calicódomos comenta:

—No tiene nada de malo ser un hombre fracasado. No hay ninguna razón para tener éxito. ¿Cuál es el éxito? ¿El dinero? ¿El ser felices? ¿Sentirnos plenos y conectados con la vida y tener muchos amigos y una familia? ¿O varias? ¿Poder viajar? ¿Hacerle el bien a los demás? ¿Es eso el éxito?

Mientras tanto se prueba pelucas raras y extrañas sin dejar de mirar adentro de los baúles y cajas que arrastró. El otro calicódomo es más sencillo. Apenas si puede articular palabra ante la presencia del recién llegado. Ha tomado una sartén, la ha lustrado con su aliento y con la manga de su abrigo y se mira la cara en ese espejo, echándole pequeñas ojeaditas al intruso.

Pasan trenes. El calicódomo de la sartén rápidamente saca un revólver y tira tiros a diestra y siniestra. Tiene los ojos desorbitados. Los trenes dejan de pasar. Se escucha el ruido gutural de las palomas en las siestas.

El otro se disfraza de algo espantoso y comenta:

²⁸ Texto escrito en 1989. No representado.

—El cielo está para mirarlo. Está además para que leamos misterios y nos preguntemos qué somos. El cielo es una gran molestia inservible porque lo que conviene es no preguntar nada.

Y de pronto empieza a arengar hacia el desierto:

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! Luzcan sus atolondrados movimientos de estúpidos ciegos. ¡Adelante! ¡A gozar de nuestra hospitalidad! ¡Unanse a nuestra caravana, la única forma de andar por los desiertos es espalda contra espalda, para ver a todos lados a la vez! Asíciense al ejército de fe. ¡Construiremos tres torres cada luna llena! ¡Ustedes deciden!

El calicódomo del revólver ha dejado de disparar y llora desconsoladamente en un rincón. Tiene una caja con fotos de su madre fallecida.

—Mire, mi madre a los quince años —le muestra al otro calicódomo. Se oyen rebuznos de caballos y galopes.

—Mamá a los veintidós.

Mamá degollando gallinas.

Mamá pariendo el zapallo.

Mamá en la usina.

Mamá sobre el capó del Kaiser Carabella.

Mamá con el choclo hawaiano en la mano.

Mamá en sus acrobacias matinales.

El calicódomo que gusta hablar de Dios se pone frío y dice:

—Anoche soñé que la vida era redonda. Mejor dicho, soñé con una ciudad de mi niñez. Estaban las mismas calles con los mismos árboles, y un parque, y ahí enfrente esa casita mediocre de ciudad de provincia. Supongo que la vida ha de ser redonda y por eso creo que estoy a punto de morir. Estas visiones de mi infancia reaparecen para redondear el ciclo. Por lo tanto lego la medalla del concurso de natación y el sombrero etrusco y el pétalo entre las hojas del diccionario a este calicódomo amigo que recién conozco.

Y entonces va y hurga en atados y bolsas y saca un paquetito y se lo entrega al calicódomo lloroso de las fotos de la madre. Los dos calicódomos se observan fijamente a los ojos de un modo que se pone más feroz cada vez. Casi están ojo contra ojo. Empiezan a sacudir un poco las patas y a dar graznidos y resoplidos. Con los brazos hacen algo extraño propio de calicódomos en lucha. Los ojos no parpadean, pupila contra pupila. A veces pareciera que extienden alas y que dan grandes zancadas hacia atrás y adelante y de pronto los dos a la vez, sin dejar de mirarse, remontan vuelo y quedan suspendidos unos segundos para caer pesadamente después con el ruido de sus zapatones contra el suelo. Son dos calicódomos grandes, adultos, en disputa.

Los bufidos son como de rinocerontes, y los movimientos a veces de águilas, otras como de garzas y otras veces como de basiliscos de piedra.

El cielo se pone anaranjado.

—Vienen huracanes —se anuncia por los parlantes.

Aparecen calicódomos negros africanos, machos y hembras, todos rumberos y bailarines. Las luces se ponen discotequeras. Se arma la joda popular. Un locutor anuncia desfiles de modelos y rifas. Nuestros calicódomos, como dos gallos de riña, se lanzan zarpazos y cacarean. El vestido de la ninfa que hace de luna colgante se rasga y caen chorros y al final —plop— un himen pegajoso y colorado cae contra el suelo. Muy pero muy por atrás, unos calicódomos obreros, por entre los escombros, transportan un enorme retrato. Los negros bailan y bailan como buenos cabecitas negras.

Al ruido del violín todos desaparecen. Apareció un niño de cuatro años que toca el violín. A la vez empieza la tormenta de arena. Pero eso es lo de menos. El violín hace que los dos calicódomos de este cuento se besen varonilmente y que se ubiquen cada uno sobre sus pertenencias.

Desaparece el niño también, de golpe. Eran espejismos.

—En los desiertos que tienen un sol enorme y quemante encima suele haber espejismos —dice cualquiera de los dos calicódomos.

Empiezan a hacer tareas de limpieza y a modificar todo.

Uno sacude una alfombra, otro pasa el plumero o cose una media.

—Nunca podremos tener hijos y fundar una nueva célula de la sociedad —dice un calicódomo. El otro no lo escucha.



Explosión de cara

A Betti le encantaban
los bananos fritos
todos achicharrados
mezclados con arroz y huevos
a Betti le encantaba
el arroz a la cubana
Había viento en el jardín
que hacía mover la dalias azules
En las piscina del chalet
había reflejos planos y brillantes
No había música
pero estaba el cotorreo
de las loras verdes en los árboles
Una pava hervía
y pitaba continuamente
entre las fórmicas de la cocina
todo fórmica
cerca del fregadero
todo empotrado
adonde flotaba la cabeza

²⁹ Texto escrito en 1997. No representado.

del marido de Betti
que había sido puesta
hacia un rato por Betti
entre los calzoncillos recién lavados
con Limzul

Betti había escrito una carta
al soldado Berruti, hermano del comodoro desapa-
recido por las fuerzas del orden, hace pocos días, des-
pués del último atentado que hubo ahora el tres de oc-
tubre (a nadie le gustaba el poder de los negros de mier-
da, mucho menos a Betti), y le había rogado que la
saque de su hogar plastificado y cromado. El soldado
Berruti, al que conoció en un salón de máquinas

para packaging
de harina de trigo
y cebada blanca
contestó con silencio
Cuando Betti pedía
por teléfono una pizza
a la vez pedía por favor
que el cadete pasara
por una farmacia
y le comprara Dioxadol
para las muelas que las tenía hinchadas

Una vez Betti se largó sola por la calle a lo de las
monjas para que la curen y le dieron una milanesa
para que coma. Casi vomita. Los dioxadoles cada tres

horas debían ser tomados cada nueve. Ella la Betti estaba emperrada con los bananos fritos. Se aturdía con ellos. Además a la pobre Betti, en la última revisión para la tarjeta de buena conductora de promotores del servicio de cosmética obligatoria para las masas, le habían diagnosticado un principio de triquinosis que por nada del mundo era curable. Por suerte

la fábrica de veladores
de al lado de lo de Betti
toda decorada con enanitos
de jardín
y la casa de Betti
eran, por suerte,
silenciosas. Además eran cerca de un arroyo
y de un pozo ciego
donde caían niños bizzcos
rosados del barrio
pero bueno

Betti le escribió a Berruti y el soldado no se mosqueó en contestar, por lo que miró a su marido y pestañeó porque supo que iba a matarlo sola su alma. Se secó las manos. Destruyó la esponja Mortimer a mordiscones y zapateó sobre el trapo de rejilla. Agarró el puf y lo lanzó por el agujero del incinerador. En la novela de TV estaban dando el suicidio del Papa en vivo y en directo

con ceremonia esplendorosa
en el Vaticano
en la capilla Sixtina

El esposo no reaccionó porque tenía puestos los auriculares de la ensoñación. No se dio cuenta que Betti arrancaba el parquet

de plástico blando.

Llegaron automóviles
al chalet

grúas

ambulancias

porque el dispositivo automático

pro-salvataje

en casos de ataque

con el que la casa estaba equipada empezó a actuar.

Entró en funcionamiento.

Algunos sauces llorones

levantaron sus ramas

como cabellos electrizados

El tren bala pasó

en un soplido

como de pedo finito

Betti le clavó los ojos amarillos

en la nuca

al marido

Tenía un banano

en la mano

y en la otra el desatascador de jeringas, un adminí-
culo delgado y filoso como un láser.

Alguna mosca
habría en ese momento
que era deglutida

por la lengua de un camaleón
El inspector Araceli, con granos, pegó una patada
en la puerta y sólo consiguió hundirla pero no romper-
la porque era de goma especial preparada contra las
patadas del inspector Araceli, famoso por sus técnicas
televisivas antiguas, es más, impertinentes.

Betti odiaba a Araceli
porque una vez le había
arrancado un banano frito

de sus manos para robarle los anillos de la Sra.
Altúnez, Mágina Altúñez, para más datos, a la que Betti
había sustraído por medio de sus poderes mentales
neuroblockpsíquicos todas las alhajas. A esa altura ya
Betti estaba insertando el desatascador de jeringas en la
pituitaria del marido. Sonó un estruendo: era el Canal
Nueve que lanzó un bazoocazo cerca, para dar especta-
cularidad a la escena.

La cuestión es que Betti
después de matarlo lo degolló

La pava pitaba hirviendo
al lado del piletón
con la cabeza

entre los calzoncillos
recién lavados con Limzul

Ya todo había pasado un poco. Estaba el silencio que se asentaba sobre la gramilla de los caminos y en el musgo de los árboles. Los noticieros, grúas y demás y el inspector Araceli estaban cubriendo una circunstancia de mucho más rating. Ya había pasado la fama y entonces Betti no lo dudó un instante. Recogió el papel y el lápiz que estaban por los suelos y escribió una carta al obispo Dellachiesa.

“Estimado cura: raquitismo.

Tengo raquitismo y triquinosis.

Devuelvo a la noche,

degluto lechiguanas que están viniendo buenas
¡pero los bananos!

Asqueroso cura debe devolverme los andrajos de mi mucama Herminia que fueron robados por sus secuaces, los curitas Andulfo, Cerettini y Balboa, esos tres estudiantuchos de religiosos que hacen orgías. Les haré inminentes juicios... perro inmundo... asesino”. Había olor a cardumen.

Betti fue a cambiarse la bombacha

De pronto el marido

quiso empezar a articular

palabras desde el fregadero

en el agua con Limzul

glllggllbbbbbgleekbbbbbglbbb... —decía

Betti no atinó a nada
pero fue al cajón
del armarito de lata verde
En la piscina
se oyó el chapuzón
de la lechuza
cazadora de snórkels abandonados en el fondo de la
parte honda.

Abrió Betti el cajón
y un banano le acabó en la cara
porque es todo
como un boomerang
pero Betti no se dio por aludida
siguió buscando las galochas rojas
las que no dejaban marcas
de pisadas
y cuando las encontró
y se las puso
salió
se fue de la casa

En el interior todo estuvo mudo.

El banano del cajón había quedado mocho
la cabeza flotaba muda

En los ángulos de los techos se prendieron luces ver-
des fosforescentes y empezó a sonar la melodía de los
supermercados. La máquina especializada en tareas ho-
gareñas lanzó un brazo mecánico hasta la vitrina con

los trofeos que Betti había conseguido practicando salto garrocha, y frenó justo la mano antes de reventar el cristal. Movi6 la perilla, sac6 una copa verde azulina, lanz6 otra mano hacia una toronja que habia ahí y la estruj6 sobre el vaso de la Ultracomb. Puso leche, azúcar, movió el interruptor de la licuadora y claro, hizo un licuado de toronja y sirvió un poco en la copa o trofeo de la otra mano de hierro que se aproximó a la cabeza en Limzul. Estaba programada la máquina para servir a su amo que tenía el chip conector en un pelo de la ceja. Mientras la cabeza estuviese sería servida por el aparato. La cabeza del hogar, toda espumante.

En el cielo, afuera
no sé qué vino pero vino una
fuerte luz verdosa
que se puso tan fuerte
El beso que le dio
una urraca
a un tero
no se puede contar

Habían aparecido serios problemas con las colonias termitas que viajaban por todo el recorrido de la costa. Si uno era oriundo de la zona percibía con el olfato lo que se aproximaba. Desarticulados los brazos de la máquina hogareña, harta de tratar que su amo tome licuado de toronja, todo volvió a su sitio. Los reflejos chatos se achataron aún. Cayó la luna. Era una arboleda enor-

me de árboles copiosos y la luna entera cayó atrás de ellos y quedó redonda como un pelotón furioso. Justo volvió Betti.

Al abrirse la puerta
entraron los rayos de la luz blanca
la luz de cara de muerto

Betti entró arrastrando tres cachos enormes de bananos. Cada cacho traía treintaitantos bananos enormes. Después arrastró desde afuera un tacho de dulce de leche y sonó un pitido cuando cerró la puerta.

¿Espejismos de Betti?

¿O el anuncio de la explosión final? Corrió hacia los anaqueles de la biblioteca y buscó con los ojos explotosos, aterida de frío, atolondrada, muerta de hambre, infeliz, buscó y buscó por varios títulos hasta que encontró lo que buscaba y lo sacó y lo abrió al libro en cualquier página y leyó:

"Betti: abandoná tu casa

y tus arreos

dejá tu piel

y tus aromas

que queden semillas

frutos

esfuerzo, lágrimas

de todas esas cosas

la cáscara que impondrá el tiempo

será el campo para los que vengan

atrás de vos, también ellos gemirán
no entenderán nada
todo lo tuyo ya está muerto
las alas están ahí adentro.”
Después de leer
Betti metió la cabeza
en el transformador
de ilusiones
y se me escapó del cuento
harta de ser manipulada
hasta el hartazgo

ESTABA TAN ABURRIDA³⁰

Estaba tan aburrida
que me metí los dedos en la nariz
y saqué una ristra de luciérnagas.

Como creía en la bondad
de las pelotitas negras
entre los dedos de los pies
entonces me arranqué una luna de entre los dientes.

Después me cagué encima
y las uñas me explotaron
al mismo tiempo que los
fuegos artificiales se enredaron en mi pelo.

Pero seguía tan harta
tan podrida de sudores
tan transpirada, perforada y roñosa
que en los bolsillos me hirvió
el agua para el mate.

³⁰ Monólogo creado para el Parakultural en 1988. Era interpretado por un personaje de Urdapilleta: Isadora Menéndez, en el número *Huevazo 1*. Incluido más tarde en numerosos espectáculos.

Tenía miedo y cerré con llave
para no molestar a los vecinos
con los latidos de mis várices.

Puse más bajo el volumen de las carótidas
suprimí el vino en las comidas
pero igual refaló la polenta de mis sobacos.

Ya no tenía ruido mi lengua
y por eso mastiqué con las pestañas y sonreí con las
orejas.

En el pasillo se me encendió el pene
del que chorreaba una vertiente formada por gotas
de mercurio.

Puse en funcionamiento las caderas
y emití círculos y espirales de acero
pero fue en vano.

Traté de pegar alaridos
y dije tantas obscenidades
como poronga ojete y la reputamadre que te remilparió
pero las alas no me cuajaron
en la espalda.

Me caí del séptimo piso en la
zona de sequía.

Me arranqué el talón a mordiscones
y puse un testículo en remojo.

Planté cinco batatas
en la cuenca de mi ojo
y por el otro salpiqué vinagre
y lavandina ayudín de bajas calorías.

Apoyé la mano en el felpudo y
me clavé 7 mondadientes en cada dedo
enseguida aparecieron los caracoles
y empezaron a subir por mis piernas peludas
corrí sobre las hornallas y me
encerré en el horno
me hice guiso
me transformé en lenguado
me puse como una verga en escabeche
y volví a ser guiso
y después pastel de papas.

Cuando salí no cabí en el fríser
no me quedé dormida
pero igual soñé que me tiraba
de cabeza en el Río Luján
y que terminaba la secundaria.

Sonaron truenos en el cielo
y un rayo me partió el malvón por la mitad.

Me olvidé de la tristeza en
el placard y me senté frente
a la ventana
me puse los 3 zapatos
y me fui a pasear por mi pasado.

VIVA LA MENTIRA³¹

Pueblo Argentino:
Se ha acabado el tiempo de las mentiras. ¡Caen como
retazos secos las mentiras!
Y las lluvias
las deshacen
a las mentiras.
¡Lluvia de verdades acalambradas!
¡Verdades en carne viva!
¡Confesiones!
¡Revelaciones!
Mi lengua se tuerce por no declarar a todas las ver-
dades
y sin embargo
la obligo.
Mi pico se enciende
mortal y asesino
contra toda mentira.
¡Vuelo!
¡Roja!

³¹ Monólogo de *La Carancho*, espectáculo de Batato Barea, Humberto Tortonese y Alejandro Urdapilleta estrenado en el Centro Cultural Rector Ricardo Rojas (UBA) en 1990.

¡Vuelo!

Roja como la sangre que escupen los becerros sacrificados.

Roja como los ojos de los niños muertos de hambre todos vomitados por sus madres muertas de frío.

Roja como la niebla
en las catacumbas
de los desposeídos
poderosa y helada
empapada en perfumes franceses
aturdida

loca

obscena

perdida

tuerta

y asquerosamente muerta

me dispongo a declarar

la última

y la primera

de todas las verdades:

la mentira.

Pueblo Argentino:

Se acabó el tiempo de las mentiras.

Por eso me dispongo

a poner en el altar

a la única verdad:

la mentira.
¡Viva la Mentira!
¡Viva la Mentira!
Crrr-crgk-crrcccquicrrr
(Hace ruidos de pajarraco furibundo.)
¡Viva la careta!
¡La sorna!
¡El desparpajo!
¡La impunidad!
¡Las sonrisas falsas
de dientes falsos!
(Empieza a castañetear los dientes, larga espuma y abre
la boca como si fuera a vomitarse a sí misma.)
¡Lunas caminantes!
Arboledas grises
con retoños de nenúfares
muertos
y gorriones acuchillados.
Largos pedazos de tripas
acumulados en los bebederos
negros de las plazas,
ni el sol arrima su lengua
para hacer un caldo de cada charco
el frío
la tumba
el frío
la tumba.

¡¡Viva la Mentira!!
Mis cabellos
son de alambre de púa
peinados por Miguelito Romano
y mis dedos mecánicos
han rajado rostros
con Gillette.
Calavera que sostengo
mi sonrisa es un estruendo
ja ja ja.
Para las fotos poso
aprendí a posar la osamenta.
¡Poso! ¡Poso!
Con los dientes
que son mi alma
mastico
degluto
destruyo
arranco
y cerceno.
Los afeites
aunque los más caros
no me alcanzan
para tapar la máscara
pegada a la máscara
que está pegada a la máscara
que está pegada a la máscara

pegada a la máscara que está
pegada a la máscara de más
abajo del todo.

¡¡Viva la Mentira!!

Cajas chinas
cajetas en venta
trata de blancas
(¡blanca! ¡blanca!)
líquidos que urde
mi cráneo vacío
notas musicales
gorgeos corcheas
la carcajada:
ja ja ja ja.

El alarido:

¡AAAhhh!

El baile. (*Baila.*)

¡Sí! ¡Bernardo!

¡Comeré otra salchichita!

¡Ay! ¡Pero qué hermosas
patillas que tiene usted!

¡Pero qué pene más pequeño
y riojano!

¡Viva la Mentira!

¡Viva la Mentira!

He tenido en mis manos

la enorme piedad
por la pobreza
de los que duermen de pie
haciendo eternas colas
para subir un escalón hacia
la nada más decorada:
la riqueza.

Sin embargo
intrigué
en las casas blancas, rayadas,
negras, azules.

¡Intrigué!

¡Intrigué!

Puse zancadillas...

(Se emociona y empieza a sollozar.)

Mentira...

¡Todo mentira!

¡Aprendí a mentir

cualquier sentir

a destrozar toda ilusión

de un semejante!

Le di guasca fría

en el rostro

al que me pidió amor.

¡Aturdida!

¡Sabia a la vez!

¡Como un taladro febril

me reduje a pasta seca!
Encendí fogatas de hielo
en mis tripas
y pude matar.

Maté

Maté

Maté

Maté.

Con el alma de tiza

la bombacha floja

húmeda

borracha

puta

comunista

negra de mierda

hija de mil putas

sucia

con olor a chivo

mechera

amarreta

soreta

levanté un ala

un ala podrida

y después levanté otra

y dejé de ser Mari Juli

Mari Julita

Mari Juji

y Mari Jujú
y empecé a ser:
¡¡La Carancha!!
Setecientas alas levanté
mi pico se encendió
y entonces sí:

¡Soy la más fea!
¡La más mala!
¡La más torcida!

(Empiezan los tambores.)

Hoy debería asesinarla. Tan solo porque parece tener la misma cara de un perro aplastado por un camión que vi en la ruta antes de ayer.

Pero voy a ir a acompañar a mami a la cocina, y me voy a instalar en la esquina al lado del lavaderito entre las esponjas negras de alambre. Me gusta el pescadito que se compró por sus colores, pero parece de plástico; a lo mejor es artificial como las flores que tiene por toda la casa.

No es que sea bruta o burguesa, solamente, lo que me hace sudar furia. Tampoco el hecho de que hable como con parlante.

Su risa me agota. Se cree divertida, excéntrica. La va de transgresora pero tiene miedo del qué dirán. Se transforma en buena cuando acaba de comer y la miro fijo y le digo la palabra ¡muerte! y se pone de color azul, no sé si será ésa el aura, pero le veo un color azul al principio y después negro. Chorra negro y deja marcas en las baldosas. Marcas grandes de sus dedotes y puntitos con sus tacos.

³² Texto escrito en 1997. No representado.

Este es un lugar húmedo, hace calor y hay mucha mosca, además de cucarachas.

Una vez le tiré una en el revuelto gramajo que mami le preparó y se la comió creyendo que era una papa frita.

Además es torpe. Circula por la casa pegando las carnes y huesos contra los muebles, está siempre lastimada, llena de moretones grises y sudados. No voy a matarla ahora, voy a esperar a que esté feliz.

Esos días en que escucha música melódica y se respatinga obscena sobre toallas calientes después que el masajista la trituró a golpes.

Voy a esperar que venga con los dientes apretados a decirme pavadas como: —Mi chiquilinita negra, qué dulce, qué rica, qué pobrecita miñanga.

¿Miñanga? Vas a ver cuando te cercene las tetas y te meta la lengua en la licuadora.

No la odio. No vine a este mundo para odiar. No esta vez. Vine a vengar algunos hechos. Creo en la venganza.

Mami no se da cuenta de nada porque está demasiado torturada. Va de las más abyectas humillaciones que le hace su nuevo marido hasta momentos en que está santificada y estática, sobre todo cuando se cuelga del caño del colectivo para apoyar su cabeza sobre un brazo. La miro bastante. Es linda, pero está ajada. Tiene cola de caballo negra y toda su cara es oscura. No voy a

dejar de pensar. No voy a dejar de analizarlo todo. No voy a dejar de sentir resentimiento. Al contrario. Tengo hambre. No tenemos agua ni luz. La cantidad de piernas y braguetas que tengo que esquivar continuamente me hacen ser atenta y alerta. Ellos son capaces de llevarte adelante de todos. Te compran con un paquete de fideos y te llevan, adelante de todos, empiezan a desnudarte. Pero eso sería lo de menos, no me importa si me rompen el himen, no soporto que vean mi dolor.

El otro día la patrona estaba mal porque el teléfono no le andaba. Mami tuvo que bajar varias veces a hablar desde el público a todas las amigas para comunicarles que ella estaba deprimida, que no iba a ir a la peluquería, que deseaba morir, que la vida tenía una parte que era un asco, que la soledad la carcomía.

Podría haberla matado ahí, en esos momentos en que quedábamos solas, pero no. Preferí mirarla fijo y decirle ¡muerte!, cada tanto.

Se encerró en el bañito varias veces y la escuché que decía:

-Negrita puta, que se vaya, que se vaya -y lloraba. Gemía más que lloraba. El mismo tipo de gemidito que hace cuando la visita el de la unidad básica.

No voy a reventarla hoy mismo, pero no va a pasar mucho tiempo. No quiero crecer mucho antes de hacerlo. Lo mejor es ser una niña asesina. Siendo niña la pureza le va a aplastar la cabeza, sin piedad. Los niños

venimos marchando. Desde donde sea. Yo desde la villa adonde crezco, los otros desde los palacios en los country club. No hay tutía. Todos estamos levantados en armas porque sí. Porque somos niños y venimos a restaurar la armonía como nos mandan.

HE ESTADO ARRUMBADO³³

He estado arrumbado
como un muñeco
me han tirado
aceite hirviendo
como a un inglés
pero soy negro
tengo los huevos negros

Pertenezco al vacío
amo a las termitas
que carcomen las iglesias
soy sacrosanto

Me han penetrado
con acqualane de adobe
y me absorben las lipoaspiradoras
si pago

No tengo frío
porque es verano

³³ Texto escrito en 1991 e incluido en el libro de artista *Mensaje de anfibio*.

Sin embargo tu mirada

Podrías agarrar tu sombrero
e irte al carajo
con tu garompa
y tus besos
podrías tirarte un pedo
en Jamaica
que me daría igual

Pertenezco
a las señoras de visión
tridimensionales
los esposos se revuelcan
con la mucama

Y también tengo relaciones
con el cura Pedro
el de las letrinas

No sé si debo decirlo
parecés un enano
envuelto para regalo

LOS CAMINOS QUE CONDUCEN A LOS ATAÚDES³⁴

Los caminos que conducen a los ataúdes
han sido bloqueados por erizos de mar
No soy nada... perdí todo

Las tardes se suceden unas atrás de otras
los cisnes en la fuente
pasado y presente

como las olas pasan distintos recuerdos
de un tiempo distinto y de distancias

Las agujas del reloj van a otro paso

Tengo un niño que llora en mi pastel de papas
Caras, gestos, olores, dolores

¡¡eh?!!

¿Alguien me habló?

Los caminos que conducen a los ataúdes
han sido bloqueados por erizos de mar

Las cantimploras de los soldados son lanzadas
desde helicópteros sobre el techo de mi casa,
golpean, se destrozan, salpican las tejas

³⁴ Fragmento del espectáculo *Mamita querida* (1992), protagonizado por Humberto Tortonese y Alejandro Urdapilleta. La primera edición corresponde al número 1 de la revista *Medusa*?

y caen sobre antiguos canteros de flores
El bosque se ha incendiado, supongo, durante
una noche inmensa hubo chispas que rodaron
por calles y plazas del pueblo y después
rodaron las casas y después las calles...
Las calles enteras se enrollaron y salieron
flameando como cintas, y las plazas se sacudieron
como alfombras

No se huele más el olor a pino del bosque
No soy nada... pero antes sí, ¡era tanto!
¿Cuánto hace de eso? Mis pelos hasta la cintura
con tanto bucle y tirabuzón
rayitos, colitas,
flequillos, torzadas,
rodetes, bonetes,
trenzados, teñidos, gominas
Ahora parezco un hombre
¿Cómo parecerán los hombres entonces?
¿serán más petisos, más borrachos, más barbudos?
¿más peleadores, más temerosos, rezarán más?
Hace tantos crepúsculos que no veo un hombre...
quisiera un encuentro sorpresivo con uno de ellos
por la mañana
Más que un encuentro sorpresivo con un hombre
quisiera una mañana
Yo me asomaría a la ventana y sonreiría,

pero todavía estaría vacío el paisaje,
y de pronto, porque sí, un hombre con charreteras
y ramas de sauce entre las manos,
y una casaca verde y botas,
y el pelo renegrado,
de pie con sus temores, del otro lado de la ventana,
dispuesto a confesar sus penas, en la glorieta,
mientras tomamos té de peperina

No quedan estatuas, se han ido todas
no quedan mañanas
siempre atardece
siempre es crepúsculo
siempre oscurece
siempre es ocaso,
ocaso, acaso un ocaso y un corazón que sangra,
como diría el poeta

Yo tuve un libro de poetas,

¿se habrá volado?

¿Eh?

¿Quién llama?

-Las alhajas

-La platería

¡Que no abran la jaula de los pájaros!
Morirían de una forma estúpida
Que no se quiebren los panales

Que todavía cuelgue un nido en el molino
Todo es asfalto chirle por donde se mire

Voy a hacer una gran fiesta,
una gran recepción de gala
con perros egipcios por los salones,
negros africanos vestidos de libélulas
con tamborines y patines para los invitados y juegos
de azar
y azahares y elefantes embalsamados colgando de los
techos...

pero ¿y a quién invito?
¿y mi agenda perpetua?
¿Dónde han ido a parar mis papeles, mis apuntes,
mis notas, mis cuentas de gas, los recibos de la pele-
tería?
¿dónde están los manteles y las risas de las cocine-
ras?

Tengo un niño que llora en mi pastel de papas

¡Que traigan los caballos!
¡Quiero verlos que resoplen
que se paren en dos patas
que den coces en el aire
que brillen las herraduras recién clavadas!
¡Traigan las enormes cantidades de aves de corral
los pavos reales

los patos, pollitos, batarazas, gallos pigmeos, gansos
y zodapes!

Los quiero ver pasar un instante frente a mi ventana
Que traigan los carruajes
y que los desmoronen por los precipicios
que los terciopelos interiores se embarren
y que aniden escorpiones entre los restos de las rue-

das

¡Destruyan todas las montañas del horizonte!

¡Quiero pampas!

y después construyan pirámides cristalinas
que reflejen el cielo

¡y sequen los manantiales esos!

y traigan un mar

pero chiquito

tampoco un mar gigante

lleno de monstruos con aletas que sobresalen entre

la espuma

¡No!

Traigan un mar coherente y tranquilo,

modelo standard

¡Ay! Sí, un lindo mar para pasear en balsa

un mar con grandes hondonadas hacia abajo

un mar que apenas susurre

¡y después sáquenlo!

¡ya estoy harta del mar!

Los mares traen bichos

como la enredaderas
y enseguida se llena todo de turistas con sombrillas
y bronceadores y paletitas con la pelota adosada y
todo

Trasladen todo a los cementerios
que quede el vacío,
la vacuidad
el pozo de nada
¡todo al cremadero!
Los caminos que conducen a los ataúdes
han sido bloqueados por erizos de mar

No hay más escaleras en mi corazón
ni que suban ni que bajen,
no escucho los pasos de nadie por los salones oscuros
de mi corazón
nadie barre
nadie respira
no hay un solo postigo que se golpee a la hora de la
siesta

Tengo un niño que llora en mi pastel de papas
¡Oh!, no
no llores
te daré ciruelas
alcanfor
pepitas de calabazas

encajes de monaguillos
te voy a hacer el dibujo de una arveja saltarina que
sonríe

No llores

vamos a ir a ver el coito de un tigre y de una tigra
desde la torre de las almenas

cada uno con una antorcha

para vos una chiquita

como una bengala

con un fuego tenue

que te ilumine

las gotas de aceite que resbalan por tu pelo

Vamos a freír churros

a aplastar choripanes con la rueda del tractor

te voy a llevar al depósito de muebles de mármol

a la bodega para tomar copitas blancas

de licor de nueces amargas

No llores ya pasó

¿Ves esta herida?

Aquí

en el medio

es una herida antigua

una marca roja

una mordida

una punzada un tarascón

como una mancha de vino tinto

no sale con nada

es el secreto que se dice con una mirada entre her-
manos

en lo oscuro de los matorrales

¿te la muestro?

¿Ves?

la tapo rápidamente por temor al contagio

mi cuerpo se pondría azul antes de tiempo

me elevaría dos o tres metros del suelo

y empezaría a desvanecerme, a dar vueltas

como el humo de una barca que se va

Los caminos que conducen a los ataúdes

han sido bloqueados por erizos de mar

¿Dónde han ido los hombres

que fueron a la guerra?

¿A pasear por el campo de los muertos?

¿a columpiarse los huesos

entre alaridos y bombas?

¿Dónde fueron

con tantos hierros

y cuchillos?

¿y por qué pusieron esa cara de golpe?

¿por qué se ofendieron?

Sí, sí, llegó el momento de decir mi testimonios. ¡Sí!
¡Lesluyas! ¡Lesluyas! La luz me ha guiado hasta esteantro de podredumbre para que diga mi testimonios. Antes que nada voy a presentarme. Yo soy Zulemas Ríos de Mamanís, testiga de la luz carismáticas del pájaro chouís, y además soy profesora de danzas regionales en el círculos bolivianos. Mi vida ha sido un calvarios, un verdaderos vías crucix, que no se lo deseos a nadies. ¡Lesluyas!
¡Lesluyas!

¡Nosotros nos vinimos de mi país Bolivia, soberanos del zinc y del plomos! Nos vinimo a vivir a la Isla Maciel. Seis éramo en las casillas. Yo, mi esposo, mis dos nenes, mi cuñados, amputado de los dos único pies que tenía, y mi hermana macrocéfala, que además sufría flatulencia. Vivíamos pretujados, muertos de calors, en veranos, muertos de fríos en inviernos. Mi esposo el negro bebía a raudales. Me agarraba contra las chapas de atrás y me pegaba en las víscera del estómagos. El nene, el Chiche Orlando, no lo veía nunca, porque se me hizo

³⁵ Primer número y monólogo escrito para el Parakultural con el que Urdapilleta inició sus actuaciones en 1985. Representado en innumerables ocasiones en muchísimos lugares.

de la barra brava de Boca. Cuando lo veía estaba siempre con el pegatodos en la mano, la bolsa plástica en la cabeza diciendo estupideces y leyendo condoritos. Y un día comenzó la verdaderas tragedias porque la nena, Vanessa Shirleys, empezó con las convulsiones. Me la llevé al Hospital Santa Lucía de ojos, me la rechazaron, me la llevé al Muñiz, de los infetados, me la rechazaron también, la llevé al Churrucas, de los torrantes estos, me la rechazaron también, no me la querían aceptar en ningún lado. Tonces me enfermé de los nervios. Empecé a tomar pastilla. Todo tipo de pastilla, mi monedero era una farmacias, tomaba nastizols, redoxons, ratalilils, treptocarboactiazols, agarols, evanols, todo tipo de pastilla tomabas, no me podía mantener en pies de los mareos que me dabas. Me encontraba a mí misma haciendo cosas que no quería hacers.

Un día me desperté a la conciencias corriendo al perro alrededor de la casilla. ¡Cacique! ¡Cacique! ¡vení pa' cá querés! ¡Caciques! ¡te voy a pelar como un caniche! Cuando lo agarré le aplasté las pata con los taco de las chinelas, vino canal 2, canal 9. ¡Lesluyas! ¡Lesluyas! ¡Es verdad! ¡Sí! Sí. Fui drogodependienta ¡sís! ¡Lesluyas! Lo digo con la cara en alto. Lo que pasa es que me faltaba los afetos, me dijo una sicóloga amiga. Tenía angustias orals. Sin embargo empecé a tomar algo más fuertes todavía, empecé a tomar lavandina Ayudín y Odex. Cada quince minutos tenía que salir corriendo a tomarme la copita si no,

me tiraba al piso y rascaba la tierra hacía pozos de dos metros y medios, me salía espumas por la bocas, me daba el ataque de esquilexias. ¡Lesluyas! ¡Lesluyas! Un día me ogservé en el pedazos de espejos que me quedaba. Un triángulo así, recuerdo perfetamente, y me ogservé chupada. Veintiséis kilos menos pesaba. Estaba de color azul verdoso, con las oreja salidas para afueras, pelada completamente, los ojos como dos huevos fritos, el bustos como dos trapos de rejilla usados. Pero a pesar de todo empecé a tomar algo muchos más fuertes todavía. Empecé a tomar pastillas de gamexan. Cuatro pastilla de gamexans por día me tomaba. Me salía humo de todos lados. Me caía de los colectivo. No me querían atender en el almacén porque decían que tenía mal olor y era verdad, tenía mal olor. Y para colmo de males un día vino mi esposos a decirme que se me iba de la casa. —¿Y con quién te vas? —le dije. —Con tu cuñado —me contestó. —¿Con el amputado los dos únicos pies!? —Sí, vieja, quiero probarlo todo —me dijo. Y se fue. Pero antes, en el abrazos de despedidas a las nenas, Vanessa Shirleys, me la contagió con unos pequeños insecto, como pequeñas garrapata que se me prendieron en todo el cuero cabelludo del bajo vientre de la ingle, y que después se le subieron por las pestañas y le puse querosene, pero nadas. Y ya en el colmo de las desgracia una noche nos despertamos con el incendios, porque la nena apagó el pucho en la arpilleras en la que dormía. Corríamos todos contra las

chapas recalentada, entre la humareda. Se le prendió fuego la cabeza de la macrocéfala, parecía un fósforo gigante. ¡¿Ande está la puerta?! La reputa madre que te parió —decíamos. Cuando en eso gracias a la luz carismáticas del pájaros ¡chouís! vino la inundación. Que apagó el fuegos... Pero se llevó la casilla, la televisión blancos y negros, la colecciones de tachos de aceites cocineros que tenía en el fondo, y a los nenes que se iban haciendo la planchas río abajo y diciendo... chaus. Me quedé sola parada sobre la cabeza de mi hermana la macrocéfala, que el agua le llegaba hasta acá junto a unos penachos como ligustros chamuscados que habían sido el flequillos de ellas. Y en eso miro para arriba y ¡lesluyas! Había una nube negra, negra, negra, pero bien negra. Y en eso vino un rayo que me partió en dos. Después miré mejor otra vez para arriba, la nube se corrió y allí estabans ¡sí! ¡lesluyas! ¡lesluyas! El tamborcito de Tacuarí y las Niñas de Ayohuma que me ogservaban y me decían: Mamanís, esto también pasarás... En de ese momentos el jolgorio se apoderó por completo de mi personas, he sido bañada con la luz carismática del pájaro chouís, y todo cambió para mí. A los nenes los tengo en minoridad, le dan mate con galleta y todo, mi esposo retornó al hogar y cobra la jubilación con el 82% móvils y yo me conseguí el trabajos de profesora de danzas regionale en el círculos bolivianos. Les voy a dar unas muestras de mi artes.

Enllegando tá el carnavaaaaals quebradeñas mis
cholitais... (*Se corta de golpe.*) ¡Ay! ¡Me cagué! ¡¡Me
cagué!!! ¡Los mingitorios!... ¡¿Ande están los mingitorios?!
(*Y se va.*)

El alma sagrada de tus besos que no tengo mi amor.
Quisiera ir contigo en el Torino.

El volante forrado de tigre
vos con la guayabera
y yo con un peinado espléndido
y anteojos negros
y te tocaría los muslos

y te diría:

qué linda verga
que tenés, Cacho.

Pero vos no contestarías nada

irías abstraído pensando en choripanes aplastados por

tractores

de pronto yo dejaría a mi mano
paseando por sobre tu bragueta
no sé.

Iríamos andando por una ruta de Formosa, quizá,
mudos, borrachos, aburridos

acampando con la carpa marca Cacique

visitando luego el lago San Roque

⁶ Texto escrito para el programa *La Alfombra* (1989), conducido por Alejandro Urdapilleta en Radio Alfa del barrio de Belgrano.

y a la noche junto al fogón se armaría la guitarreada
y me acercaría

y te tocaría

y te diría Cacho, qué buena verga tenés, Cacho.

Pero vos seguramente irías a echarte una meada
atrás de un árbol

y yo quedaría solo

enfrente del fuego

con el tetrabrik en la mano

y al final me decidiría y te diría

¿querés que te la sacuda, Cacho?

Pero vos como única respuesta

vendrías por atrás

y me encajarías un hachazo

en la espalda.

Pero no, no, mejor no,

todavía no me matarías.

Al contrario, creo que te acercarías

mi amor,

y me acariciarías un poco.

Y entonces yo empezaría a transformarme

en un pájaro

con un pico blanco,

un pico que empezaría a taladrarte

el cerebro y a absorberlo

como si fuera la clara del huevo de un ave extranjera,

Cacho.

Hay de todo en las noches. No me puedo dormir, me tuerzo los dedos para que me duelan, para no dormirme. Tejo unas líneas de tejido... No debo dormir. Por un lado, pienso cuánto mejor sería que se muriese de una vez. ¡Estoy rendida! ¡Cansada de llorar! Es la guerra y llueve hace tres años continuados, miento, tres inviernos continuados, sin otras estaciones entre medio. Llueve y llueve, y truena, y llueve y truena, y llueve... ¡Hay mucho que hacer! Tuvimos discusiones tremendas con Kara. Está poseída. Le veo signos extraños. Tiene ojos de ratón y parece un murciélago, o un vampiro. Está siempre yendo y viniendo hipnotizada en su dolor. Queda de pronto parada, amarga y seca, mirándome cuando tejo, o espía desde la escalera. Está insoportable de pegajosa. Si me muevo, ella se mueve; si canto, ella canta. Espera que le converse, pero no tengo qué decirle. Ella quiere que yo sea igual a Kiri. A veces se cruza en mi camino y me desafía, pero soy su hermana mayor, no voy a permitirle desplantes en esta casa a la chiquilina insolente. Hay

³⁷ Texto escrito como prolongación del universo de *La Moribunda* (1998), pieza teatral de Humberto Tortonesi y Alejandro Urdapilleta, publicada en la revista *Funámbulos*.

guerra, y estamos a punto de morir, es cierto, pero no por eso voy a dejar que todo se derrumbe en mi interior. Trato de conservarme entera, aunque me falte la mitad de la dentadura y las manos no me respondan. Lo peor es no tener vestidos mejores, ropa interior, y mis anteojos... si pudiera recuperarlos... Creo que fue Kara que me los escondió. Ella insiste en que yo misma los perdí esa vez que subí por los caños hirvientes y quedé en medio de la refriega entre aquellas dos bandas antagónicas, la de los seres con cara de jabalíes, y la otra, la de los seres con rostros de Sally Field en *La novicia voladora*, unos contra otros. Allí perdí mis anteojos... o no sé... Todo es tan... indescifrable. Después de aquello no volví a ser la misma. Producto de la excesiva humedad apareció la artrosis deformante en mis manos, los problemas psíquicos derivados del encierro y la falta de luz solar... ¡Si viniese una oleada de amor refrescante! ¡Cómo anhelo que se despierte Dios y nos mire un rato! Ruego y rezo sin parar.

Esta noche Kara está hace tiempo en el cuarto con Kiri. En cierta forma me echó. Puso tal cara, y la vio tan mal a Kiri después del invento que hice con las sondas y los catéteres, que se enfureció. Tenía razón. Pero es que no se puede seguir sosteniendo lo insostenible. ¿Es que acaso va a acusarme de querer matarla?

—Si me dejaras una sola vez hacer lo correcto como me enseñaron en la secundaria —me dijo Kara mirándome a los ojos.

Miré a Kiri y le vi que tenía toda la estopa que le tapa la boca completamente ensagrentada. Tenía razón Kara.

—Tenés razón, Kara, esta vez tenés razón —le dije. Y bajé. Me fui.

Hace dos horas que está ahí, no sé qué hace. Creo que si no se apura un poco y viene y me dice algo, voy a enloquecer... aunque no... bueno... que sea lo que Dios quiera... ¿Es hora ya, no?... ¿Cuánto hace que venimos de agonía? ¡Qué horror lo que puede pensar una! ¡Ahí viene! ¡Ahí baja! Va a lavarse. Apenas la veo en la penumbra. Parece desesperada... ¿Habrá muerto? Voy a ir a mirar. No puede ser que estemos peleadas en medio de este vendaval de truenos, lluvia, rencores, enojo, reprimendas, culpas, vergüenzas, estertores, agonías y muertes.

¡Karita estuvo bárbara! ¡Es la verdad! Después de lograr subir por el elevador consiguió abarajar en la volada una especie de envoltorio con pebetes, pañuelitos de dulce de leche, croquetitas de copetín calientes y cientos, y cientos, y cientos de botellas de vodka, pero que lamentablemente vinieron reducidas, aunque hay bastantes. Anoche quise quedarme despierta, pero se me cerraron los ojos. Así que hoy, apenas desperté, supe que era primavera, porque ya lo había decretado ayer. En primavera nace y renace todo. Kiri cumple años en

primavera, así que me dije: ¿Kara consiguió lo necesario para pasar una primavera agradable? Bien. Entonces mañana es primavera y mañana es el cumpleaños de Kiri. Kara quedó encantada. Aceptó ipso facto e hicimos la lista de invitados. Walt Whitman, Isadora, Rimbaud, Baudelaire, Voltaire, los hermanos Lumière, Margaritte Yourcenar, Janis Joplin, Coco Chanel, Poldy Bird, Tununa Mercado, Rousseau y Russelot, y por qué no el comisario Patti, entre otros. Yo estoy con un vestido blanco, con un moño adelante, y me río porque anoche tuve un sueño maravilloso en el que me visitaba el amor. Yo le preguntaba: ¿cuál es tu verdadero nombre? Y él decía: el Amor. Yo le insistía y él decía: me llamo Hipólito, el Amor, soy el Amor. Y señaló algo en el horizonte diciendo: el verano que viene nos veremos en este mismo lugar, fundaremos una nueva sociedad, seremos los nuevos Adán y Eva. Haremos un nuevo mundo allí.

Y me quería decir, en un lugar allá, en el horizonte, pero yo no vi nada... y desapareció. Quedó la playa un rato largo, solamente la playa, con el agua que llegaba hasta ahí lamiendo un brillo, y se iba, y volvía un poco más lejos.

Quise quedarme despierta para disfrutar del paso del tiempo, pero se me cerraron los ojos. Me despertaron los pajaritos que son maravillosos. ¡Es un concierto espléndido!

La cuestión es que lo dijo claramente: —Si vienen los invitados yo bajo y canto.

Primero la até a un arnés, después até el arnés al respaldo. Se resistió un poco a las ligazones. No aceptó que le destape la herida del ojo. De todas formas eso tiene que ser otra operación. La gasa está muy pegada a la sangre y hay tubérculos. Pero parece feliz. La mueca, claro, la que le conseguí fijar, por decirlo de algún modo. Los pelos que le faltaban se los pegué con Plasticola, y esas uñitas todas podridas se las saqué y le puse dos conchillas marinas que arranqué de su alhajero. ¡Le quedaron maravillosas! ¡Está toda dorada! ¡La herida ni se le nota! Tiene moretones, pero la sangre se le coagula y cae, no sé por dónde, pero cae.

¡Las canciones de la Novicia Rebelde! Kara tiene una bonita voz, si se trata de cantar es la primera que se prende. Hoy está festiva y propone juegos y chanzas. Tiene un vestido precioso, rosado, que pensé que lo había perdido en alguno de aquellos primeros bombardeos, sin embargo lo salvó... No sé... Kara tiene el don de hacer milagros... El otro día también... De pronto apareció con unos palmitos... Yo salté: ¡palmitos!... y ella me explicó algo que no le entendí bien.

Cuando me mira fijo me mareo. Me encanta trenzarme en chismorroteos de primavera, como de picnic. Jugar a las cartas no es muy para mí. Pero de veraneo y en los pic-nics de primavera suelo enredarme en parti-

das entusiasmadas. Lo que pasa es que me voy por las ramas. Hace un rato tuve visiones otra vez. Empecé a ver a Hipólito. Se me apareció. Mide más o menos tres metros de alto. Parece que se apellida Gallardo, o algo así. La cosa es que había mucho viento y como no escucho muy bien, no le entendí bien. Se me aparece en visiones. Quizás sean las ganas locas de tener otras sensaciones, y además esta manía de colocar al amor en un lugar tan tonto, mientras converso con las cartas en la mano. Esta mano rara, que pretende andar sola. Una se vuela, ésta. La otra, va para el otro lado. Una opina con altivez, y a la vez pretende hacer lo que quiere. La otra todo lo contrario. Y yo entiendo. La cuestión es que... subí a verla, le coloqué la coronita blanca que estuve fabricándole con unos repasadores destrozados y me dijo que en cuanto llegaran los invitados le avisara inmediatamente. La casa está toda con ñandutíes blancos, pedazos de cortinas de voile, flores plásticas regadas en el suelo. La escalera está ansiosa por ser pisoteada por tamaña diosa. Sus piecitos bajarán, y como en toda primavera, ante todos los ojos que miren bien, la esperanza se pondrá en flor, abierta, blanca, con esa cara de Kiri, más Te Kanawa que nunca.

Ha sucedido algo espantoso. Ella ha empeorado. Está abierta de punta a punta. Pidió que la sentara en el piano, y dijo: —Aunque todos aquellos que se decían eternos admiradores han desaparecido del planeta, y no

han sido capaces siquiera de enviar una esquila de salutación por mi onomástico, igual voy a tocar el piano, y voy a cantar. Prepárense para escucharme.

Bajé apuradamente y le dije a Kara. Nos sentamos en el taburete y nos tomamos de las manos. Cantó de una forma en la que parecía que lloraban las sombras. Hay más alegría en una piedra muerta que en el ánima que mueve los huesos de esa mujer que cantó. ¿Era Kiri? Era Kiri.

Kara no cabía en sí, a mi lado, al principio contenta, después lloramos. Pareció como que bajaba un telón. Todo era un real disparate.

Hay cosas raras en las noches. Kara consiguió sintonizar un programa español en la radio. Luego de estar un largo rato con la antena buscando. Resultó ser una chanchada. No entendí. Había suspiros de placer, hombres fornicantes y porquerías de esa naturaleza. La podredumbre a la orden del día.

Nos quedamos dormidas, y cuando desperté recordé la inyección.

¿Por qué tendré tanto que hacer? Cuando llegué arriba, la espí por el espejo. Ella ni sabía que yo la miraba. Hay que ver lo que expresa su rostro cuando está sola. Mi Kiri. La cara la tiene invisible, pero sus ojos hablan y proyectan cielos y mares, como nadie los ha visto. Los ojos le brillan. Ríe a veces. Es la bruja máxima. Está muerta hace tiempo. Kara cree que yo no recuerdo nada,

pero sé todo. —Esta está muerta —pensé. Me miró. —No, no está muerta —dije muy bajito. Y ahí sí, se puso a balbucear y me dijo palabras heladas.

—La podredumbre de la radio es sólo una muestra de lo que nos matará a todos. Dios no lo permita.

Y dijo también: —Todo será aún peor.

Y dejó de mirarme. No sé, todo se interrumpe con esta cruz. Cuando termine todo subiré hasta la torre más alta a esperar el verano, y en cuanto llegue me lanzaré desde lo más profundo de mi ser hasta el alma de Hipólito Gallardo. El me sacará de este mundo estúpido. No hay Dios, sino Dios. Toda la gloria y el poder son del Señor. Se me aparecen todas las frases.

En el sueño se presentó como mi amor. El verano ya llega, y si es mi amor, yo me jugaré por él. Si tengo que tirarme de la torre, me tiro. Y si tengo que construir antes la torre, lo hago. ¡Mi querido Hipólito!

—¿Quién es Usted?

¿Desde dónde viene?

¿Qué edad tiene?

¿De qué se ocupa?

Sólo trato de averiguar

la razón por la cual

un hombre tan enorme

puede interesarse en una

mujer de hilachas.

—Estoy acá para lo que guste mandar.

¡Hipólito Gallardo, a la orden!

—Había un señor Gallardo, de apellido, en un congreso al que asistí, cerca de Oslo. Este hombre, ¡qué curioso!, era antropólogo y teólogo, como yo, y a la vez gustaba de tocar el triángulo en un grupo de cámara.

—Señora Karren. Vengo a decirle que el planeta será tomado por las fuerzas del mal. Que nos preparemos para el final de todas las cosas. Algunos nos salvaremos, los que seamos con cara de buenos. Quedamos pocos. Sea humilde en su dolor, señora Karren. El verano que viene podremos empezar un nuevo mundo, usted y yo nos iremos por sobre el mar caminando muy tranquilamente. No se deje amedrentar por lo que sus ojos vean. Míreme a mí, yo soy su amor.

Me voy por las ramas. Escribo cuando puedo. Es que hay muchas ramas, y todas tentadoras. Cuando escribo aparecen personajes que me turban, son tan grotescos. Estoy tan harta de ver todo degradado, de sentirme sentada en la estupidez, tejiendo, por eso entonces necesito cambiar las estaciones del año, los paisajes, inventar personas que me hablen, me toquen, me hagan chistes, y de golpe me encuentro en bosques tomando té de peperina con Jean Cocteau junto a una estatua rodeada de canteros de corales y lavandas. ¿Vuelvo al pasado? ¿Deliro? Yo qué sé. Tampoco sé si hubo más discusiones con Kara. Kiri sigue igual. La tenemos

amordazada porque larga unos jugos espantosos, ácidos, que nos provocaron sarpullido. Tremendo. Después no hay sonido de nada. Sabemos que se viene el verano. A Kara no le causa mucha gracia la idea. Cuando le conté que había decidido la llegada del verano puso mala cara. Claro, ya es más madura, casi una mujer. Ha sufrido tanto que de su frescura y su alegría ha quedado una figura de perfil, sombreada, erosionada por el dolor. Está gris y no sonrío. La otra vez me lanzó en la cara el agua de un vaso porque empecé a reír y reír como una estúpida porque recordé el olor del gabán de Hipólito. ¡Se acerca el verano! ¡Cómo voy a disfrutar! ¡Adoro el verano! Me pongo energética, salerosa, llena de vida, desenfrenada, ¡cachadora! ¡Ya tengo todo planeado! Podré entender el amor.

Se decidió postergar el verano. Cuando Kara subió a buscar alimento con el elevador aplastó a dos en la oscuridad. Sabemos que eran dos por los gritos. Pero tampoco estamos muy seguras de qué aplastó porque esos gritos no parecían muy humanos que digamos.

A la vez hubo subidas de tensión y cortes totales, temblores como si afuera estuviesen picando o removiendo con topadoras. En uno de los apagones vino una de las peores requisas que llevamos vividas en este encierro.

Lo que hicieron con Kiri no puedo escribirlo porque sería reproducirlo, confirmarlo, darle espacio en

mi memoria. Dice Kara que la vio sonriendo, no sé. Es todo tan raro que ya no puedo creer en nada. Los mensajes de esperanza han empezado a ser las agujas de la tortura. Ya es una agonía demasiado larga.

Subí y la maté.

Sucedió lo que tenía que suceder.

Hacía demasiado calor, ésa es la verdad. Demasiado. Me insolé, me hizo mal. Me puse a hablar estupideces y se apareció Hipólito y reí tanto y recité:

Triqui

triqui

triqui

bú

espejo mágico

dime tú

dime dime

dimeló

si la alegría

hoy reinó

veo a Pipito

a Lucinda

a Floribel

y a Tonino.

Después hablé idiomas inventados y dije tantas pavadas que de golpe Kara, que hasta ese momento parecía estar viviendo otro verano normal, se paró, dijo basta, me encajó un cachetazo, y apagó todo. Se acabó el verano cuando recién empezaba. Me dijo cosas de tal rigor y seriedad, con tanto rencor y lucidez, que al volver a mí misma me sentí ridícula y humillada. Habló de mi egoísmo ante la tragedia.

—¿Para qué querés tanto amor de verano si lo nuestro es un invierno eterno?

Quedé muda. Ella entonces decidió que pasaríamos directamente a un otoño acorde con la situación de Kiri, y así se hizo. Se puso la ropa de otoño, la bata de florcitas blancuzcas, y yo quedé sentada en la reposera de un verano apagado de golpe.

Miré todo como por primera vez. Vi las cosas muy claras y fui al cuarto de Kiri y la maté. Bajé, me saqué la gorrita y mostré mi cabeza pelada y le dije: —Se murió.

Me puse los zapatos, el sobretodo gris jaspeado y agarré la valijita. Ella fue y buscó el prendedor valiosísimo de Kiri y pretendió colocarlo en mi solapa, pero me negué. Nos saludamos con una especie de abrazo frío, delicado, sin manos, apenas cara con cara, muy poco. Nos miramos, y me fui. Ahora estoy acá en lo alto de la torre más alta. Pasé por el hueco de abajo de la cama de Kiri. Subí hasta la bohardilla, llegué hasta la primera torre, alcancé muy dificultosamente a la segunda, y luego

a la tercera, y de ahí hasta aquí estuve todo el día subiendo.

Ahora que estoy por conseguir la libertad tan anhelada, escribo esto último deseándole al que lea que tenga algún Hipólito, alguna puerta abierta, alguna torre.

EPÍLOGO

Jorge Dubatti

Este libro reúne textos escritos por el actor Alejandro Urdapilleta para ser llevados a escena por él mismo o por otros intérpretes. Algunos, como "La Mamaní" o "La Luna", datan de mediados de la década del ochenta; otros, como "Diario de Karren" o "La Intergaláctica", corresponden a un período de producción reciente, y en algunos casos no han sido aún representados. En su totalidad cubren quince años de trabajo literario-teatral. Monólogos, obras dramáticas, poemas, relatos o esbozos de historias para espectáculos futuros en diferentes soportes -teatral, televisivo o radial-, las composiciones de *Vagones transportan humo* buscan identificarse con un lugar de periferia genérica, en la frontera y cruce de los géneros canónicos, y se resisten a la clasificación. Son, en su multiplicidad, por supuesto, formas de dramaturgia, dramaturgia de actor, un concepto teórico que se ha afirmado en los últimos tiempos y que implica una ampliación de la noción tradicional de literatura dramática. Hoy puede hablarse de dramaturgia de autor, de actor, de director o de grupo, según el su-

jeto productor¹ de la escritura. En la mayoría de los casos estas categorías se integran fecundamente.

¿Urdapilleta dramaturgo? ¿Urdapilleta poeta? Es cierto que en el campo teatral y cultural argentino Urdapilleta es sinónimo de actor. Considerado uno de los más grandes intérpretes de la última generación, ha sido distinguido con numerosos premios y reconocimientos. Pero Urdapilleta también es un consecuente y fecundo productor de textos. Además de los 37 escritos incluidos en *Vagones transportan humo*, hemos trabajado sobre muchos otros manuscritos de Urdapilleta, cuya

¹ Recién en el fin de siglo se ha comprendido en la Argentina —aunque todavía con mucha resistencia por parte de los “tradicionalistas”— que la dramaturgia no es sólo aquella producida por escritores “de gabinete”, que trabajan en soledad un texto, luego lo acercan a una compañía o un director y tratan de que se lo represente lo más fielmente posible a como fue pensado. Por el contrario, hoy se aceptan con mayor libertad al menos cuatro formas principales del concepto de dramaturgia: de autor, de actor, de director y de grupo, con sus respectivas combinaciones y casos especiales. Se reconoce como “dramaturgia de autor” la producida por “escritores de teatro”, es decir, “dramaturgos propiamente dichos” en la antigua acepción restrictiva del término: autores que crean sus textos antes e independientemente de la labor de dirección o actuación. “Dramaturgia de actor” es aquella producida por los actores mismos, ya sea en forma individual o grupal. “Dramaturgia de director” es la generada por el director cuando éste diseña una obra a partir de la propia escritura escénica, muchas veces tomando como disparador la adaptación libre de un texto anterior. De hecho, los textos de dramaturgia de actor o director pueden publicarse (en nuestro caso hemos editado varios en diferentes libros: *Postales argentinas* de Ricardo Bartís, *Macocos, adiós y buena suerte* de la Banda de Teatro Los Macocos, *El puré de Alejandra* de Batato Barea, entre otros) y pueden leerse como

publicación reservamos para otra ocasión. Entre ellos sobresale el *Cuaderno Legión Re-Ligión*, con textos arraigados en un hondo misticismo.

Alejandro Urdapilleta nació en 1954, en Montevideo, Uruguay, pero posee nacionalidad argentina porque sus padres eran exiliados políticos durante el peronismo. Es, insistimos, uno de los representantes más importantes del nuevo teatro argentino. Bajo tal denominación ubicamos la franja de producción de los teatristas que ingresaron al campo de las artes escénicas en los últimos quince años, es decir, aquellos que comenzaron a escribir, dirigir, actuar, bailar, etc., desde mediados de los ochenta hasta hoy, en la etapa democrática que se abre después de la dictadura de 1976-1983².

Urdapilleta se formó como actor entre 1971 y 1979 con Martín Adjemián y entre 1982 y 1985 con Augusto Fernandes. La solidez de sus estudios contribuyó a afianzar sus dotes naturales —manifestadas desde muy peque-

“piezas” con enorme interés. En un sentido complementario, muchos “autores” trabajan hoy con un concepto de “obra abierta” que hace que sus textos sean disparadores muy libres de lo espectacular, sin preocuparse por fijar estrictamente las matrices de puesta en escena: *Cámara Gesell* de Daniel Veronese o *Mar en calma* de Alfredo Rosenbaum son ejemplos de esta actitud. Para ampliar estas nociones véanse los estudios sobre el actor Guillermo Angelelli y el director Julio Cardoso en nuestro libro *El teatro laberinto*, Buenos Aires, Atuel, 1999, respectivamente pp. 81-93 y 119-132.

² Véase sobre este período nuestro estudio “El canon de la multiplicidad”, en J. Dubatti, *El teatro laberinto*, Buenos Aires, Atuel, 1999, pp. 9-24.

ño— y le permitió manejarse con idéntica idoneidad en los registros interpretativos más diversos, de Shakespeare a Bernhard. Bajo la dirección de Adjemián trabajó durante la década del setenta —en una etapa juvenil que corresponde a sus primeros tanteos en la profesión— en diversos espectáculos, entre ellos, *Esteban y la solidumbre* (Payró, 1973), *La masacre de Trelew* (diversos espacios no convencionales, 1974-1975) y *Fortuna y los ojos de los hombres* (Teatro Princesa, Madrid, 1978).

A partir de 1984 comenzó a participar, ya sea en forma individual o grupal, en el llamado circuito “underground”, hasta comienzos de la década de los noventa. Es para sus presentaciones en el Parakultural, Cemento, Mediomundo Varieté y otras salas de dicho circuito que empezó a escribir sus primeros números y obras cortas: “Ganguito”, “La Luna”, “La Mamaní”, “Angelito”, “Arturo Bufarro”, “Isadora Huevo I” e “Isadora Huevo II”, algunos de los cuales se incluyen en este volumen. Es de estos años su contacto con Batato Barea³ y Humberto Tortonese, con quienes formaría dúos y tríos memorables, sólo parcialmente conservados en filmaciones de video.

Con Batato y otros actores intervino en diversos shows: *El alumbrado* (La Pared, 1986), *Vestidos bobos*

³ Sobre este singular artista y el movimiento teatral de los ochenta, véase nuestro libro *Batato Barea y el nuevo teatro argentino*, Buenos Aires, Grupo Editorial Planeta, 1995.

(Taxi Concert, 1986), *Involucrados* (Oliverio Mate Bar, 1988), *Las coperas* (Mediomundo Varieté, 1988), *Tributo a Margot Moreyra* (Cemento y Frappé, 1988), *Banquete teatral* (Mediomundo Varieté, 1988-1990), entre otros. Bajo la dirección de Helena Trittek, con Jorge García, Susú Olivares y Batato Barea, interpretó *El guante de crin* (Taxi Concert, 1987). Antes, también dirigido por Trittek, había trabajado en los espectáculos *San Antonio* (Parakultural, 1985) y *Blanca y radiante* (El Vitral, 1986).

Junto a Batato y otros artistas participó en las murgas *El Pescado de San Telmo* (Cemento, Plaza Dorrego, Parque Lezama, San Telmo, 1988) y *Los Viciosos de Almagro* (Caballito, La Rural, Palermo, Plaza Flores, Villa Urquiza, 1988-1989).

En 1989 escribió *Las fabricantes de tortas*, que estrenó junto a Batato Barea en la *Primera Bienal de Arte Joven* en ese mismo año y que luego llevaron al Centro Cultural Ricardo Rojas y al Parakultural. De 1989 data también su participación en *Los papeles heridos de... tinta* (Centro Cultural Ricardo Rojas).

1990 es para Urdapilleta un año de trabajo muy intenso: *El método de Juana* (Centro Cultural Ricardo Rojas, con Batato Barea y otros), *Alfonsina y el mal* (Centro Cultural Ricardo Rojas, con Batato Barea, Tortonese y otros), *Tres mujeres descontroladas* (Teatro de La Galera, con Barea y Tortonese, más tarde llevado

al Centro Cultural Ricardo Rojas). De 1990 es también el estreno de un espectáculo inolvidable: *La Carancha, una dama sin límites* (Centro Cultural Ricardo Rojas, con Barea y Tortonese), del que en este volumen reproducimos un monólogo.

Junto a Humberto Tortonese trabajó en televisión en *El Palacio de la Risa*, programa de Antonio Gasalla (1991-1992), donde realizó más de setenta números. Luego estrenaron juntos *Mamita querida* (1992, primero en el Parakultural y más tarde en la Fundación Banco Patricios)⁴, *Poemas decorados* (1994, Club del Vino), *Carne de chancha* (1996-1997, Ave Porco), *La moribunda* (1998-1999, Morocco y Teatro Picadilly).

La década del noventa marca no sólo la declinación del circuito underground sino también el ingreso de Urdapilleta en propuestas del teatro oficial: *Hamlet o la guerra de los teatros* (Teatro San Martín, dirección Ricardo Bartís, 1991), *El relámpago* de Strindberg (Teatro Nacional Cervantes, dirección Augusto Fernandes, 1996), *Martha Stutz* de Javier Daulte (Teatro San Martín, dirección Diego Kogan, 1997). Entre sus últimos trabajos se cuentan *Urdapilleta en llamas* (incursión en el circuito comercial, La Plaza, 1996, luego del éxito de *Mamita querida* en la Fundación Banco Patricios y *Poe-*

⁴ Sobre este espectáculo véase nuestro artículo "Mamita querida y el teatro posmoderno en Buenos Aires", Revista *Gestos* (University of California), a. 9, n. 17 (Abril 1994), pp. 263-268.

mas decorados en el Club del Vino), *Recuerdos son re-
cuerdos* (La Trastienda, 1997) y el consagratorio *Almuer-
zo en casa de Ludwig W.* de Thomas Bernhard (Teatro
San Martín, dirección de Roberto Villanueva, 1999).

En tanto dramaturgia de actor, los textos de *Vagones
transportan humo* remiten a la oralidad que les imprime
la singularidad actoral de Urdapilleta. Hasta cierto pun-
to, sus composiciones son inseparables de la poética de
interpretación de aquel(los) actor(es) para los que estos
textos fueron escritos. Lo mismo sucede en la historia
del teatro argentino con las ediciones de textos de otros
grandes intérpretes: José Podestá, Pepe Arias, Niní
Marshall, Enrique Pinti, Eduardo Pavlovsky, Copi. Al
respecto el lector deberá leer, más allá de la letra escrita,
el subtexto de la poética actoral, aquello que Pavlovsky
define como "los ritmos de la letra, la belleza de lo que
escapa siempre por los bordes de la letra escrita, lo otro,
lo opaco, la no transparencia"⁵.

El estatuto de dramaturgia de actor otorga a estos tex-
tos de Urdapilleta una cierta provisoriedad, sobre todo en
el régimen de su fijación por escrito. De la misma manera
que textos ancestrales como *La Iltada* o el *Cantar de Mio
Cid*, la dramaturgia de actor forma parte de la infinita
cultura de la oralidad, sobre la que ha escrito con inteli-

⁵ Eduardo Pavlovsky, *Psicodrama y literatura*, Concepción del Uru-
guay (Entre Ríos, Argentina), Ediciones Búsqueda de Ayllú, 1998,
p. 35.

gencia Florence Dupont⁶. Tal como señala Joel Thomas, el lector deberá restituir a estos textos su capacidad de improvisación y de “entusiasmo” dionisiaco, contra el “enfriamiento” de una literatura escrita, condenada a estar “conservada”, definitivamente coagulada en los libros y las bibliotecas. Su carácter, en suma, de “escritura viva”⁷.

Esa relación de los textos de Urdapilleta con una poética actoral subtextual no anula su posible autonomía, y podrían ser tomados por otros actores y recreados desde otras propuestas estéticas. De hecho, en los talleres de formación de Ricardo Bartís, algunos alumnos han preparado los monólogos para sus ejercicios.

La labor de edición también se contagia de ese carácter de provisoriedad: una coma, tres puntos, un espacio, una mayúscula, los signos de admiración e interrogación buscan, con enormes limitaciones, ofrecer algunos índices del rico e ilimitado subtexto que encierra lo “no dicho” de las matrices de representación⁸.

⁶ *L'Invention de la littérature. De l'ivresse grecque au livre latin*, Paris, La Découverte, 1994. Véase también sobre este tema Hugo F. Bauzá, *Voces y visiones. Poesía y representación en el mundo antiguo*, Buenos Aires, Biblos, 1997, prólogo de Joel Thomas.

⁷ Sobre este concepto véase nuestro artículo “La escritura viva: *Rojos globos rojos* de Eduardo Pavlovsky en *El teatro laberinto*, Buenos Aires, Atuel, 1999, pp. 165-179.

⁸ Expresamos nuestro agradecimiento a Nora Lía Sormani por su participación en la minuciosa tarea del tipeado de los manuscritos de Urdapilleta.

La poética de los textos de Alejandro Urdapilleta evidencia conexiones con la escritura de Copi, Osvaldo Lamborghini y Néstor Perlongher, aunque su diferencia radica en la emergencia de un nuevo fundamento de valor, de una nueva visión de mundo. Los textos de *Vagones transportan humo* son inseparables de la experiencia de la dictadura argentina de 1976-1983 y de su elaboración histórica, su duelo y su trauma, en los años de la democracia posterior. Un rasgo unificador de los textos radica en su desenmascaramiento metafórico de la violencia, en su anulación del concepto de "lo obsceno". Nada hay en *Vagones transportan humo* que deba ser representado "fuera de la escena", todo debe ser mostrado, todo está a la vista, sin eufemismos, a partir de una poética del absoluto, brutal desenmascaramiento. Lo "monstruoso", el deseo sin contención, la muerte, el sexo, lo prohibido, lo onírico, la enfermedad, lo humillante, lo perverso, la locura, el odio, lo políticamente incorrecto, todo aquello que escapa a un mundo organizable dentro de los límites de la razón, la represión y la culpa, es la materia de la poesía de Urdapilleta. Lo obsceno es desplazado por una poética de lo visible que, sin embargo, evita la redundancia llana de lo explícito y se desvía hacia una poesía del derroche y del

⁹ Véase Claudio Guillén, "La expresión total: literatura y obscenidad", en su *Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada*, Barcelona, Tusquets Editores, 1998, pp. 234-296.

desborde. Un lector desprevenido, que confunda "Sombra de conchas" o "Las pijas" con una literatura de lo pornográfico, habrá eliminado absolutamente el sentido poético de estos textos y su reformulación ideológica del sentido cultural de lo obscuro, de lo que no debe ser mostrado. En la base de la escritura de Urdapilleta anida el mito de Filoctetes: nada ni nadie deben ser marginados de la representación. En los márgenes están todos los centros posibles.

De acuerdo al nuevo fundamento de valor de la cultura argentina actual, ligado a la crisis de los principios de la modernidad, *Vagones transportan humo* evidencia una sincronización de la literatura dramática nacional con la de los grandes centros teatrales del mundo. Es uno de nuestros libros más "contemporáneos". La poética de Urdapilleta participa de la atomización propia del teatro argentino actual, integra el paisaje desdelimitado, de proliferación de mundos diversos en el que ya no pueden discernirse grandes sistemas totalizadores de representación ideológico-estética, sino micropoéticas y microconcepciones de coexistencia relativamente pacífica. Ya no se trata de un teatro de "discursos sólidos", sino de una dramaturgia del balbuceo. No hay dogmas o discursos totalizadores previos que puedan ser "ilustrados" con el texto dramático. La construcción del sentido siempre es *a posteriori* de la escritura, implica la asunción del universo como laberinto, misterio y opa-

cidad. Ya no quedan rastros de la voluntad pedagógica del racionalismo, de la redundancia que todo lo aclara, de la literalidad, del monologismo unívoco, del lenguaje denotativo y escolar. Es la conquista de la poesía, concebida como el lenguaje de lo que no puede ser dicho.

En solidaridad con el fundamento de la crisis de la modernidad, Urdapilleta trabaja con una reescritura de mitos, textos, personajes y referentes. Pero importa señalar que el resultado no es paródico, sino que está más cercano al *pastiche*, a través de una tensión no resuelta entre la degradación o reversión del modelo cultural y la simpatía o solidaridad con el mismo. Es el caso, por ejemplo, de la reescritura de los textos sagrados. En "La Luna" la aparente degradación cómica del mito cosmogónico se complementa con la poesía del misticismo. La posible lectura paródica queda neutralizada por una matriz de auténtica religiosidad. Basta leer "Soy un espejo volador", "Me voy al mar para ser el mar" o "Los caminos que conducen a los ataúdes" para notar que la visión de Urdapilleta no se reduce a un nihilismo pulverizante de las bases de la cultura, sino a un vaivén entre el respeto y el descreimiento, entre el amor y el escepticismo. En este sentido, por su genial práctica del *pastiche* —que en otra oportunidad también señalamos en los textos de Batato Barea—, Urdapilleta asume frente al avance de los valores negativos de la posmodernidad

una actitud de moderada resistencia en ciertos valores de lo moderno. La posición de su teatro se correspondería con lo que Néstor García Canclini llama "la segunda modernidad" y Martín Hopenhayn denomina "ni apocalípticos ni integrados"¹⁰. Una de las tareas más arduas y divertidas de la edición de este volumen fue trabajar con Urdapilleta en la elección del título unificador. Finalmente se eligió el que el lector ya conoce, pero fueron descartados muchos otros que, propuestos por Urdapilleta, implican lecturas de su propia obra, por cierto, lecturas muy diferentes y de diversos registros. Acompañamos a continuación algunos de esos títulos descartados para que el lector pueda imaginar su posible relación con el contenido de este volumen y el porqué de la elección final: *Cosas escritas*, *Encaje de babas*, *Treinta y tres bananos enormes*, *Cuentos para leer fumado*, *Escrituras para el soponcio*, *Lecturas para el soponcio*, *Obras incompletas*, *Completamente en baba*, *En ascuas*, *La carcajada enloquecida*, *Arrancando de cuajo*, *Picor de mollera*, *Astracanadas a troche y moche*, *Lecturas para el copetín*, *Cabeza aplastada por tractor*, *Frases embebidas*, *Pastiches y cascarudos*, *Historias de humanos de Humo*, *Sea su propio urólogo*, ¡Guarda con el urólogo!, La

¹⁰ Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Formas de entrar y salir de la Modernidad*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992; Martín Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados*, Santiago de Chile, Siglo XXI, 1994.

urología al desnudo, Fantasmas de humo, Afilador de cuchillos, No seas tú mismo, Ascuas sagradas, ¡Qué plato! (Lecturas para el copetín), Selección de luxe, Catedrales de ceniza, Pura grafía, La sonrisa del Australopitecus, Sea más homínido erguido, Cuchicheos en el Septum Lucidum, Chismes de Palacios, Linaje de homínido, Cuentos de viejas, Flor de carcajada enloquecida, Divertimentos, Tres ojos al rojo vivo, Perito en caligrafía, Escrituras destrozadas, Desgarro en las escrituras, Escrituras al desgarro, La especie que se desplaza, Frutas regurgitadas, Frutas y verduras, Polirubro Anahí, Los sueños de la hipófisis borracha, Con las patas en la palangana, Cráneo asado al asfalto chirle con pituitarias noisette, Pases mágicos, Entre tacos y coturnos, Chispas, pimpollos y carcajadas, Mi mundito con monstruos, Humanos de humo, Astracanas graciosas, Las peroratas de la gorda beoda, Lecturas para gente ya drogada, Peroratas beodas, Implosión craneana, Rompió bolsa, La mollera rajada, Zambomba que bazookazo, Frutas, Pituitarias noisette con cualquier verdura y Delirios.

Cada uno de los 37 textos incluidos lleva una nota al pie en la que se detalla la fecha de composición y el espectáculo al que pertenece. El "Diario de Karren" constituye un caso particular: se trata de un texto de escritura paralela al montaje de *La Moribunda* —pieza en colaboración con Humberto Tortonese—, en el que Urdapilleta amplía el mundo de su personaje.

Confiamos en que el lector descubrirá en *Vagones transportan humo* la expresión de las nuevas condiciones culturales de la Argentina, una vasta "metáfora epistemológica"¹¹ de nuestra nueva manera de estar en el mundo y concebirlo.

¹¹ Umberto Eco, *Obra abierta*, Barcelona, Ariel, 1994.

ÍNDICE

La Luna	7
La piedad	17
Una bizza	23
Soy un espejo volador	29
Las fabricantes de tortas	31
El amor es un presagio	41
En Palacio	43
Jacinta	51
La parálitica	57
El comilón	59
Sombra de conchas	67
Muerte sobre el asfalto de atún caliente	71
Me voy al mar para ser el mar	73
Hombrecitos	75
Texto para que diga mi amigo Batato	79
Reserva ecológica	81
Bebeto	99
La llorona	105

Botánico 1	109
Botánico 2	113
Suspiro crudo fosforescente	115
Baño mis manos con agua	121
Las pijas	123
¿Qué pasó?	135
La intergaláctica	145
El gran escritor	159
El espejismo	163
Calicódomos	167
Betti	173
Estaba tan aburrida	183
Viva la mentira (monólogo de "La Carancha")	187
La hija de la mucama	195
He estado arrumbado	199
Los caminos que conducen a los ataúdes (monólogo de "Mamita querida")	201
La Mamaní	209
El alma sagrada de tus besos	215
Diario de Karren	217
Epílogo, por Jorge Dubatti	231